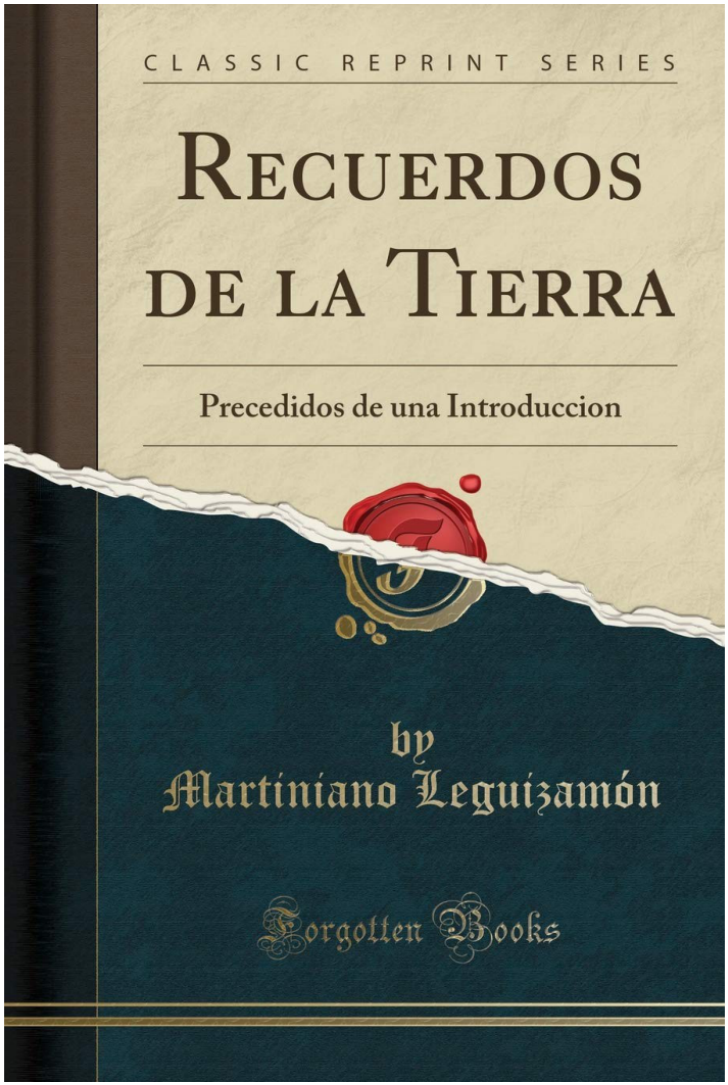
CLASSIC REPRINT SERIES
Recuerdos de la Tierra
Precedidos de una Introduccion
by
Martiniano Leguizamón
Forgotten Books

Índice de contenido

RECUERDOS DE LA TIERRA
Martiniano Leguizamón (1858-1935)
Capítulo 1 LA MAROMA CORTADA
Capítulo 2 - LA MINGA
Capítulo 3 - PARANDO RODEO
Capítulo 4 - EL CHASQUE
Capítulo 5 - EL CURANDERO
Capítulo 6 - LA CRECIENTE
Capítulo 7 - EL SARGENTO VELÁZQUEZ
Capítulo 8 - JUVENILIA
Capítulo 9 - CHAVARÉ
Capítulo 10 - JUNTO AL FOGÓN
Capítulo 11 - CAYO EL MATRERO (AVENTURA DE LA VIDA MILITAR)
Capítulo 12 - MÁMA JUANA (CREENCIAS POPULARES)
Capítulo 14 - LA COJITA
Capítulo 15 - LA PARTIDA
Capítulo 16 - TRISTEZAS
Capítulo 17 - EL HOGAR EN RUINAS

RECUERDOS DE LA TIERRA
Martiniano Leguizamón
(1858-1935)

Capítulo 1
LA MAROMA CORTADA

Era muy niño, pero el recuerdo de aquella escena se grabó para siempre en mi memoria, -y aún hoy, al esbozar estos recuerdos a través del tiempo y la lejanía, veo acusarse netamente los perfiles del cuadro, con su antiguo, sombrío colorido.

El sol se hundía en el horizonte brumoso, lanzando sus postreros reflejos por entre el ramaje del bosque de sauces y laureles que se alejaba como una mancha gigantesca, hacia el sud-oeste bordeando las riberas del Gualeguay. La tarde había acallado sus rumores, el campo estaba tranquilo, -toda la naturaleza parecía replegarse muda en la quietud majestuosa del crepúsculo. Grandes bandadas de aves cruzaban presurosas, trazando en el azul del cielo una larga raya obscura y desaparecían en los follajes de la selva.

La noche no tardó en llegar y la luna asomando por sobre la cumbre de las arboledas, como una esfera de alabastro transparente, bañó de tenue luz el paisaje solitario. Un silencio triste, ese silencio de la noche en los campos, se extendió en torno de nuestra estancia, casi perdida allá en

medio de los montes de Calá, en un pedazo de la tierra entrerriana.

De pronto un rumor que fué creciendo hasta percibirse claramente nos anunció que alguien se acercaba a galope, pocos instantes después se detenía en la tranquera de la empalizada cuya puerta defendían los perros ladrando enfurecidos, - fué necesario espantarlos, y el viajero a quien reconocimos cuando nos dió las buenas noches, resultó ser un antiguo peón de la casa.

-Ayúdenme a bajar, muchachos, -nos dijo con voz apagada. Nos acercamos y el más fornido tomándolo de la cintura lo puso en tierra exclamando: -¡Pero, don Juan, usted viene herido!

-Sí, traigo unas lastimaduras que recibí hoy en el paso -contestó levantando el brazo del que pendía la mano en un colgajo de carne amoratada-; además, tengo en el cuerpo otros arañones ... ¡ah! se han de acordar de mi esa punta de flojazos que pretendieron les entregara la. balsa!

Fué a caminar, pero le faltaron las fuerzas, se tambaleó como un ebrio, dobló las rodillas y cayó de flanco dando un rugido sordo. Debilitado por la pérdida de sangre que manaba de las heridas, apenas habla alcanzado a llegar hasta la estancia para no morir en medio del campo abandonado. Se le transportó a un lecho confortable, le arroparon procurando dar calor al cuerpo aterido,

y se mandó a escape en busca de un viejo, curandero que dragoneaba de médico en aquellos apartados lugares.

Tras largas horas de angustiosa espera, escuchando con el corazón oprimido las súplicas del enfermo, que clamaba porque le diéramos un cuchillo para. cortarse los pedazos de carne que pendían de la mano destrozada, el curandero llegó al fin, y no atreviéndose a amputársela se la entablilló como pudo, le vendó las otras heridas, dejando que la naturaleza obrara - según decía con aire convencido el galeno silvestre.

Gané la cabecera del pobre Juan porque le tenia una gran deuda de cariñoso afecto; asistí a las violentas horas de fiebre, de espantoso martirio, le ví muchas veces incorporarse en el lecho bregando por tirarse al suelo, pidiendo con eco suplicante un arma para pelear a los enemigos que veía en las visiones del delirio. Caía después desfallecido, con la mirada vidriosa clavada en el techo y el labio extendido en la expresión del dolor supremo, y se quedaba inmóvil, rígido, con la palidez amarillenta del cadáver. Era hermoso entonces en su mansa quietud, aquel gaucho bravío, con el perfil semi-árabe del hijo de nuestras llanuras, acusándose en el óvalo del rostro al que formaba sombrío marco una sedosa barba negra, luciente como un esmalte, sobre el cutis bronceado por las brisas del campo.

Otras veces cuando la intensidad de la fiebre declinaba, como si saliera de un letargo, abría los párpados penosamente, la mirada erraba de un punto a otro tratando de reconocer el sitio, y al encontrar un rostro amigo, sonreía hablándonos con acento tranquilo, presintiendo la muerte cercana, sin afán ni amargura.

Fué en una de esas breves horas de tregua que el dolor le daba, cuando nos refirió la tremenda aventura por que habla pasado.

Estaba de guardia en compañía de dos soldados cuidando uno de los pasos del Gualeguay donde existía una balsa. Era un punto estratégico, pues el río desbordado con las lluvias del invierno, no daba vado en ninguna parte, no aventurándose ni los más nadadores a desafiar la enorme masa de agua que rodaba por el -cauce tortuoso, aprisionada en las altas barrancas.

El coronel Taborda -un valiente que poco tiempo después caía derribado a traición por el puñal de un asesino desconocido- llamando al sargento Juan Sanabria y poniendo dos soldados bajo sus órdenes le dijo -Defiéndame la balsa; ¡muera si es necesario, pero que por ella no pase un enemigo! Los clarines tocaron marcha en seguida y la gallarda división se alejó ocultándose al poco rato en los tupidos pajonales que bordear .la sinuosa carretera.

Los días transcurrían en medio de esa calma

imponente de los bosques, cuyo silencio solo turbaba el murmullo del agua escurriéndose por entre los sarandisales de la orilla, o el rugido áspero de las fieras celebrando sus amores en las penumbras de la selva. La guardia trataba de pasar lo mejor posible las largas horas de aburrimiento, pero siempre con el ojo alerta a la ribera opuesta por donde debla de llegar de un momento a .otro el enemigo. Un copudo curupí les servía de atalaya, desde allí escudriñaban para no ser sorprendidos Pero como el tiempo corría sin novedad, la confianza los fue ganando y la vigilancia se hizo 'con menos frecuencia, hasta que fastidiados de esperar concluyeron por dejarse de precauciones haciéndose esta reflexión: -De todos modos, si se les antoja venir no se lo vamos a privar y llegarán hasta el otro lado, y nos quemaremos a balazos, pero lo que es la balsa no se la llevarán así no más-; ¡que vengan a buscarla si se atreven! Tomada su resolución, la amarraron a un poste, revisaron la carga de las carabinas poniéndolas a cubierto de la lluvia y se resignaron a esperar los acontecimientos.

Los dos mocetones se mostraban impacientes; tenían ganas de estrenarse, de medir su coraje ante Sanabria cuyo facón probado, en cien lances cuerpo a cuerpo, le habla creado una gran fama de gaucho bravo. Él les replicaba sonriendo:

-Sí, aura están muy cócoras, pero si asomara la cabeza algún *blanquilllo* (Así se designaba a los

soldados del ejército del general Ricardo López Jordán en 1870, por la divisa blanca que usaban en el sombrero y cuyo lema decía: "Defendemos la soberanía de la Provincia - Son traidores los que la combaten".) por entre el pajonal, entonces sería otro cantar... Déjense de echar bravatas al ñudo, que lo que es yo no tengo muchas ganas de andar a tajos con mis propios hermanos; porque en resumidas cuentas, ¿qué vamos ganando con aujeriarnos el cuero y dejar quizá la osamenta blanquiando entre el pastizal? Vean, si no fuera de vergüenza y para que no vayan a pensar que he tenido miedo, ya les habría echado la balsa a la porra, ganando los montes a matreriar hasta que la guerra termine.

La arenga fué de pésimo efecto. Esa misma tarde con el pretexto de ir a dar agua al caballo, uno de los soldados desertaba. -Ha hecho bien el maula en mandarse mudar- exclamó Sanabria al notar su desaparición; -si iba a disparar al primer tiro, es mejor que se haya ido antes -y dirigiéndose al otro:- Bueno, amigo, ya sabe el camino, yo no lo he de estorbar...

Una llamarada de altivez relampagueó en los ojos del gauchito a quien no sombreaba aun el labio el bozo de los adolescentes: -¡Primero chancho antes que volver el anca!- fué su única respuesta.

Al día siguiente de esta escena, bajo la lumbre de un sol acariciador, aquellos dos seres confiados a

su destino, subyugados por la calma del paisaje, dormitaban tendidos en el gramillal soñando tal vez con las ternuras del hogar ausente, cuando de pronto un grito de alerta hizo poner de pie al sargento que clavó la mirada escudriñadora en la margen opuesta, tratando de descubrir a través de los espesos matorrales, algo que no nombraba, pero que podía traducirse en la inquietud que lo dominaba.

-Ande ser los chajáses que se han asustáo de algún carpincho, -dijo el joven.

-No, el chajá no grita así alarmáo sino cuando anda gente desconocida -replicó Sanabria. Al mismo tiempo los caballos se revolvían inquietos trotando en la estaca, con las orejas tendidas hacia adelante, las narices abiertas, dando resoplidos violentos y escarbando el suelo.

La señal era inequívoca, los caballos sentían la proximidad de sus semejantes que no venían solos por cierto, como no tardaron en constatarlo al ver coronada la loma por una partida de diez o doce hombres, cuyos sombreros ostentaban la divisa blanca del ejército jordanista.

El oficial se destacó del grupo y, avanzando hasta la playa, gritó con voz de mando:

-Ché balsero, ¡pasá la balsa, pronto!

-Vengalá a buscar con toda su alma, y la llevará,

¡si puede! - contestó resueltamente Sanabria.

Una maldición cuyas últimas sílabas apagó el estampido de un pistoletazo fué la señal del combate. Los soldados se precipitaron a la picada descargando sus armas entre alaridos de muerte. El sargento impasible se aprestó a la lucha ordenando a su compañero que se cubriera con los troncos y no hiciera fuego sino a tiro seguro.

Las balas cruzaban desgajando los árboles o rebotaban en la barranca gredosa y caían al río. De pronto uno de los atacantes alzó los brazos, dejó caer el arma y rodó en la arena bañado de sangre. Sus compañeros le rodearon para sacarlo de aquel sitio, presentando así imprudentemente un buen blanco que no desperdiciaron los defensores, dirigiendo disparos certeros al pelotón.

El oficial mandó abandonar la playa y ganar el barranco para combatir en guerrilla parapetándose en los matorrales. Así la ventajosa posición de los contrarios estaba equilibrada y tendrían que sucumbir al mayor número.. En seguida ordenó a un soldado atravesar el río a nado, guiándose por la maroma que estaba tendida de orilla al orilla a flor de agua.

Un chino fornido con el puñal apretado entre los dientes se echó al río y empezó a nadar agarrándose de la maroma. Fué el momento crítico. El sargento y su acompañante ya no

podían defender la balsa desde la altura, era necesario descender a la playa donde estaba amarrada. Para presentar el menor blanco se separaron recostándose a los bordes salientes de la barranca y clavando una rodilla en tierra dirigieron la puntería al nadador que avanzaba cortando la correntada, protegido por los fuegos de la margen opuesta, que no les dejaban apuntar con fijeza.

Sanabria recibió un balazo en el costado, pero no dijo nada al heroico muchacho que se batía sonriente ante el peligro, con el rostro ennegrecido por la pólvora, desafiando con voz enronquecida a los atacantes. De pronto sus gritos cesaron, se irguió gallardamente, tendió la carabina apuntando, al nadador, y el tiro no salió. Una bala le había atravesado el pecho, y por la boca de la herida saltaba la sangre a borbotones; se agitó en un estertor convulsivo, avanzó un paso a la ribera con la cabeza altiva, y como, una estatua derrumbada del pedestal, rodó al fondo del río que abrió sus turbias ondas para sepultarlo!...

Entretanto el nadador alcanzaba ya las tablas de la balsa y no tardaría en trabarse una lucha desventajosa para Sanabria, que acababa de ser herido en la mano derecha quedando inutilizado. Podía huir, su caballo estaba allí cerca, había cumplido con su deber hasta donde era humanamente posible; ¡pero no, tenía prometido

a su coronel no dar paso al enemigo, y lo cumpliría!

Se le vió entonces acercarse al poste que amarraba el cable blandiendo en la mano izquierda la filosa daga, y de un tajo de revés, soberbio, trozar la maroma que se encogió rápidamente escurriéndose por las roldanas hasta dejar libre la embarcación.

Enclavada en la arena, pero ya sin amarras, no podía resistir al choque del agua que la empujaba de flanco: se balanceó un instante inclinándose como si fuera a hundirse, la corriente barrió la cubierta del maderámen, la dio vuelta, la echó al medio del río y no tardó en seguir el derrotero de los verdes camalotes que arrastraba la impetuosa correntada. Tras un recodo del cauce se ocultó -al fin yendo a sepultarse en el remolino de un remanso, que después de azotarla con violentas sacudidas, la arrojó despedazada como un despojo inservible a los juncales de la playa

El paso quedaba interceptado. El sargento Sanabria habla cumplido su palabra, pero a qué precio! Abandonó recién el puesto de honor y montando a caballo se alejó en silencio. Algunas balas cruzaron todavía silbando sobre su cabeza, mientras a su espalda se oía el alarido rabioso de los enemigos impotentes para vengarse.

Miró por última vez la sangrienta escena recordando el sacrificio del valeroso compañero

cuyo cadáver ni siquiera tendría piadosa sepultura, y aquella alma esforzada abatió la frente con tristeza sintiendo que las lágrimas enturbiaban sus pupilas. La visión de la muerte en medio de aquel desamparo, sin un ser amigo a quien confiar los postreros mensajes, debió conturbar su espíritu, y recordando, el hogar hospitalario de sus viejos patrones soltó la rienda al caballo en dirección a la estancia.

Su deseo se cumplió: estaba bajo el techo amigo, rodeado de seres que lo amaban; ¡ahora podía llegar la pálida viajera, la aguardaba sereno, dispuesto a disputarle la vida palmo a palmo, y si cala vencido tendría un regazo cariñoso donde reclinar la frente y llanto de dolor humedecerla la tierra de su tumba!...

La sangrienta tragedia llegaba al desenlace. El estado del enfermo era cada vez más grave; todo era impotente para detener la marcha de la enfermedad que causaba visibles estragos. Mi pobre amigo se batía en retirada, sereno, sin miedo, pero la vida se le iba por el boquerón de las heridas. La mirada altiva de otras horas se apagaba marchita, sin brillo, ya no vibraba en los labios secos, rajados por la fiebre, el acento viril, las palabras se arrastraban penosamente balbuceadas entre los hipos de la lenta agonía.

Fue una lucha inaudita, desgarradora, la que sostuvo esa naturaleza vigorosa del hijo de los

bosques y la muerte que lo acechaba implacable. Debía triunfar al fin el mal misterioso y terrible; la gangrena empezó a trepar conquistando pedazo por pedazo el cuerpo del herido que extenuado por el largo sufrimiento sólo, le oponía la savia de su carne; sin auxilios de la ciencia la victoria no era dudosa y no se hizo esperar.

Una tarde, a la hora del crepúsculo, cuando las últimas explosiones rojizas del sol se hundían tras la cumbre del monte lejano, Sanabria se incorporó en el lecho arrojando las cobijas y tendiendo el brazo mutilado hacia el poniente como si señalara alguna cosa que vislumbraba en el delirio: -¡Pasen, si pueden!- exclamó con voz apagada, con el postrer acento que brotó de su boca, ¡y cayó de espaldas para no alzarse más!

En el camposanto de un villorrio vecino a la estancia, duermen el eterno sueño los restos de Juan Sanabria, el héroe modesto y esforzado. Una rústica cruz extiende sobre la tumba abandonada sus brazos siempre abiertos; al pie en vez de losa funeraria crece el trébol lozano; no hay allí más plegarias que el susurro de las brisas errantes y el perenne murmullo de un arroyuelo que rueda a pocos pasos en su lecho de toscas, por entre los verdes achirales de la ribera...

Capítulo 2
LA MINGA

El rancho de Lázaro Peñalva tenía aquella tarde un inusitado movimiento; un trajín de día de fiesta, de bullicio, traía excitados a sus tranquilos moradores. Se acusaba desde lejos por la columna de azulado humito que flotaba sobre la cocina, petiza, corcovada, con el techo de quincho lleno de buracos que los remesones del pampero y de las lluvias iban agrandando.

A un lado el hornito de barro, empingorotado en un zarzo de palos como una habitación lacustre, humeaba también caldeándose a fuego lento para cocer las empanadas.

Atados al palenque y bajo la ramada se veían varios caballos de pelaje y marcas desconocidas: eran pingos de gente forastera, gordos, bien tuzados y desvasados con esa prolijidad minuciosa del criollo que funda su mayor satisfacción en la buena estampa del flete que monta. Más allá, junto al rastrojo que amarilleaba con ese matiz de la tierra recién segada, un grupo de trabajadores cargaba el trigo de la era en pelotas de cuero que unos muchachos arrastraban a la cincha en medio de una gritería ensordecedora.

Con el chiripa cortón, el calzoncillo arremangado, un pañuelo de vincha en la cabeza y la barba cebruna de polvo, Peñalva recibía el trigo y lo iba amontonando en el granero.

-¡Metanlé lonja, muchachos, que ya acabamos!- exclamaba animando a los peloteadores, afanado por terminar de encerrar la cosecha en los trojes. El año había sido de gran rendimiento, las fanegas se desmoronaban bajo sus pies, se extendían llenando el cuarto en capas pesadas, calientes de granos dorados. El paisano estaba contento y sonreía a la mujer que le alcanzaba mate, contemplando sin engreírse el fruto de tantas fatigas.

-¡Áura ya no hay miedo de langostas ni heladas! Con tal que no salgan dispués esos gringos alarifes ofreciendo cuatro riales porque la cosecha es güena... Son tan logreros, tan sin yél los condenáos, -continuaba diciendo. Pero siempre habrá pa comer locro y tortas fritas, ¿no le parece mi vieja?...

Las pelotadas seguían llegando hasta que un correntinito de los acarreadores gritó desde la puerta haciendo rayar el caballo: *-0-pá catú* Ño Pefíalva, ¡ésta es la última!-, y en pocos momentos la pelota fue vaciada en el montón que ya tocaba la solera del rancho.

Del lado de la chacra partía una estruendosa algazara que se mezclaba al rumor de las pisadas

de los peloteadores que, con los cueros vacíos a la rastra se perseguían dándose pechadas por llegar primero a las casas.

Más atrás dos corrían una carrera.

Los costillares pegados, las orejas gachas, el cuerpo extendido en los jarretes que apenas rozaban el suelo, iban los caballos; recogidos sobre las cruces, haciendo un ovillo del cuerpo para recibir el menor aire posible y el ojo alerta por sacar una ventaja al contrario, los corredores apuraban a los animales con voces sordas, sin castigarlos, llevándolos alzados en las riendas. Un bayo empezó a hacer punta; entonces su rival, un zaino cuadril blanco, a un grito de corredor que le taloneaba los ijares, se estiró en un esfuerzo supremo y se puso a la par; los rebenques cayeron a un tiempo, volvieron a alzarse y a caer otra vez confundiendo sus golpes, secos, rápidos, que cortaban el aire como hachazos. ¡Se debatieron breves instantes aún hasta que el bayo en una atropellada violenta se cortó adelante y salvó la raya como un relámpago, con la cola tendida y los encuentros temblorosos, bañados de espuma!

Marchando despacio en dirección a las casas venían los trabajadores de a pie bromeando contentos, con esa inacabable y bullanguera alegría que acompaña al paisano hasta en las más rudas tareas. Un vientito del sur con efluvios frescos de los campos soplaba agitando las matas

del cardal en flor, se metió susurrando por entre el monte de duraznos y se alejó alzando espirales de polvo al cruzar por la lomada del corral de ovejas...

El movimiento y -el andar de la gente atareada en el rancho continuaba. Ña Juliana, la consorte de Peñalva, sus hijas, dos chirucitas agraciadas y varias vecinas que habían concurrido para ayudarles, no se daban un punto de reposo por agasajar debidamente a los convidados; sonrosadas, ligeras iban y venían del horno a la cocina, entraban y salían del rancho cruzando el patio recién carpido.

En el fuego se doraban los costillares y la picana con cuero de la vaquillona más gorda del rodeíto de tamberas -que había claváo la guámpa- como decía Peñalva. En otro lado su mujer parada frente al pozo daba la última mano a las empanadas de gallina pincelándolas de azúcar y huevo batido. La pulpería vecina de "Las Vascas" había provisto de las damajuanas de vino sin mestura para remojarlas.

Un frasco de ginebra que se alternaba con otro de hesperidina o un mate cimarrón o de leche cebado por las hijas del dueño de casa, servían de aperitivo mientras llegaba la hora de la cena.

-Tome algo, amigo. ¡Prendalé un beso a la limeta que esto quita el calor! Sirvasé un matecito. Pite un negro... Con confianza, caballeros, que hay

reserva... Eran las exclamaciones con que a cada instante -el rumboso paisano obsequiaba a sus huéspedes; porque aquellos hombres no eran peones sino amigos, convidados que venían hasta de pagos lejanos para ayudarlo en la recolección de las sementeras sin interés alguno, por simple espíritu de aparcería, de recíproca ayuda, creyéndose largamente recompensados con la celebración de la alegre *minga* -la fiesta tradicional de las cosechas de antaño- con su inevitable carne con cuero, pasteles, beberaje en abundancia y un bailecito hasta la salida del sol.

Ese era el único aliciente; la diversión, la jarana al terminar las faenas. Si la cosecha habla sido abundante, mayor tenía que ser el obligado derroche en el festejo, ¡y era de admirar el contento, la sanidad del alma con que aquellos espíritus sencillos y generosos celebraban -el güen año del amigazo- serenos, gozosos sin una sombra de emulación!...

-Ño Lázaro no necesita un mensuál ... exclamaba al pronto un gauchito presumido mirando sonriente a la muchacha que le alcanzaba mate.

-¡Ché, mirá que no come chancho! - retrucaba uno. -Si ya haé tener dueño la prenda, -añadía más allá otro.

-¡Atropellá hijito no, más, que es güen campo! - agregaba alegremente un viejo.

-Yo, hasta de carpiador de abrojos me quedo - añadía el paisanito entusiasmándose - al notar la sonrisa velada con que la cebadora le correspondía.

El dueño, de casa contemplando en silencio la escena, acariciaba con la memoria el hermoso tiempo lejano, en que él también había recorrido el camino de la vida tapizado de rosas y el alma embriagada del gozo de vivir...

Terminada la cena comenzaron los aprestos para el baile. El guitarrero después de pasar largo rato subiendo y bajando alternativamente el cordaje hasta que lo tuvo templado, y tras un arpegio de floreo -haciendo gemir la prima y suspirar la bordona- empezó a tocar uno de esos tristes de la tierra en que parecen vibrar las hondas congojas; pero de pronto, como si quisiera borrar la sombra de fugitiva tristeza:

-¡A la voz de áura, muchachos! - exclamó con voz serena acompañando con la cabeza los primeros cornpases de un alegre pericón.

Entre las mudanzas con cepillado de un malambo, el contrapunto de un canto por cifra, el gracioso estribillo de una firmeza o, de un cielo, las horas de la noche se deslizaban.

-Baile, mozo, mire que a las muchachas ni mella les hace; son capaces de prenderle hasta mañana sin resollar, -insinuaba Peñalva para animar a

algún rezagado que se andaba arrinconando.

La fiesta estaba en todo su apogeo. Las paisanitas vibraban sus miradas sombrías sobre el compañero preferido que las había conquistado con la arrogancia de su porte y sus habilidades como danzante. Silenciosos los labios, pero hablándose calladamente con los ojos, bajo la armonía arrulladora de la música giraban las parejas, felices, ágiles, rozando apenas con las plantas el suelo. Y cuando la guitarra callaba, algunos todavía seguían bailando como si escucharan arrobados las notas de una cadencia misteriosa, hasta que el guitarrero les cantaba con acento burlón, imitando un suspiro:

¡Ay cielo de mi cielito,

Ya se acabó el bailecito!...

Entre risas y bromas el aludido se confundía en el alegre grupo, y la música, los cantares de amor con su melopea plañidera estallaban de nuevo y se extinguían a lo lejos en la calma tranquila de las sombras...

La campiña arrebujada aún en ese vaho lechoso, tenue de las neblinas, iba descubriéndose a trechos desgarrada por el sol naciente que la atravesaba con sus flechas de oro. Un rumor confuso, grande, de susurros, de aleteos, de cantos y mugidos estentoreos se alzó entre los totorales del cañadón, pasó rozando las aguas

plomizas de la laguna, recorrió el llano, trepó la duna de las cuchillas y se perdió en las azules lejanías del horizonte, como un himno sonoro que saludaba el nuevo día!

Vióse entonces a un grupo de jinetes alejarse del rancho de Peñalva, que bien pronto no fué más que una manchita inmóvil, solitaria, perdida en la esmeralda de la llanura…

La minga había terminado. Pronto no quedaría igualmente más que el recuerdo de esa tradicional fiesta campestre.

El elemento extranjero y los adelantos de la maquinaria agrícola que ha llevado hasta las más apartadas regiones de nuestro territorio esos maravillosos inventos con que los Auden, Collins y Osborne han mostrado al labrador los medios de obtener el mayor y más perfecto producto en el menor tiempo, al simplificar su tarea, lo han reducido a la condición de una pieza automática más o menos inteligente. Los gringos, los maturrangos, los chapetones -como llamaban desdeñosamente al colono-, han vencido al criollo en su propio elemento enseñándole a ser agricultor; mas al renunciar a los procedimientos primitivos y rutinarios se han borrado casi totalmente esos rasgos de desinterés, ese desdén altanero y bizarro por las riquezas que lo caracterizaba.

¡Ya no hay *mingas* en mi tierra! El áspero, silbato

de la trilladora al resonar en sus campos montuosos, asustó como a una ave huraña, la libre y sana alegría que informaba esas sencillas fiestas del pasado. Ya no resuenan en las noches de verano -bajo la trémula claridad de las estrellas, las músicas, las danzas y los cantos con que se festejaban las felices faenas de la tierra. La soltura de aquel buen humor campechano, agreste y generoso, ha desaparecido; la guitarra de las dulces trovas está muda; cegado el raudal de la ingenua poesía…

Capítulo 3
PARANDO RODEO

-Hoy vamos a parar rodeo a las matreras, vamos a sacar unos toros alzáos que se necesitan pa güeyes y como a usté le gustan estas campiadas venía a invitarlo.

-Estoy medio enfermo, compádre; será otra vez.

-No sea regalón, mire que la mañanita está muy linda y puede ser que le fajemos las patas a algún ñandú en la rinconada de los seibos pa traerle los alones al patrón viejo que le gustan tanto...

La invitación era tentadora.

-Bueno, ensilláme el doradillo, contesté, por que cuando a mi compadre Mauro Gutiérrez se le metía entre ceja y ceja una idea no había más que complacerlo, -tan tenaz era-, y yo lo complacía siempre, pagando así el profundo cariño que aquel ser me consagraba. Él me había enseñado a montar a caballo, a manejarlo como un hombre de campo, amansando para mi uso los potros que yo elegía en las manadas, y con los cuales me arrocinó una tropilla escogida. Estaba orgulloso .del discípulo, y cuando alguna vez me veía salir airoso en esos frecuentes lances de la vida

campera:

-¡Oiganlé! ya no es un maturrango mi cúmpa, exclamaba sonriendo.

Yo a mí vez tenla gran afecto y admiración por aquel gaucho gallardo y caballeresco. Bravo hasta rayar en la temeridad, no hacía nunca vana ostentación de su coraje sin fiereza; humilde, resignado, paciente, en más de una ocasión le ví abatir la mirada ante los reproches del patrón cuando algún trabajo no estaba bien ejecutado; pero, sólo ante él se doblegaba, y semejante al altanero castellano en la comedia de Rojas, parecía decir con su altivez serena: *No he de permitir me agravie* Del rey abajo ninguno!

El rey en este caso era mi padre, que lo salvó por gracia especial del general Urquiza de marchar en un contingente al Paraguay adonde ya estaba destinado, porque una tarde habiendo encontrado a un comisario codiciándole con ojos golosos a su mujercita, le cruzó la cara de un tajo para espantarlo del rancho. Desde aquel día Gutiérrez ganó nuestra estancia consagrándose por completo. a cuidar los intereses de su protector, el noble anciano, por quien habría rendido gustoso la vida.

Al poco rato apareció de nuevo y alcanzándome las riendas:

-Cuando guste, no más, - me dijo.

-Vamos, responda y de un salto estuve encima del caballo que se encogió tembloroso.

Los peones nos aguardaban en fila junto al palenque, sujetando los redomones que se encabritaban, tascando el freno, escarbaban el suelo con los remos finos y nerviosos, lanzaban resoplidos apagados, encogiéndose cosquillosos al sentir los rollos del lazo sobre el anca, y las rodajas de la espuela nazarena a rozarles suavemente los ijares.

Gutiérrez dio sus órdenes distribuyendo la peonada, con esa estrategia maravillosa del hombre de campo, que no falla jamás en su cálculo, que prevé de antemano el hecho y se precave; había que proceder hábilmente, convergir a un punto formándole ala a la hacienda cerril, cortarle la retirada a los matorrales de la costa y sacarla así a la fuerza de sus guaridas.

Partimos a galope; los perros delante abalanzándose a la cabeza de los caballos, ladrando alegres, se atropellaban formando movientes pelotones y se precipitaban luego en persecución de las martinetas que abandonaban el nido sorprendidas, batiendo ruidosamente las alas hasta perderse en los pajonales lejanos.

Los caranchos parados en los gajos de los seibos, al sentirnos cruzar, despertando del sueño. indolente nos miraban con los ojos redondos y

vidriosos; y, como si olfatearan la próxima carneada, -con ese instinto aguzado de las aves carniceras-, lanzaban la nota áspera de su ronco graznido convocando la hambrienta bandada, alzaban el vuelo y seguían a la distancia nuestro derrotero para celebrar su festín sangriento con los despojos de la res. A nuestra espalda se desenvolvía como una larga cinta obscura, la rastrillada de los animales sobre los pastos húmedos de rocío.

Atravesamos un extenso cardal, más allá un estero cubierto de totoras en cuyos bordes se extendía como una guirnalda una isleta de espinillos en flor, ataviados con el manto regio de las rubias aromas.

Tiramos la rienda y seguimos al paso, en silencio. Estábamos en la rinconada de las matreras. Nos tendimos en el pescuezo de las cabalgaduras a esperar la señal convenida.

El sol habla emergido y se elevaba por sobre los montes en un cielo sereno, límpido, con tonalidades de ópalo. La selva permanecía tranquila; la brisa saturada de perfumes silvestres balanceaba blandamente los follajes levantando ese suave susurro de las hojas estremecidas. Los caballos con la piel lustrosa, humeante de sudor, estiraban el cuello hasta alcanzar las verdes matas del gramillal; los perros tendidos al sol en hilera, con las lenguas húmedas, jadeantes, dormitaban...

Al pronto, de la derecha, hacia la punta del espinillal partió un grito, y, casi simultáneamente como un eco otro grito resonó a la izquierda: era la señal. Contestamos a nuestro turno y revolviendo los caballos nos precipitamos al medio del monte dando gritos estridentes que se mezclaban con los ladridos enfurecidos de la jauría.

Un rumor sordo, semejante al trueno lejano, retumbó en las espesuras del bosque y cuando llegamos a un claro de los árboles en cuyo centro blanqueaban las playas arenosas de una lagunita, pudimos distinguir algunos animales que huían precipitadamente agitando los ramajes. Era la hacienda montaraz que abandonaba su guarida.

Nos detuvimos un momento a fin de apretar las cinchas por si era necesario enlazar, y no, hablamos terminado todos la operación cuando uno de los peones nos daba la voz de alerta: - ¡Guardia con el toro! - casi al mismo tiempo que el animal nos embestía produciendo un desparramo general.

Saltamos a caballo, menos Gutiérrez a quien le llevó el suyo por delante dándole una feroz cornada en la barriga que le echó las tripas al suelo. Entonces el toro al ver un hombre a pie abandonó el caballo, giró sobre las patas y se quedó plantado castigándose los flancos con la cola y arrancando el pasto con las pezuñas que

escarbaban el suelo.

Fué una escena estupenda, trágica, que sólo duró breves instantes, pero que no olvidaré jamás.

¡El toro yaguané, gigantesco, de astas relucientes, con la cabeza erguida, el morrillo cerdoso y los ojos llameantes, frente al gaucho que aguardaba el ataque, sereno, sin pestañear, con el poncho enrollado en el brazo izquierdo y el facón en la mano derecha, soberbio, heroico, aceptando aquel combate inaudito.

El animal bajó la cabeza, cerró los ojos y se precipitó furioso sobre su enemigo; Gutiérrez lo había visto y dando un salto de tigre hacia un lado le arrojó el poncho que cayó en medio de la frente, al mismo tiempo los perros se lanzaban contra la bestia y la acorralaban haciéndosele rastra de la cola y el pescuezo a pesar de las cornadas que recibían; dos o tres rodaron por el suelo ensangrentados, pero los otros no la soltaban, gruñendo, rabiosos, enceguecidos sin largar la presa.

La armada de dos lazos se cerraron en las astas y lo dejaron aprisionado entre aquellos tientos trenzados que cimbraban próximos a estallar. El toro sacudía la cabeza, encogía el cuerpo con movimientos rápidos y se venía sobre el lazo al encuentro del caballo preparando la cornada; pero el otro enlazador desbaratando su intención, sólo le aflojaba unos rollos y antes de que

alcanzara al compañero lo sujetaba violentamente con un tirón de través, y así volvía a quedar aprisionado echando espumarajos de cólera impotente. ¡Un tercer lazo le pialaba las patas y Gutiérrez tirándolo de la cola lo tendía a sus pies vencido para siempre!

Le alcanzaron una hacha y de dos golpes certeros le despuntó los cuernos, luego sacó el cuchillo y lo mutiló. Le quitó los lazos dejándole sólo el de las patas y pegándole una palmada en el costillar le gritó bromeando:

-Lo que es áura ya no vas a querer atropellar a naides; al arado maula pa que la picana te arregle las cuentas si andas remoloniando.

Se levantó tambaleando, con los flancos palpitantes, empapados de sudor y sangre; nos miró con los ojos turbios, quiso embestirnos, pero se detuvo acobardado por el dolor, abatió la cerviz y salió huyendo seguido de los perros que lo perseguían ladrándole como si lo burlaran...

La operación resultó como lo previó el capataz, ganada la rinconada, batidos de improviso en la boscosa isleta, acosados por la perrada, los animales se arremolinaron mugiendo y pretendiendo huir a lo más espeso de los sarandisales de la costa, pero la retirada estaba cortada por los recogedores que corrían de un lado a otro golpeándose la boca en medio de una gritería infernal de voces humanas y de aullidos.

Los toros más ariscos hicieron punta precipitándose por el flanco descubierto hasta la llanura, donde se había mandado echar previamente la boyada y las lecheras para que sirvieran de señuelo y poder llevar así sin dificultad la hacienda matrera hasta la manguera del rodeo.

A la tarde varios de aquellos soberbios animales de lustrosa y manchada piel habían perdido los atributos de su señorío, y como si de un golpe se les hubiera arrancado el fuego y la fiereza, estaban mezclados entre los bueyes viejos, con las cabezas gachas, abatidos.

La isleta de espinillos se alzaba a lo lejos, manchando el paisaje de la campiña con la franja alegre de sus arboledas verdegueantes; ¡ya no volverían a pastar libres y altivos en sus soledades umbrias, ni sus mugidos estentóreos poblarían la selva de rumores bravíos!

Uno de los novillos con los ojos húmedos, apagados, estirando la cabeza por encima de la tranquera del corral miraba la antigua guarida y balaba tristemente.

Estaban vencidos para siempre por la mano del hombre que iba a entregarlos al trabajo fecundo, abriendo el surco en el terruño virgen para que se alce la dorada espiga; ¡iban a ser los pacientes compañeros de las rudas jornadas, hasta caer aniquilados por los años y la fatiga, como un

despojo inútil en las batallas de la vida!...

Capítulo 4
EL CHASQUE

Fue tal vez el último representante en mi tierra, de aquellos ágiles correistas (1) que los Incas tenían apostados hasta en los más lejanos confines de su vasto imperio, para llevar a través de los desiertos abrasados y de las serranías enhiestas la voluntad del soberano que traducía el manojo de quipus con nudos de colores.

En el Perú y Bolivia no ha desaparecido aún totalmente la institución incaica como lo consigna el sabio Wiener (2) por más que los usos y costumbres se han modificado hasta casi sepultar en el olvido ese tipo curioso respecto del cual la imaginación de los conquistadores españoles bordo tan extraías y exageradas leyendas.

Entre nosotros la mensajería primero y el ferrocarril y el telégrafo después, han concluido por suprimir como institución permanente al chasque antiguo, que sin ser en un todo semejante a sus predecesores quichuas, -puesto que empleaba el caballo de que ellos no se sirvieron-, desempeñó, sin embargo, las mismas funciones arrostrando innumerables peligros y sacrificios en la travesía de las áridas llanuras o

los bosques solitarios, para poner en comunicación las poblaciones mas distantes. Bien merece entonces un rápido esbozo siquiera, esa personalidad desvanecida cuya visión miro alzarse y pasar entre mis recuerdos de la infancia. Me parece verlo como en aquellas tardes, en que su presencia en el hogar de los míos se anunciaba desde el zaguán por sus carcajadas sonoras, con la hermosa cabeza arábiga poblada de largos cabellos nevados y los ojos pardos de mirada intensa, bondadosa, como la sonrisa sempiterna que vagaba en los labios gruesos, sombreados por el amplio bigote que daba a su rostro en ciertos momentos el aire marcial del antiguo soldado.

Lo siento atravesar bajo el parral haciendo resonar en el pavimento la rodaja de las espuelas y llegar hasta el cuarto de costura de mi madre a darle noticias de mis hermanos ausentes. Para todos tenía un recuerdo, una palabra afectuosa, una sonrisa, una nota de su inacabable alegría, -¡porque aquel viejo varonil no conocía la tristeza! ¡Y qué alegría sana y vibrante era la suya que ni las inclemencias del tiempo., ni los reveses de la fortuna lograban abatir!

-Yo traigo las lágrimas algunas veces, pero también llevo las sonrisas, -solía decir, cuando era portador de una mala nueva-. Aprendan de mi, qué diablos, siempre hay tiempo para llorar las penas a solas...

Desinteresado, servicial, de una honradez nunca desmentida se creía suficientemente recompensado con el exiguo sueldo que le pagaba el gobierno y jamás admitió otra retribución por los numerosos servicios que hacía. Por eso era tan extenso el radio de su popularidad, que desde las poblaciones urbanas hasta el más humilde rancho en los campos tenía siempre un techo hospitalario donde guarecerse y manos amigas para socorrerlo en cualquier azar de la vida.

Conocía palmo a palmo el territorio de la provincia que había cruzado en todas direcciones, como soldado en sus mocedades y como correista después. Sabía el nombre, la posición social y el parentesco de las familias principales, de cuyos secretos fue leal depositario en más de una ocasión. ¡Qué archivo tan abundante de hechos y anécdotas se almacenaba en aquella cabeza de memoria prodigiosa! ¡Qué interesantes charlas las suyas sobre los hombres y cosas del pasado! ¡Con qué animado y vivaz colorido sabia desarrollar las páginas de esa historia cruenta de nuestras montoneras, con sus caudillos audaces y temerarios!

Recordaré siempre, la honda impresión que grabó en mi espíritu el relato de la batalla del Sauce Grande donde el heroico Lavalle tuvo que retroceder con su pequeño ejército destrozado después de medio día de encarnizado combate. Vestía entonces la chaquetilla con vivos blancos y

punzó de los Cívicos de Entre Ríos y le tocó resistir las cargas formidables del intrépido sableador en Moquegua e Ituzaingó.

-Este es un lindo sablazo, -decía señalando una ancha cicatriz que le cruzaba la frente en el lado izquierdo e iba a perderse entre los cabellos canos; con él me señalaron en una atropellada a la lanza que dimos con nuestro jefe Crispín Velásquez. ¡No se me olvidará, agregaba, el recuerdo de aquel día triste, sin un rayo de sol, en que peleamos envueltos en una espesa humareda, casi sin vernos, por la gran cerrazón que se levantó con la helada y el humo de los cañones y la fusilería!...

En otras ocasiones nos refería las peripecias pasadas en el duro oficio de correista.

-¡Ahora son flores, exclamaba sonriendo, pero antes los peligros no escaseaban y más de una vez salvé milagrosamente el número uno! En aquel tiempo la provincia estaba muy poco poblada y era necesario recorrer largas distancias para encontrar una población; los montes eran la guarida de los gauchos matreros que a lo mejor le salían a uno a la encrucijada, y si lo veían con buenas pilchas y con cara de susto lo dejaban tendido. Al paso de Gualeguay, sobre todo, le temían los viajeros, que cruzaban con el ojo alerta esperando a cada instante ver aparecer la cabeza de algún salteador de entre los tupidos

pajonales. Muchos salvaron peleando a los asaltantes o gracias al buen caballo que montaban, pero otros infelices fueron asesinados y tal vez sus huesos blanquean aún entre las zanjas, al borde del camino.

-En la pierna izquierda, a la altura del cuadril, tengo un recuerdo de esa época; es un chuzazo de lanza que me pegaron en 1844, después del asesinato del gobernador don Cipriano Urquiza en Nogoyá, y cuando llevaba la noticia del suceso a su hermano el general -que andaba en campaña por el Estado Oriental.

Había marchado toda la noche cortando campo para evitar las partidas revolucionarias y al amanecer me detuve para apretar la cincha en la costa del Clé. El arroyo corría en el fondo de las altas barrancas reflejando en sus aguas renegridas las estrellas que iban borrando las primeras claridades de la madrugada. De pronto empezaron a gritar los teru-teros como si anduviera gente y poco rato después sentí el galope de dos jinetes que se acercaban. Revisé la ceba del trabuco, salté a caballo y descendí a1 tranco la cuesta a ganarles la picada, pero ya me habían sentido y se me vinieron ,encima sin decir una palabra; me tendí en el pescuezo del animal para resguardarme del primer choque y, tomándolos de lado, los atropellé a mi vez descargando el arma sobre el que encontré más cerca y gané fa otra orilla a media rienda.

Como montaba un flete de mucho aguante y en lo oscuro no había peligro de que me lo boliaran, a las pocas cuadras notando que no me perseguían sujeté el caballo y seguí al paso. No se oía ningún rumor, un silencio profundo me rodeaba, las neblinas llenaban todavía el campo. Comencé entonces a dudar si aquello no sería una alucinación; sin embargo, yo estaba seguro de haber visto' a dos hombres atacarme y hasta de haberle hecho fuego a quema ropa a uno de ellos diciéndole: ¡Dios te perdones ¿Y si eran dos por qué no me seguían? ¿Dónde estaban? ¿No serian quizás almas en pena?...

Confieso que empecé a tener recelo y hasta me persigné, por si acaso. Mas, bien pronto me convencí de que no habla soñado; sentí un dolor agudo, en la pierna y al tocarla noté que estaba empapada de sangre.

Felizmente no tardó mucho en aclarar el día y al coronar una lomada distinguí a lo lejos, entre un monte de espinillos, el humito de un rancho. Allí encontré unos buenos paisanos que me curaron la herida, teniéndome oculto hasta que pude montar a caballo para ir a desempeñar mi comisión.

Averiguando algún tiempo después lo ocurrido en la picada del Clé, me dijeron que una mañana se encontró muerto, atravesado el cuerpo de un balazo, a un gaucho cuatrero que la policía perseguía por varios robos y asesinatos.

-¡De chiripa, pues, me escapé aquella noche y hasta ayudé a la justicia, - decía bromeando al terminar el relato de la trágica aventura...

¡Ah! ¡cómo acuden a la memoria las escenas que se desarrollaron en el patio de la casa paterna, bajo la techumbre de las madreselvas floridas por entre cuyo ramaje se filtraban los rayos de la luna, blanca, inmóvil en el azul purísimo del cielo! ¡Qué calma tan profunda la de aquellas noches estivales cuyas horas se deslizaban sin sentir, poblando mi imaginación de héroes y de leyendas conmovedoras!

¡Con qué emoción intensa escuché por primera vez la historia ingenua y desolada del Robinson inmortalizado en el romance de Foe, y cuya gloria hay que reivindicar para un americano descendiente del último emperador de los Incas, que había narrado anteriormente el naufragio del marino Pedro Serrano! (3)

Otras veces eran cuentos maravillosos o burlescos cuyo relato se prolongaba durante largas horas sin que decayera el interés de la narración. Dotado de una retentiva poderosa, conservaba fielmente todo lo que leía o escuchaba referir, para trasmitirlo íntegro después con aquella palabra pastosa, de timbre metálico, llena de giros alegres que aún me parece escuchar como un eco lejano que surge de lo más hondo de mis recuerdos.

Más tarde he constatado la veracidad de muchos episodios y aventuras con que en más de una ocasión mantuvo suspensos de su voz, los latidos de mi corazón de niño e hizo correr mis lágrimas primeras.

¡Qué naturaleza de bronce era la suya para resistir sin fatiga aquellas penosas y largas jornadas, bajo las lluvias del invierno o los rigores del verano; eternamente sobre el lomo del caballo, cruzando a la carrera los mismos senderos, vadeando los mismos arroyos, viendo desarrollarse el mismo paisaje, en sus veinte años de correista! Nada era capaz de detenerlo en el cumplimiento de su deber. Para él no había más que un anhelo y una preocupación: llevar a su destino en el día señalado. ¡Y ni el frío, ni el sol, ni los ríos desbordados, ni los peligros de los bosques fueron capaces de hacerlo faltar jamás!

En las postas se sabia la hora precisa de su llegada y ya le esperaban con el caballo listo para proseguir el camino a galope tendido, con su inseparable valija de correspondencia en la grupa. Los habitantes del campo le reconocían desde lejos por los remolinos de polvo que alzaba en su precipitada marcha; y cuando tenían necesidad de sus servicios le salían al encuentro; satisfecha la curiosidad o anotado el pedido en la tela maravillosa del cerebro, -seguro de que ya no la olvidaría, encendía un cigarrillo, apretaba la mano a su interlocutor, hincaba la espuela al

caballo y volvía a emprender el viaje a través de los verdes llanuras, ocultándose en las hondonadas de las cuchillas y reapareciendo para perderse en seguida en la penumbra trémula de los montes.

El campo abierto, la travesía solitaria, aquel vértigo incesante que lo arrastraba como una sombra por esas campiñas de mi tierra que la primavera atavía con el corimbo rutilante de las margaritas rojas y de los macachines color de oro, formaban su elemento vital, lo enardecían como un toque de clarín. Y era feliz al sentirse oprimiendo los ijares del caballo, con el rostro tostado por el pampero que le azotaba de frente, aspirando a pulmón pleno las brisas perfumadas y la mirada perdida más allá de la cumbre de los grandes árboles llenos de sol,- ¡sereno, dichoso, señor de su destino, -derramando a su paso el eco jubiloso que desbordaba .-perenne de su corazón!...

Una sola pena tuvo en su vida, -Pena intensa y cruel porque cegó de pronto el raudal de su sana bonhomía-, -y fué cuando el gobierno subvencionando a la primera empresa de mensajerías que hizo el viaje del Uruguay al Paraná, sustituyó al antiguo chasque imponiendo a aquélla la obligación de transportar la correspondencia. Y por más que en recompensa de sus importantes servicios le donó en propiedad una chacra en el ejido de su aldea, sin embargo,

el golpe había sido tan rudo que la herida abierta no cicatrizó más.

Aquella separación fué el derrumbamiento de su pasado, el hachazo brutal que abatió para siempre todas sus alegrías y esperanzas. Se refugió en la casita cuyos lindes bordeaba una tupida cerca de pitas y ñapindaces y allá pasó sus últimos años sin resignarse a la nueva vida, debatiéndose inquieto como un ave salvaje entre las rejas de su prisión.

-¡Ya no sirvo para nada! - solía decir con amargura al ver cruzar por el camino a la mensajera que se alejaba haciendo resonar, como una burla, las colleras de cascabeles.

-¡Ahl ¡pero esos gringos no son capaces de saltar en pelos un redomón, ni de aguantar una galopiada de sol a sol como yo sé hacerlo! - agregaba irguiendo altanero su hermosa cabeza de vencido!...

Capítulo 5
EL CURANDERO

En la ladera de una cuchilla, junto a las barrancas rojizas de un arroyo cuyo álveo arenoso blanquea desde lejos, se alza un rancho solitario. Un añoso ombú y unas cuantas higueras achaparradas en medio de la llanura estéril, que sólo nutre espartillos y ortigas, circundada de grandes vizcacherales, completan el cuadro de ruina y abandono. Ningún indicio acusa el trabajo, ni la presencia del hombre.

Desde el amplio camino carretero que cruza por la loma, aquel paisaje desolado semeja una de esas taperas. que en medio de los campos señalan el sitio en donde se alzó en otro tiempo un humilde hogar que los azares de la vida derrumbaron. ¡Cuántos dramas obscuros, tejidos de amarguras y lágrimas, cuántas esperanzas tronchadas guardan tal vez esas ruinas que la maleza va cubriendo!

Una cruz sin nombre, tiende sus brazos al caminante como pidiendo una plegaria... ¡Mañana las tormentas derribarán también al carcomido madero, y el olvido impenetrable envolverá para siempre aquella última memoria!...

Atravesaba por primera vez esa región de la campiña entrerriana, con el espíritu atribulado por una dolorosa separación y aquel triste cuadro me impresionó hondamente. Mi compañero de viaje, un antiguo peón de nuestra estancia, pareció comprender el pensamiento que me preocupaba y adelantándose a la pregunta, me dijo:

-Ése, es el rancho. del curandero.

-¿Pero no es una tapera abandonada?

-No, patrón; hace muchos años que vive en él un viejo curandero.

¿Y cómo no tiene chacra sembrada, ni corral, ni caballo, siquiera?

-Porque él no siembra, ni tiene más animal que cuidar que un petizo maceta que háe estar metido en la zanja del arroyo comiendo entre el uncal, por eso no lo vemos.

-¿Entonces no trabaja en nada?, ¿y de qué vive?...

-Cura, señor, y hace riendas y bozales de tientos trenzaos pa vender en las pulperías.

-¡Ah! conque es trenzador y médico; ¿y cura a muchos? -Ya lo creo, si de los pagos más lejanos y hasta del pueblo le tráin enfermos desauciáos por los dotores... -¿Y se le mueren algunos?

-¡Oh! los que ya no tienen remedio, no hay cencia que los salve; ¡sólo que fuera Dios!.. .

-¿Y con qué cura?

-Con yerbas y agua bebida nomás.

-Será con los gajos del abrojal que rodea el rancho y con el agua del arroyito.

-¡Qué esperanzas! Son yerbas de los montes que él solo conoce y el agua la prepara él también y la da en botellas asigún la enfermedá. Adimás dicen que tiene un crucifijo en el paladar y que por eso cura con saliva las picaduras de los bichos ponzoñosos, y que mata a las víboras rociándolas de escupidas, como los guazubirás, cuando las encuentra dormidas entre el pastizal.

-¿Y cobra muy caros sus remedios?

-No patrón, los da debálde, no aceta dinero, cuando más algún cuero de potro pa fabricar sus trenzáos y la carne que le mandan los vecinos agradecidos.

-¿Y lo acompaña alguien?

-Vive solito, y no sale sino cuando lo vienen a buscar pa algún enfermo que ya no puede allegar hasta aquí, o cuando va a la pulpería a vender sus trenzáos. Los que quieren hacerse medecinar con él, vienen y acampan en ese montecito de talas

que se ve junto al arroyo y allí se pasan, en ocasiones, muchos días hasta que se mejoran y si alguno llega a morir lo llevan al pueblo pa enterrarlo en sagrao…

Picada mi curiosidad por los hechos que con tan profunda convicción me refería el paisano tuve el deseo de conocer al misterioso personaje, y, pretextando que quería encargarle la confección de unas riendas y un rebenque, me dirigí al rancho.

A medida que nos acercábamos se percibía cada vez más la soledad y el abandono. Un sendero tortuoso como una picada en una selva virgen, conducía por entre el abrojal a la puerta del rancho que un cuero protegía de las lluvias y los vientos. La maleza se extendía al pie de los muros de terrón y se escurría por las rendijas como curioseando lo que pasaba en el interior. En el tronco del ombú, en un hoyo cavado en las raíces, se veían las cenizas del fogón apagado.

¡Un soplo helado de tristeza, de ruina, parecía flotar en torno de aquella mansión solitaria!...

Llegamos hasta la entrada sin distinguir ningún ser humano. Entonces el peón secándose el sombrero respetuosamente exclamó:

-¡Ave Marial Un momento después el cuero de la puerta se apartaba para dar paso al extraño morador que contestó en el mismo tono:

-Sin pecao concebida.

Informado del objeto de nuestra visita, el hombre que al principio permanecía indeciso, mirándonos con aire de desconfianza, dulcificó un tanto el ceño y nos invitó a bajar. Cogió un manojo de biznagas secas y con un golpe maestro sobre el pedernal del yesquero encendió el fuego. En cambio del sabroso cimarrón, le brindamos cigarrillos negros, y un porrón de ginebra que llevábamos para combatir la sed en la travesía, concluyó por acortar las distancias, rompiendo la muralla de aquella reserva taimada.

El hombre era mío: se entregó sin reservas, abriendo con ingenuidad las puertas de su corazón, descubriendo sus sentimientos humanitarios, sus creencias sinceras e intensas. Sus palabras impregnadas de simplicidad cobraban en ciertos momentos esa convicción, y firmeza que radica en la observación larga y paciente, confundiéndose otras veces con la alucinación absurda del creyente que acepta los hechos más extraordinarios como verdades indubitables, viendo en todas las cosas la influencia arcana de una causa invisible, que su razón no columbra, y que concluye por atribuir al milagro.

Me hablaba de la virtualidad portentosa de los brebajes de yerbas de cuyo secreto era poseedor, con acento de profunda convicción, sin atribuirse

mayor mérito. Tenía en su mano el don de curar, como una habilidad superior que le habla tocado en lote del destino y nada más.

-¡Será mi estrella! -me decía como última razón-, pero ahí están los enfermos que los hombres de cencia no les acertaron con el mal, que andan sanos y buenos y no me dejarán mentir.

-¿Pero usted habrá estudiado, habrá tenido maestros que le enseñaron a conocer los males y las yerbas que les sirven de remedio?

-No, señor; mi único maistro ha sido la vida: mis desgracias, las persecuciones injustas de los hombres que me obligaron a refugiarme en los montes durante muchos años. ¡Oh! allá en la soledá de la naturaleza se ven y aprienden muchas cosas más que en los libros...

¡Y al razonar así aquel hombre tosco, cuya palabra sencilla se iluminaba por instantes con el colorido intenso de las dolorosas evocaciones, dejaba en mi espíritu juvenil la huella honda de la duda!

-¿Es un farsante o un alucinado? me preguntaba interiormente al oirlo discurrir con tanta cordura, al contemplar su frente amplia y serena que coronaba una larga cabellera nevada. Ni sus modales, ni su raciocinio claro, ni los hábitos de su vida modesta acusaban un desequilibrio mental, una intención velada que pudiera

tomarse como una explotación vulgar a su manera de vivir.

No hacía ningún misterio de su potencia curativa: creía ingenuamente en ella y la ejercía sin interés, como un ministerio altísimo entre los que tenían fe. ¿Era aquéllo la expresión informe de un sentimiento altruísta, o ese ser humilde era sólo un producto lógico del espíritu supersticioso y crédulo, tan generalizado en nuestros campos? Ambas cosas quizás. Pero lo cierto es que el maravilloso curandero se presentaba a mis ojos como un problema obscuro, que envolvía el prestigio del misterio fascinante, insondable...

Algunos años más tarde atravesé otra vez por aquella región; la llanura yerma se distinguía desde lejos con sus tierras rojizas, cubiertas de unos cuantos arbustos que erguían sus ramas mustias, calcinados por el sol de diciembre que rajaba la tierra sedienta.

¡El rancho ya no existía, la maleza había terminado su conquista y se extendía victoriosa sobre los despojos del vencido, aprisionando en sus mallas de plantas dañinas el tronco del viejo ombú que aún libraba los postreros combates!...

¿Y el curandero habría muerto sin que pudiera salvarlo la ciencia infusa de que se creía poseedor, u otro rival lo había desbancado suplantándolo en la veneración idólatra de sus clientes?... ¡Quién sabe! Mas el molde no estaba

quebrado, el tipo no se extinguirla por eso. Iría sencillamente a levantar su tienda en otro paraje más lejano para reconquistar su aureola de popularidad, tranquilo, paciente, seguro del éxito, pues mientras alienten seres cuya imaginación se exalta en presencia de lo extraordinario y de lo maravilloso, la semilla de las adivinas, de las iluminadas y de los curanderos brotará lozana perpetuando en las edades sus frutos extraños...

Producto natural del atraso en las dilatadas campiñas con un origen que entre nosotros remonta a la época de la conquista, pues, allá entre las breñas montañosas de Arauco se destaca la figura del *machis,* -el curandero de la tribu belicosa-, ha llegado hasta los centros urbanos para imponerse en ciertos momentos como una necesidad, disputando resueltamente el estadío a los hombres de ciencia.

Las autoridades mismas han reconocido su existencia y declarándola necesaria. Así por una resolución del gobierno de Entre Ríos en 1850, (1) se dejó sin efecto el reglamento que prohibía el ejercicio de la medicina empírica, teniendo en cuenta el estado en que había quedado la campaña después de una guerra prolongada y sangrienta: *"porque con la separación de los curanderos y curanderas, dice el decreto, se hallarán sin alivio ni consuelo en sus enfermedades las numerosas familias esparcidas a largas distancias en los establecimientos de campo".*

¡Mi tierra ha sido fecunda en estos tipos, mezcla bizarra de embaucador y de creyente; y a través del tiempo y de la lejanía nuestro legendario *Médico del tiento*; cuya sombra vaga aún en los umbrios boscajes de Montiel-, se confunde en el nimbo radioso que la credulidad ha hecho brotar como una flor de hechizamiento en torno del nombre *Mano santa* y del *Médico del agua fría* !...

Capítulo 6
LA CRECIENTE

Reinaba uno de esos violentos temporales de invierno que en la región de los bosques se prolongan a veces durante semanas enteras. La lluvia caía a torrentes formando cortinas líquidas que el viento desflocaba al azotarlas en los troncos y gajos de los árboles. El sol velado por los densos nubarrones aparecía de tarde en tarde lanzando sus rayos pálidos que doraban un instante los ramajes y volvía a ocultarse en aquellas masas de nubes plomizas que el huracán empujaba de flanco, las amontonaba en enormes montañas y las desgarraba en tocas flotantes y ligeras que corrían a fundirse en otras mayores hasta cubrir el cielo con el sudario gris de las tormentas.

-¡Vamos a tener creciente, y grande! - dijo uno de los peones mirando hacia la costa del Gualeguay cuyo curso señalaban a lo lejos los verdes sauzales.

Nada de particular se observaba a primera vista; sin embargo el ojo escudriñador del hijo de los montes había descubierto ya señales inequívocas para apoyar su afirmación. En efecto, mirando atentamente se dibujaban en el horizonte

brumoso, varios puntos obscuros, movibles, que se ensanchaban en grandes círculos y desaparecían tras los nublados.

-Son garzas y bandurrias que andan revolotiando por que se les han anegáo los nidos en los uncales, - agregó el paisano que continuaba. de pie en la puerta de la cocina con la mirada fija en el poniente.

Los puntos comenzaron a distinguirse mejor y pronto vimos cruzar numerosas bandadas de aves que huían batiendo las alas apresuradas y dando graznidos de alarma. Al mismo tiempo por entre las altas pajas bravas de la costa se vieron aparecer puntas de hacienda vacuna que buscaban las alturas y se internaban en el monte mugiendo. Las manadas venían detrás en grupos inquietos; trotando con las clines tendidas al viento y dando relinchos estridentes para llamar a los potrillos, iban las yeguas, que el hermoso padrino escoltaba con celos de sultán, corriendo a los potros para evitar veleidades de sus favoritas.

Era una ruidosa emigración que poblaba la campiña de relinchos, de balidos y rumores vibrantes...

Los gramillales glaucos de la pradera empezaron a blanquear cubiertos con la avenida de las aguas que bañaban por las laderas de las lomas, escurriéndose en los senderos e iban a engrosar el caudal de los arroyuelos desbordados que se

extendían como un amplio tapiz en los cañadones y hondonadas.

Las yerbas primero, los pajonales y hasta los arbustos desaparecían en aquella inmensa masa plomiza que avanzaba con sordos rumores de marea. La inundación se extendía cada vez más y ya franqueaba la estancia cubriendo los bajíos, amenazando rodearla, como había ocurrido en algunas grandes crecientes del río Gualeguay.

En precaución se mandó tener listos los carros para sacar la familia y se colocaron en altos zarzos de madera los objetos que no era posible transportar sin que se mojaran.

¡Comenzó entonces una de las operaciones más arriesgadas y penosas de la vida campera, de esas que ponen a prueba el valor y la resistencia de sus esforzados habitantes, para los que no hay peligro, ni fatiga, ni sacrificio que los arredre, que los haga olvidar siquiera un instante su inacabable alegría!

Como la inundación vino de pronto desbordando los arroyos y lagunas que vuelcan sus aguas en el río, las isletas y lomadas de la costa quedaron inmediatamente aisladas con la hacienda montaraz que pastaba en aquellos parajes. Había, pues, que ir a sacar los animales antes que perecieran de hambre o fueran arrebatados por la correntada.

Era una empresa temeraria el aventurarse a cruzar la anchurosa llanura que la avenida cubría como un mar cuyas riberas se perdían más allá de la ceja lejana de los montes, y llegar hasta los altos albardones donde estaba refugiada la hacienda.

No habla tiempo que perder porque el agua subía siempre y dentro de poco no quedarla ningún sitio de la costa que no fuera barrido por las aguas. Se mandó echar una tropilla al corral para elegir los caballos más diestros y resistentes.

El pardo Orosco -un veterano del ejército de Entre Ríos de los que atravesaron a nado el Uruguay y el Paraná con el general Urquiza- fue el encargado de llevar a cabo la riesgosa empresa. Eligió dos mocetones de los más nadadores, ensilló un tordillo sabino de gran alzada y se aligeró el traje hasta casi quedar desnudo; sus compañeros lo imitaron.

-Vamos muchachos, y cuidáo con tullirse de frío o dejarse ahugar como un barriga augeriada-, exclamó el valiente criollo montando a caballo.

Los mozos sonrieron ante la advertencia, y uno de ellos respondió con tono resuelto:

-¡No tenga cuidao Ño Orosco, que pa semejante aguacero no- hay necesidad de poncho!

Bromeando alegres, se alejaron a gran galope

chapoteando los fangales del bañado, bajo la lluvia que los azotaba con sus rachas heladas y se internaron desafiando el ímpetu de la corriente que cortaban en sesgo los caballos con la cabeza erguida, las narices abiertas, bufando, y la cola enhiesta como un penacho, hasta pisar las Tomadas de la costa en que estaba guarecida la hacienda.

En una pequeña colina los animales mezclados se revolvían en abigarrados grupos de vacas, yeguas, avestruces y gamas, trotando confundidos a la orilla del agua sin atreverse a vadear el ancho espacio que los separaba de la tierra firme. Los peones les azuzaban inútilmente dando gritos, les echaban encima los caballos, les castigaban con los lazos, pero los animales amedrentados se estrechaban pisoteando a los que caían, con un ruido seco de astas que se chocan y de mugidos dolorosos...

El agua turbia invadía rápidamente la lomada que en breve desaparecería bajo la avenida que avanzaba rugiente en los bajíos desgajando los árboles cuyas ramas arrastraba revueltas con las balsas de verdosos camalotes.

Los animales redujeron el círculo, formando una masa compacta, enorme, que se movía pesadamente; los más grandes trepados en el lomo de los otros estiraban las cabezas y miraban azorados la correntada que los aprisionaba.

De pronto desde un matorral que barrían las olas partió el bramido estentóreo de un tigre. Los animales ante el peligro de ser acometidos por la fiera se atropellaron con violencia echándose al bañado. Orosco y sus compañeros no desperdiciaron la inesperada ayuda y cargando sobre las bestias a pechadas y lazazos hicieron caer al agua a las más remolonas.

¡Se desarrolló entonces un espectáculo imponente! Los animales dentro del agua ya, remolineaban como buscando apoyo, se agrupaban miedosos y desaparecían bajo la corriente. Mas de pronto surgía una cabeza, luego la línea del lomo y tras de ella, otras más, y otras, y otras, hasta tender una larga fila que empezó a nadar en dirección a las alturas del monte. Detrás venían los peones braceando al lado de los caballos agarrados de las crines. El tordillo hacía punta, con la nariz espumosa, moviendo las orejas y la cola tendida a flor de las aguas...

Era de noche cuando abandonaron el bañado los últimos animales, que el arrojo y la pericia de aquellos hombres había logrado salvar de una muerte segura.

En la estancia esperaban ansiosos la vuelta de los nadadores, pues no sólo corrían el peligro de ser arrebatados por la correntada, sino de perecer en las garras de una fiera o por la picadura de las víboras de la cruz que llevaba entre los camalotes

la inundación.

Se festejó el regreso, distribuyéndoles ropa abrigada y una buena ración de caña para darles calor; poco rato después, rodeando un matambre y una fuente de tortas fritas, confundidos con los otros peones, alegres y decidores, sin hacer mención siquiera al peligro pasado, estaban los valientes paisanos.

Terminada la cena, la guitarra no tardó en dejar oír sus cuerdas gemidoras preludiando un gato del terruño -de esos que bailan solos-, tales eran los rasgueos y bordoneos con que el tocador los acompañaba, y en el sosiego de la noche resonaron los ecos del canto tradicional que parecen incitar a la danza como las notas cálidas de un coro antiguo: *Vuela la perdiz, madre* ¡mi vida! Vuela la infeliz, ¡mi vida!

Que se lleva el gato, EL gato, miz, miz...

Uno de los mozos se levantó de la rueda e invitando a una criollita que andaba alcanzándoles mate, se le cuadró enfrente y empezó a mover los pies en un zapateo vertiginoso sin perder un punto el compás que seguía castañeteando los dedos, mientras la compañera se le acercaba y fingía una fuga arqueando el torso garbosamente…

Orosco contemplaba con cariño al bailarín y me decía: -¡Vea, patroncito, ese mozo vale plata!

¡Hoy allá e los rincones cuasi se lo llevó la correntada de puro corajudo, y ya lo ve, dándole gusto al cuerpo como si nada le hubiera pasao! Y al elogiarme así al intrépido muchacho no había en sus palabras impregnadas de simplicidad y de llaneza, ni una sombra siquiera de alabanza...

Capítulo 7
EL SARGENTO VELÁZQUEZ

Al lado del camino, en una abra del monte, rodeada por un cerco de enhiestas pitas, se veía blanquear una casita, limpia, alegre, llena de luz. La mensajería que en aquel tiempo hacía el viaje desde el Uruguay al Paraná se detuvo junto al corral de horquetas para cambiar caballos; mientras ensillaban las yuntas de refresco los pasajeros nos dirigimos a la ramada.

A la sombra de un frondoso tala, atareado en remendar unos bozales estaba un anciano de blanquísima barba que le cubría la mitad del pecho; un pañuelo colorado sujeto en forma de vincha echaba hacia atrás la larga cabellera. La camisa y el calzoncillo cribado contrastaban por su nítida blancura con el chiripá de tonos obscuros que caía en amplios pliegues desde la cintura hasta casi cubrir la bota de potro primorosamente sobada.

Era el dueño de la casa, el maestro de posta Ño Marcelo Velásquez, un antiguo soldado del ejército entrerriano, cuyo cuerpo contaba los largos años de servicios y las batallas a que había asistido por las cicatrices que ostentaba en guisa de medallas y condecoraciones. Ño Marcelo –

como le llamaban respetuosamente todos los vecinos- fué soldado durante medio siglo, y en las postrimerías de su existencia, vivía obscuro y olvidado en aquel rincón de la tierra natal por cuyo engrandecimiento derramó su sangre y le ofrendó la lozanía de su brazo hasta que ya no pudo sostener la lanza de moharra y media luna acerada y virolas de plata, que conservaba aún con orgullo.

Resignado a su triste suerte, sin mencionar jamás los sacrificios y penurias pasadas, sólo aspiraba a dormir en paz el último sueño en el pedacito de terruño que cubría las cenizas de sus mayores y de los hijos que le habían precedido en el eterno viaje.

Los que se detenían un momento en el rancho cruzaban el camino mirando indiferentes al humilde viejito, ignoraban que aquella era una reliquia gloriosa, que ese cuerpo encorvado por los años y las rudas fatigas de la guerra, se erguía en otro tiempo gallardo, y altanero; que ese brazo tembloroso sostuvo la lanza cuyos reflejos rápidos de acero se apagaron cien veces con la sangre en los combates temerarios, que aquel pobre paisano había agotado su vida en el servicio de las armas luchando sin tregua desde niño!...

En uno de mis frecuentes viajes tuve ocasión de tratar con intimidad al heroico veterano.

Un violento temporal nos obligó a refugiarnos en

su casa, y como el tiempo no calmaba y era fácil extraviar el camino en el monte, aceptamos la hospitalidad que se nos ofrecía con tan empeñosa insistencia. Después de la cena y como insinuáramos el deseo de conocer algunos episodios de su carrera militar, el anciano se reconcentró durante un breve rato, y, al fin, con palabra tranquila, que la pasión no empañaba, sin hacer alarde de peligros, ni sufrimientos, empezó a relatarnos el romance de aquella vida que remontaba a los primeros años de esa sangrienta lucha de montoneras que libraron los caudillos del litoral.

-Era todavía un muchacho mamón, me decía, cuando me arriaron para el servicio, y aquí cerca, en las costas de *Las Guachas*, me tocó estrellarme en un combate desventajoso a que nos arrastró la temeridad del general Ramírez; peleamos muchas horas llevando cargas desesperadas contra las fuerzas tres veces más numerosas del general Artigas y al fin tuvimos que retirarnos dejando el campo cubierto de cadáveres; pero a los pocos días, en la *Bajada del Paraná*, tomábamos la revancha derrotando al valiente caudillo oriental, obligándolo a abandonar para siempre la Provincia tras los desastres que sufrieron sus jefes principales, López chico y los indios misioneros *Perú-cutí* y *Abacú* en el *Gualeguay, Yuquerí, Mandisoví* y en el sangriento combate de *Las Tunas*.

En seguida pasamos a Santa Fe, y en los campos de *Coronda*, destrozamos las tropas veteranas que traía el bravo La Madrid; orgulloso por el triunfo, nuestro jefe se dejó arrastrar a una emboscada en el *Río Seco* y nos derrotaron. Pudo salvarse, le quedaba un puñado de soldados, tenía caballo para huir, -¡y quién se hubiera atrevido a cerrarle el paso mientras blandiera aquella terrible lanza de cuya hoja afilada se apartaban con respeto en el combate los dragones y blandengues!-, pero el parejero que montaba doña Delfina fué boliado y al verla en peligro el general volvió cara, haciendo girar sobre las patas su pingo y cargó a lanzazos sobre el grupo que ya la había rodeado, abriendo claros de muerte en las filas de sus enemigos hasta rescatar a su prenda, ¡pero cayó al fin muerto de un pistoletazo! ¡Con qué emoción intensa narraba aquel trágico combate que recuerda una de esas escenas caballerescas de los tiempos medioevales, y está reclamando el lienzo o el bronce a nuestros artistas!... ¡Aunque herido en este encuentro formó parte de los últimos restos de las fuerzas del altivo caudillo que consiguió llevar a Entre Ríos, atravesando el Chaco el comandante Anacleto Medina en compañía de la hermosa Delfina, que regresaba al hogar abandonado sin haber tenido el triste consuelo de bañar con su lágrimas el cuerpo destrozado del heroico compañero de todas sus horas de dicha y de infortunio!...

Más tarde le tocó emprender esas largas y

penosas campanas que el general Urquiza realizó dentro y fuera de la Provincia. Se encontró así en las peripecias de esa lucha que comenzó en 1831 en los llanos de *Pago Largo*; en todas las acciones donde se puso a prueba el empuje de aquella caballería altanera, fué actor el soldado Velázquez, y así el *Sauce*, el *Arroyo Grande, Indía Muerta, Puntas del Palmar, Laguna, Limpia, Potrero de Vénces, los campos de Álvarez, Caseros, Cepeda y Pavón* le contaron entre los combatientes de primera fila.

Su sangre empapó más de una vez el campo de batalla y numerosas cicatrices cubrieron su cuerpo, pero la muerte respetó al valeroso lancero. ¡Cómo se entusiasmaba al recordar los reñidos combates en que había sido actor! ¡El cuerpo del viejito se erguía gallardo en el tronco, con la altivez serena de otros tiempos, sus ojos cansados cobraban extraños fulgores y la mirada marcial, altanera, se paseaba por sobre el horizonte!...

Terminada la lucha volvió tranquilamente al hogar a labrar la tierra con los últimos alientos -y allí vivía en su rincón solitario sin afanes ni quejas, lamentando solamente que ya las fuerzas le flaquearan para blandir un sable o una lanza si la patria lo llamaba de nuevo.

-Pero ahí están los muchachos -decía señalando los nietos- que no han de empañar el nombre del

abuelo. Yo les he enseñado a amar nuestra tierra y si se viera en peligro, los Velázquez no han de desmentir la marca.

Tenía un culto apasionado que rayaba en fanatismo por los hombres y cosas del pasado. Recordaba con veneración enternecida a sus viejos jefes, y los nombres de Ramírez, de Mansilla, de Urquiza y de Galarza brotaban de sus labios trémulos con cariñoso respeto.

-¡Aquéllos sí eran combates leales -exclamaba entusiasmado- en que se peleaba cuerpo a cuerpo, cruzando el arma con el adversario! ¡Con la lanza y el sable se rompían cuadros de infantería, se atacaban trincheras sacando los cañones enlazados!...

¡Con qué desdén caballeresco hablaba de las armas de fuego! ¡Oh!, en nuestro tiempo no se peleaba como ahora. Y enardecido por la evocación bélica, tendía la, cabeza como aguardando la vibración larga e intensa del clarín que tocaba a la carga, y la voz del coronel -que blandiendo la espada les gritaba: -¡Sable en mano y carabina a la espalda!...

Nuestra provincia era muy pobre entonces -añadía- y no pagaba a los que la servían. Cuando había que emprender una nueva campaña el comandante de cada división nos daba la orden de que para tal día debíamos presentarnos con caballo de tiro y las armas prontas a un paraje

designado llegaba el día y ninguno faltaba a su puesto, y así marchábamos a la guerra y los que no quedaban tendidos en los campos de batalla volvían a sus ranchos, listos siempre para correr al primer toque de llamada. ¡Era un orgullo, amigo, el servir con semejantes jefes que no esquivaban jamás el peligro, que sufrían a la par nuestra las penurias del servicio, que cargaban al frente de su división para ser los primeros en atropellar al enemigo sin contar el número, y que sabían morir sin volver la espalda!...

Imbuido en aquellos recuerdos que hacían vibrar como en otras horas su sentimiento patriótico y su altivez nativa, el sargento Velázquez era un despojo glorioso que mantenía en alto la tradición de esa caballería famosa que luchó con generales de la talla de Balcarce, Rondeau, La Madrid, Lavalle y Paz, que venció caudillos aguerridos como Artigas y Rivera, que atravesó los más grandes ríos de la República para batir su diana redentora en los campos de Caseros...

Sereno, alegre como en sus buenos tiempos de soldado, aguardaba la muerte en su retiro sin quejarse del olvido injusto que tal vez ni comprendía, creyéndose bastante compensado con haber podido servir leal y denodadamente a su tierra natal hasta verla próspera y tranquila marchando a la conquista de su futura grandeza. Con el puesto de maestro de posta y el pedazo de tierra que cultivaba tenla lo suficiente para vivir

feliz en su honrada pobreza; de allí no salía más que en las fiestas de la patrona de la aldea o en el aniversario del 3 de Febrero en que se le veía atravesar la plazuela, sombreada de añosos paraísos, y llegar hasta la puerta de la capilla llevado del brazo por alguno de sus nietos, gallardeando aún la cabeza en el viejo tronco que coronaba su blanca cabellera de patriarca...

Capítulo 8
JUVENILIA

Cierro los ojos y veo alzarse allá, lejos, en una abra apartada de la selva, como en un vago claroscuro paisajes y reminiscencias de la juventud. Ecos de suave armonía, riente y dichosa, me hacen fijar el pensamiento en aquel hermoso pasado que colora el recuerdo con las florescencias ingenuas de la vida que se abre gozosa a todas las quimeras de la ilusión.

Hermoso, viril y sano despertar de la adolescencia en que todos los senderos tienen rosas, mucha luz y azul el horizonte, y el sol radioso parece bajarnos con efluvios ardorosos, extraños y gratos. El alma rima apasionada su primer canto de esperanza; después los años pasan aprisa, se esfuman en los nublados del tiempo las emociones prístinas, el dolor, el desencanto las sustituyen, mas la dulce memoria se refugia en nosotros y vibra de nuevo como un viejo laúd al evocarla!...

Era la época de vacaciones. Había vuelto a la estancia tras una larga reclusión en el colegio y venia sediento del gozo de vivir aquella vida libre y sencilla de los campos.

El sol de diciembre, un sol de oro llameante, caía a plomo sobre la sabana verde de la cañada caldeando los trebolares y las flores moradas de los bibises; los pastos en sazón chispeaban con reflejos de lentejuelas luminosas; las totoras inmóviles erguían los tallos verdosos al borde de la lagunita solitaria, y a lo lejos, en las lomas, la luz corría rozando las yerbas, en vapores blancos, transparentes como un cendal de hadas.

Hacia el poniente, contrastando con aquel cuadro de luz, la selva de Montiel empinaba sus techumbres de ramajes sombríos… por entre cuyas mallas de enredaderas asomaban las flores albas del clavel del aire y las bellotas doradas del mburucuyá.

Una gran calma, triste, profunda, dominaba el paisaje; ni un animal en el llano, sólo una que otra garza con vuelo remiso y pesado cruzaba el espacio y se hundía en las espesuras brumosas del monte...

A la hora de la siesta, cuando la naturaleza reposaba en ese aniquilamiento enervador de los campos, la alegre banda de mis compañeros, burlando la vigilancia paterna, escapaba furtivamente de la estancia para ir a reunirnos en el paraje convenido y organizar la correría.

Nos dirigíamos a las cuchillas a correr sobre el pasto caldeado [,] esas brillazones que los rayos solares forman al reflejarse en el plano del suelo,

semejando las aguas plateadas de un lago en calma, que se alejaban hasta desaparecer de improviso tras una quebrada del terreno, para surgir a la distancia fundidas en olas reverberantes y espumosas. Aquella era una de nuestras diversiones favoritas, por más que hubiéramos oído hablar a los paisanos con supersticioso recelo de ese curioso fenómeno de espejismo.

Otras veces, torciendo el rumbo, ganábamos la costa, las rinconadas boscosas a buscar lechiguanas en los espinillales. Llegábamos cautelosos hasta la playa de las lagunas para sorprender a los sábalos y tarariras que dormían entre el camalotal con las cabezas a flor de agua y sobre las que asestábamos el golpe certero de la fija o de la boliadora manejada con una destreza digna de un brazo querandí. Un estremecimiento, un borbollón agitaba el agua tras el golpe, el pescado zambullía castigando los camarotes desesperado, para reaparecer en seguida con el vientre hacia arriba, las aletas abiertas, rígidas, muerto...

En otras ocasiones nos encaminábamos al arroyo que serpea aprisionado en el cauce tortuoso por entre mollales y seibos. En aquellas playas de blancas arenas tendidas en suave pendiente rodábamos hasta el agua que nos arrastraba en su mansa correntada. Jugábamos al pescado y la nutria.

Agazapados en la ribera acechábamos al pescado que oculto en un recodo aparecía nadando lentamente; dábamos un grito al verlo lanzándonos en su persecución. El pescado nadaba delante, rápido, cortando las aguas; le seguíamos acercando la distancia; de pronto se detenía, se dejaba rodear y cuando ya creíamos darle caza, azotaba el agua con los pies imitando un coletazo, una lluvia de chispas nos enceguecía y zambullendo embestía al que encontraba más cerca, para reaparecer diez varas detrás con el pelo lacio, pegado en el rostro, sonriendo...

Y los juegos se prolongaban hasta que el sol ocultándose tras el horizonte nos indicaba la hora de emprender la retirada, Nos vestíamos y a escape regresábamos a la estancia, llevando como atenuación a la falta algún camuatí repleto de miel o las sartas de pescado para ofrecer a la dueña de casa, seguros del perdón que sus labios bondadosos no sabían rehusar. Nos miraba mansamente, con sus ojos azules como un pedazo de cielo, y nos decía simulando enojo:

-¡Ah, traviesos, hasta que no les suceda una desgracia no van a parar! ... Vayan no más; -y se daba vuelta.

Prometíamos formalmente que esa sería la última vez; pero a los pocos días echando al olvido el juramento, volvíamos a las andadas contando de antemano con la bondad de la santa mujer que

tanto amábamos.

So pretexto de buscar peludos, la partida excursionista, equivocando el sendero del médano que blanqueaba en un claro del monte de talas, iba a dar -sin saber cómo-, a la chacra de algún puestero en cuyos sembrados de sandías quedaba el rastro indeleble de nuestras depredaciones. Y alguna vez, los más hombrecitos del grupo nos aventuramos a la lumbre de las estrellas, hasta el rancho lejano cuya ubicación se acusaba en la noche por la luz del fogón que parpadeaba en las tinieblas denunciando un bailecito.

Llegábamos recelosos de la acogida que se nos haría, pero bien pronto el temor se disipaba al ver festejada la aventura por aquellos paisanos leales, incapaces de una delación, y sobre todo, lo que más nos regocijaba secretamente, eran las sonrisas de las bailarinas como dándonos coraje.

Los rasgueos de la guitarra iniciaban un pericón y cada cual elegía su compañera en el grupo de lindas criollitas de tez morena y ojos dulces y obscuros, cuyo prestigio aumentaban las largas pestañas de azabache que ellas sabían tender como un velo de sombra, cuando no querían que la mirada traicionara la emoción que dilataba suavemente sus corazones.

Graves y mudos, los mozos valsaban sin perder un compás, luciendo su donaire ante la presumida que sonriente se dejaba arrastrar por el encanto

secreto que arrullaba sus sueños.

Entre los concurrentes -me parece verlo como si lo tuviera delante- se destacaba un muchacho criollo de rostro sombreado por esa pátina que el sol y el pampero imprimen al hijo de los campos; llevaba con donaire el amplio chiripá rozando el taco de la bota granadera sujeto a la cintura por el tirador cuajado de monedas de plata, y erguida sin altivez sobre el tronco la hermosa cabeza de perfil morisco.

Era un forastero, un desconocido que venía a disputar el terreno en aquel torneo de la galantería y del amor a los hijos del pago. Sus rivales le miraban con desconfianza; las muchachas se secreteaban sonrientes.

El guitarrero cantaba marcando el movimiento acompasado de los danzantes que se detuvieron de pronto formando rueda al forastero, que plantado frente a su pareja aprovechó la oportunidad para arrojar a sus pies como un homenaje las flores más escondas del vocabulario amoroso. Con voz cadencioso y apagada por la emoción le dijo:

En la noche de mis penas

Era el lucero mi guía; Ya no preciso más luces Que sus ojos, ¡vida mía!

Un murmullo rápido circuló entre las muchachas.

La paisanita veló los ojos mirando al suelo sin atreverse a resistir la mirada escudriñadora y anhelosa de su adorador; mas al fin, diestra en las lides del corazón, le respondió entre sonrojos, coqueteando:

Un arbolito sin hojas

Qué sombra me puede hacer;

Este mocito forastero

Que amor me puede tener!...

Los bailarines festejaron la intencionada respuesta -como la derrota del rival; no era aquello un rechazo sin embargo, porque a través de la pesada pestaña él vio alumbrar un rayo de esperanza. El cantor volvió a rasguear el instrumento preludiando el alegre y por despedida, al pasar, le cantó entre risueño y dolorido esta picaresca trova que cayó cimbrando como un dardo:

Tiré un pañuelito al campo Y se me llenó de flores;

Conmigo son las jaranas...

Y con otros los amores!

Ruidoso palmoteo aplaudió la indirecta, mientras la criollita despreciativa, le volvía la espalda desdeñosamente.

-Amargo el criollo! ¡Sácate esa y volvé por otra, hijita! - decía riendo a carcajadas un viejo desde un -rincón.

-¡Triunfo, caballeros, a bailar un triunfo! - gritó el bastonero con voz de mando para poner orden entre los danzantes; y el de la guitarra, obediente al mandato templó un instante las cuerdas y tras un ágil arpegio haciendo vibrar la prima en una cadencia alegre como un cosquilleo, comenzó a cantar marcando los tiempos del baile.

Vida mía, no pierdo

Las esperanzas,

Que hasta el pozo más hondo La soga alcanza!

Este es el triunfo, madre,

Dueña del alma,

Más quiero dulce muerte, Que vida amarga!

Al triunfo siguió un gato con escobillado. El forastero se cuadró de nuevo ante la compañera predilecta para hacer prodigios de habilidad castigando el suelo con zapateos rápidos, vertiginosos, ondulando el tronco y moviendo los brazos a compás con garboso donaire.

-¡Con éste no se puede, hermano! - exclamó con admiración uno de los competidores.

-¡Si es más bailarín que trompo! - añadió otro.

-Si se hamacará ansína sobre el basto en un bagual… -dijo un tercero sonriendo.

La victoria era decisiva, todos aplaudían al mozo que orgulloso y triunfante envolvió en una mirada intensa a la graciosa muchacha que sonrojada fue a sentarse entre el grupo de sus amigas, mientras el guitarrero continuaba las frases traviesas y risueñas del estribillo final.

El que por firmeza es firme

Tiene consigo un caudal; ¡Lo mesmo afirma... un puntazo, Que se le afirma a un bagual!

Las primeras luces del alba esparcían en el cielo sus claridades sonrosadas. Era la hora de partir para ocultar aquella falta, cuyo recuerdo murmuraría dulcemente en nuestros corazones como una íntima caricia lejana, la cántiga arrulladora del primer ensueño...

Han transcurrido largos años, y a la hora en que trazo estos recuerdos, alzo la cabeza sobre la página empezada buscando alguno de los rostros amigos. Estoy solo, lejos de la agreste campiña donde se deslizaron tan dichosos instantes; mis compañeros han ido desapareciendo, se han borrado sus perfiles, ¡muchos duermen ya el sueño quieto de las tumbas olvidadas!...

Capítulo 9
CHAVARÉ

Era una de esas mañanas de invierno con grandes cerrazones, que envuelven los campos en un vaho denso de niebla blanquecina y pegajosa, que harían pensar en la humareda de un gran incendio, si no se vieran las yerbas y los árboles cubiertos por el sudario de la escarcha que chorrea y se escurre por las grietas humedeciendo el suelo en manchones obscuros…

La naturaleza parecía replegarse aterida en el melancólico aniquilamiento de aquella mañana sin un rayo de sol, sin un canto de pájaro en el monte, sin esos susurros rumorosos que la brisa levanta al cruzar agitando los follajes.

Los peones acurrucados cerca del rescoldo, saboreando lentamente su mate cimarrón, mientras otros de pie junto a la puerta de la cocina esperaban que la cerrazón se despejara un poco para emprender las faenas del día.

Bajo la ramada con las orejas gachas, el pelo erizado, las colas puntiagudas goteando rocío, les aguardaban los caballos; y al lado del cerco, apelotonado, friolenta, con el cuerpo encogido y la cabeza entre las patas, gruñía con ecos

apagados por el sueño la hambrienta jauría.

De pronto en medio de aquel silencio se escuchó el grito áspero del chajá, el centinela avizor que anida entre el camalotal de las lagunas y es el primero en denunciar la presencia del hombre o de la fiera.

-Anda gente en la costa del Gualeguay -dijo Máuro el capataz-, ésos son los chajases de la Laguna del Encanto.

-A la fija cuatreros del pueblo que quieren carniar alguna vaquillona en la isleta del seibal, - añadió uno de los peones.

-Pues yo -agregó otro- voy a darles una manito y a pedirles una achura pa el dueño de la vaca; ¿no le parece don Máuro?...

-Si, vamos a campiarlos y si los encontramos y se resisten no habrá mas que aujerearles el cuero por trompetas y dañinos; aquí no se niega un pedazo de carne a náides, ni un caballo al que anda juyendo de la justicia, -si carnean es por hacer daño y hay que escarmentarlos-, contestó resueltamente el aludido, atravesando con la mano derecha la daga en el plateado tirador, mientras la izquierda emparejaba la soga de las boliadoras, cuyas esferas de piedra retobada iban haciendo chis chás, al rozarle el cuadril sobre el largo culero.

-¡Ah! Criollo!... ¡Y éste no palanganea al ñudo! -añadió como comentario el más joven del grupo-. ¡Si encontramos a los cuatreros, los va a dejar turúmbas a lonjazos!...

-¡Oh!... ¡y serán mancos esos!... -retrucó un chino compadriando.

-Ojalá hicieran pata ancha -contestó el apologista entusiasmándose-. ¡Ya verían lo que es el terne viejo!… ¿Vos no lo crés? probálo si sos tan quiebra ... ¡hacéle una topadita pa que te haga balar como ternero de un chaguarazo!...

Una risotada de los asistentes festejó la contestación del paisanito y la corrida del chino, que bajó la cabeza y enderezó hacia la cocina pálido de rabia.

Breve rato después dos hombres se alejaban de la estancia a galope, chapoteando los charcos del bañado entre los chirridos de los teru-teros que los perseguían amenazándolos con las púas de las alas hasta que se ocultaron tras las pajas bravas del cañadón.

Una hora habría transcurrido cuando el ladrido de los perros nos indicó la vuelta de los exploradores; al pasar la tranquera notamos que otra persona les acompañaba. Venia en las ancas del caballo del peón, con los brazos atados a la espalda, sin sombrero, el pelo revuelto, caído sobre la frente y la ropa en jirones.

Se dejó bajar sin resistencia y fué conducido a presencia del dueño de casa. Permaneció de pie, mirando indiferente a los que le rodeaban, sin contestar a las preguntas que se le hacían. La escena se prolongaba, la impaciencia empezó a pintarse en el rostro de su interlocutor; lo vela ya abalanzarse sobre el desconocido para hacerlo responder a golpes, cuando de pronto pronunció un nombre raro, al que siguió una relación absurda e incoherente.

-Bueno, se ha fingido loco; ¡ya le haremos volver el juicio! -exclamó el dueño de casa- encierrenló en el granero-, y continuó tomando el mate interrumpido.

Más tarde nos convencimos de que efectivamente se trataba de uno de esos seres desventurados en quienes la neuropatía ha eclipsado la luz de la razón, poblándoles la mente de ideas extraídas que brillan como fuegos fatuos entre las sombras de la noche mental.

Han pasado muchos años de la escena que voy a referir, pero la impresión fue tan vivaz, tan hondamente se grabó en mi imaginación de niño, que al evocarla hoy, la imagen desaparecida se colora y se yergue ante mis ojos con aquel vago y extraño perfil de camafeo que alguna vez he visto en las monedas pompeyanas.

Decía llamarse *Chabaré*, ocultando quizás en esa voz desconocida el arcano de su vida, de esa vida

tan misteriosa y lamentable que él defendía con terca obstinación.

Representaba cuarenta años; flaco, anguloso, de rostro amarillento encuadrado por una tupida barba de color castaño que le caía hasta el pecho mezclada con la cabellera larga y enmarañada como un matorral, y allá en el fondo de las cuevas orbitales se movían lentamente los ojos de un azul desteñido, absortos siempre en la visión de su quimera...

Humilde y callado, no molestaba nunca, cuando creía estorbar se apartaba en silencio e iba a buscar otro sitio. Pasaba horas enteras mirando el suelo, quieto, mudo, con los ojos estáticos.

Otras veces se entretenía en trazar sobre la arena del piso, en la ceniza del fogón o en el hollín de la caldera con que cebaba mate, caprichosos y extravagantes bordados, especie de arabescos de una factura desconocida, donde las volutas y espiras se retorcían entrecruzan o sus dibujos audaces hasta confundirse en una maraña de líneas y perfiles que contemplaba sonriendo y los borraba apresurado al sentir la proximidad de algún curioso, como si quisiera ocultar el secreto de aquel arte cuyo ideal flotaba eternamente ante su mirada, engendrado por las visiones del ensueño.

Si se le interrogaba sobre su pasado, una sombra de tristeza le velaba la frente y nervioso, agitado,

se alejaba murmurando: -No sé, no se- por única respuesta y de allí no le sacaban, tan obstinado era el propósito de ocultar la historia de su existencia. Pero esa misma reserva, el color de su cabello y de sus ojos, la cultura de su espíritu que alguna vez dejó entrever fugitivamente y cierta nativa distinción que no ocultaban los harapos con que iba vestido, eran un acicate a nuestra curiosidad que se esforzaba en vano por descubrir el secreto de su alma tenebrosa.

¿Quién era? ¿Qué golpe brutal lo, habla postrado?... eran los problemas inescrutables que aquella esfinge humana nos ofrecía.

Para verse libre de importunas interrogaciones se refugió un día en un rancho abandonado de los chacareros cerca del rastrojo, de donde no salía sino para buscar la ración en los días de carneada, volviendo de nuevo a la guarida, cuya puerta señalaban los troncos calcinados del fogón que humeaba a toda hora.

En ese retiro solitario pasaba los días atareado en grabar la corteza de los gajos de sauce, la cáscara de los porongos y cuanto objeto caía bajo la punta de su cincel incansable como si sintiera apuro por estampar de golpe las extrañas figuras que rebullían agitando su cerebro; - y una vez terminado el trabajo lo observaba atentamente, movía después la cabeza con desaliento y lo estrujaba en sus manos temblorosas. Esa era la

pasión que lo poseía en su lucha tenaz, por traducir un relieve ideal, una forma soñada - imposible quizás- que huía siempre ante sus ojos absortos...

Poco a poco fue aislándose, rehuía el contacto de las gentes, la mansedumbre de su carácter empezó a convertirse en salvaje huraña, se hizo indócil, adusto; si alguna vez llegábamos hasta la choza era tan marcada su displicencia', que al fin concluíamos por abandonarlo.

Sólo una persona de la estancia lograba, sin embargo, conmover el frigidismo de su corazón y no disimulaba la alegría cuando la veía cruzar el sendero para ir hasta su rancho. La predilecta del pobre loco era Dionisia, una huérfana de once años a quien llamaba "madrecita" acariciándole las trenzas con blandas voces de ternura.

¡Ahl ¡cómo se animaba la aridez de su alma triste a1 ver las sonrisas ingenuas de la chicuela cuando sentados en torno del fuego, se gozaba en narrarle los cuentos fabulosos aprendidos en la infancia a la lumbre del hogar feliz cuyo recuerdo escintilaba allá, muy lejos, como una estrellita solitaria por sobre las negruras de su horrendo presente! Para ella, buscaba entre los matorrales del chañaral los primeros tasis o las lechiguanas repletas de sabrosa miel, por ella despojaba los nidos en el monte para fabricarle collares con las cáscaras de más vistosos colores. Y cuando los

quehaceres la retenían en casa sin visitarlo, no tardaba en verse a Chabaré rondando junto al cerco de la estancia, como para avisarle que allí estaba aguardándola si no acudía a la cita se alejaba malhumorado y se perdía en el monte a grandes pasos.

Algunas veces le hablan visto vagar en las abras del bosque rastreando sobre el obscuro tapiz de la campiña esas flechas de luz que las estrellas filtran a través del ramaje, o tendido de bruces al borde de las lagunas, absorto en la contemplación de las figuras luminosas que hace cabrillear la luna al reflejarse en el cristal de las aguas dormidas.

Otras veces los peones llegando cautelosamente-hasta su vivienda lo sorprendieron sentado en el lecho con los ojos desmesuradamente abiertos, el cuerpo rígido y los brazos caídos en actitud de dolorosa cavilación. Decían que no dormía pues con las primeras claridades del alba ya se le distinguía encorvado junto al fuego trazando en la ceniza la forma jamás alcanzada que acababa de cruzar en su cerebro excitando la fiebre de aquel afán insomne.

Lo querían hacer trabajar para arrancarle esa pasión torturadora, pero nunca escuchó proposiciones ni consejos.

-No tengo tiempo, estoy ocupado ahora, -contestaba y volvía a entregarse con más ahinco a

la extraña manía, afiebrado, convulso, debatiéndose por dar forma tangible a la quimera que oprimía su razón corno una zarpa misteriosa y lo arrastraba al abismo tenebroso de donde no saldría más. Las súplicas, las amenazas para hacerlo volver a la vida del trabajo, todo, todo fué inútil. Cuando más le exhortaban se alejaba rabioso e iba a esconderse entre los pajonales, donde no fueran a turbarlo en su alucinación.

Mas aquella vida de vértigo eterno no podía durar mucho tiempo sin abatir el organismo del infeliz. Su cuerpo comenzó a enflaquecer, el rostro adquirió una transparencia amarillosa y esa flacidez de la carne marchitada por la actividad incesante del cerebro, los pómulos se acusaban bajo la piel, la mirada se tornó húmeda y vaga, los ojos trémulos se revolvían pesadamente dentro de las grandes órbitas, la cabeza cubierta de canas se inclinaba arqueando el tronco, los brazos pendían laxos en los flancos, las manos heladas con los dedos flacos y convulsos se movían como poseídas por dolorosa agitación, el paso era cada vez más tardo y vacilante.

Una mañana al pasar junto al rancho uno de los peones creyó percibir un débil gemido y acercándose a la puerta vio a Chabaré tendido de espaldas en el lecho, con las pupilas iluminadas por extrañas fosforescencias, pronunciando voces incoherentes...

La noticia de la enfermedad produjo en la estancia una penosa impresión. La fiebre era intensa; deliraba con seres cuyos nombres jamás habíamos escuchado brotar de sus labios; por momentos se incorporaba, tendía los brazos descarnados, nos miraba sin reconocernos y volvía a caer como una masa inerte.

Una anemia profunda minaba todo el organismo del desgraciado amenazando terminar la obra en breve tiempo. Se empezó a combatirla procurando restablecer el vigor al cuerpo aniquilado. El enfermo se agitaba en violentas convulsiones, se desgarraba las ropas hasta que las fuerzas le faltaban y rodaba aplastado con las pupilas dilatadas, fijas en el espacio, inmóvil, mudo, insensible todo cuanto le rodeaba: ¡era el ensueño eterno que se alzaba solo para él, en esas lejanías tenebrosas que exaltaban su cerebro!...

Tomaba después un objeto, lo examinaba para cerciorarse de si tenía una superficie plana y sus dedos temblorosos comenzaban a trazar rayas invisibles como si fuera estampando el ideal de todas sus horas, ¡aquel relieve de ensueño que jamás alcanzaría! Pálido, exacerbado por la actividad anómala del cerebro caía de pronto en doloroso abatimiento, y dejando rodar el objeto, -¡Oh! ¡no es eso!...- gemía en un sollozo desgarrador...

A la cabecera velaba Dionisia desde el primer

momento; ella le enjugaba la frente sudorosa, humedecía sus labios resecos por la fiebre, le arropaba con cariños de madre, le reprendía hasta hacerlo tomar los alimentos y le ordenaba se estuviera tranquilo. El enfermo sin abrir los ojos sonreía al escucharla como si lo acariciara el acorde de una música lejana y permanecía quieto con los brazos cruzados respirando fatigosamente.

Durante muchos días se prolongó la gravedad y hubo momentos en que creíamos que el desventurado entraba en la agonía; pero un nuevo soplo vital lo agitaba, respiraba largamente para dar paso al aire embalsamado de los campos, la mirada chispeaba con luces de vida y aquella naturaleza empobrecida que tal vez llevaba en las venas la maldición de una herencia mórbida, se erguía de nuevo para disputarle su carne a la muerte.

La estación primaveral habla llegado con sus días tibios cargados de aromas excitantes, los campos se ataviaron con la esmeralda de las nuevas hojas, la savia entumecida por las escarchas invernales circuló en los tallos reventando en explosión de brotos y de flores.

Chabaré pareció sentir la influencia de aquel hálito vigorizador de la madre tierra, pero si bien iba desapareciendo el mal físico, el mal moral, la terrible monomanía surgía otra vez avasalladora.

La fugitiva chispa de razón que brillara entre las

sombras del delirio, aquel débil rayo de esperanza que empapó en llanto de gratitud sus ojos, que iluminó su semblante, al ver el afán con que le cuidábamos, se había eclipsado; ¡y la idea tenaz, implacable y torturadora, estaba de nuevo allí azotando su cerebro en el último, supremo combate!

Un día abandonó el lecho y se lanzó fuera del rancho, hablando solo y gesticulando, sordo a las súplicas de la "madrecita" que le llamaba con los acentos más dulces del cariño. ¡Ah!, era en vano. ¡No la oía, no la reconocía ya! La misteriosa enfermedad terminaba su evolución letal, el último rayo diáfano acababa de extinguirse bajo la cúpula del cráneo, la tiniebla impenetrable, eterna, se alzaba victoriosa envolviendo en sus sombras a Chabaré!...

Huyó a un renoval de chañares -a su antigua madriguera- pero antes de cruzarlo se detuvo, volvió la cabeza al rancho en cuya puerta permanecía llorando Dionisia; viósele vacilar un instante, retrocedió unos pasos, pero de pronto se irguió colérico, tendiendo hacia ella el puño crispado, una blasfemia brotó de su boca... y continuó huyendo.

No le vimos más; se le buscó por todas partes, se dió una batida a las rinconadas más sombrías, se registraron los pajonales, los montes, inútilmente; nuestros perros acostumbrados a seguir la

rastrillada del tigre entre los matorrales no encontraron la huella del desgraciado loco. Tal vez se arrojó al Gualeguay que lo arrastró en la correntada y sus huesos dispersos blanquean aún al pie de los barrancos que sombrean los verdes sauzales.

La naturaleza viva abrió sus senos para encerrar aquel despojo de la muerte, y el artista vencido en la lucha del ensueño quimérico se ocultó así para siempre en las penumbras de la selva, con el arcano de su vida extraña y las ansias del ideal jamás realizado...

Capítulo 10
JUNTO AL FOGÓN

Durante todo el día se habla trabajado casi sin descanso para concluir la trilla y guardar el trigo en el granero porque el tiempo amenazaba tormenta.

Con las primeras luces cenicientas del alba ya se vió invadida la era por la cuadrilla de los trabajadores que armados de horquillas de madera, rompían las gavillas con un solo golpe rápido y acompasado, y las arrojaban al centro de la cancha para formar la parva que se abultaba en alto cono de espigas doradas.

Después echaron la manada de yeguas trilladoras que entraron a la pista bufando, ariscas, con recelo y empezaron a trotar costeando la empalizada de estacones y varas en busca de un portillo para huir a la llanura que hería la luz con reflejos verdosos; detrás iban los muchachos azotadores, de vincha y en pelos, revoleando en alto el látigo de larga zotera para azuzarlas. El recinto de la era retumbaba con la carrera vertiginosa de las bestias que desgranaban las espigas bajo sus cascos; las aristas quebradas volaban en menudos fragmentos cerniéndose en la luz azulada de la mañana y caían moteando la

esmeralda de la llanura con briznas amarillentas.

La parva se desmoronaba, se extendía, enredándose en las patas de la yeguada que, sudorosa, jadeando, cruzaba como una ráfaga veloz sobre aquella masa fofa, escurridiza, hundiéndose hasta los encuentros.

Al pronto partía un grito estentóreo: -¡Pare la güelta, que ha rodao una yegua!

El azotador sofrenaba el caballo, lo atravesaba en la pista y con un chasquido seco y vibrante detenía la carrera para que no pisaran al caído.

Un momento de descanso a fin de dar resuello a los animales, un rápido trago para apagar la sed de los trabajadores en la damajuanita de caña con cáscaras de naranja, y en seguida a dar vuelta las gavillas; -y, bajo los rayos del sol de diciembre que llameaba en las lo mas tostando los pastos, estallaban de nuevo los chasquidos del arreador y el alegre vocerío de los trilladores acelerando la manada, con aquel grito sonoro que ha vuelto a acariciar mi oído, como un rumor lejano henchido de recuerdos del terruño: -Yegua, yegua, la yeguaaa...

Caía la tarde en el lento crepúsculo cuando cesó la ruda faena. Se soltaron las yeguas que se alejaron al trote, en larga fila, relinchando en busca de la aguada del ramblón que corría límpido y callado por un bajo del llano, besando

al pasar las achiras y verbenas de la orilla.

Un padrino zaino de piel lustrosa, jaspeada de polvo, abría la marcha con la esbelta cabeza crinada en alto el cuello enarcado, las orejas tiesas y las narices abiertas, como si sintiera sed de respirar el aire libre y perfumado de los campos nativos, que el sol poniente doraba antes de hundirse en ese vaho trémulo y azulado de los montes.

En pocos instantes quedó el piso limpio con un pilón de granos de oro en el centro y: la paja triturada al lado de la era en espesa muralla, que barrerían las lluvias y los vientos. Y arriba, como nubes inquietas que manchaban el toldo celeste, miríadas de chingolos y jilgueros volaban apresurados a las espesuras del bosque chirriando en la tristeza de la tarde.

Mientras allá, sobre la horqueta que sostenía la solera del rancho, un hornero el ave amiga del hogar campestre- junto al nido de barro, batía las alitas cantando las alegrías de la vida libre, del terreno labrado, de los rastrojos amarillentos, de los verdes maizales y los regocijos de las trillas, -en un himno sonoro y vibrante.

Bajo la ramada chisporroteaban las brasas asando la carne con cuero que un negro viejo protegía contra los avances golosos de una pandilla de chicuelos que merodeaban en torno de los asadores.

-¡Yo les voy a dar, charabones, que vengan a picotiar los asaos -decía el moreno amenazándoles con un tizón- al que se arrime le chamusco la chasca!...

Y los muchachos se dispersaban bajo los durazneros de la huerta poblando el aire de risas como una bandada de burlonas calandrias...

A la sombra de un aguaribay de tupido follaje la peonada descansaba charlando con ruidosa algarabía; contemplaban unos insolentes los rizos de humito de los cigarrillos que desflocaba la brisa en hebras algodonosas; mateaban otros en cuclillas junto al fuego; comentaban éstos la linda estampa del potrillo parejero que el compositor se entretenía en rasquetear cerca del palenque; más allá un mozo arqueando el cuerpo arrojaba la taba que caía como una flecha clavada en la arena.

-¡Qué chirípa... ordinariazo el que me vendió el pulpero...! -decía con su agachada burlona al ver la suerte uno de los mirones, arreglándose el chiripá.

-¡Ansina háe ser, amigazo, porque le asienta muy fiero! -retrucaba instantáneamente sonriendo el aludido, y haciéndose el infeliz, añadía: -Si quiere animarse a... padecer alce el güeso y tire por dos pesitos.(2) -Me vas a ganar, has de tener plumitas de caburé en el tirador...

-Sí, el miedo no es zonzo. Parecés hornero por lo desconfiao, que hasta las plumas te espantan.

-¡Cancha, muchachos, cancha! -gritó apareciendo de repente el hombre de los asados con un frasco de ginebra en la mano, y blandiéndolo en alto como una bandera.

-¡Esto es pá que no se les pasme el sudorl -agregó con profunda certidumbre el -moreno cuyas piernas comenzaban a dar bordadas, sin duda por las frecuentes experimentaciones de su medicación preventiva.

En las casas las mozas andaban afanadas por concluir la fritura de pasteles de hojaldre para, la cena; sonreían gozosas al sentir los piropos entusiastas que les dirigían los trabajadores al verlas cruzar con sus vestidos de día de fiesta, planchados y crujientes con ese frú-frú de la tela al rozar las carnes aterciopeladas.

-¡Qué ojos... y qué cintura, mi alma!... -exclamaba bajito uno.

-¡Y las trenzas ... y las caderas no juegan nada! -agregaba entusiasmándose otro.

-¡Y esa pierna para un gato! -añadía un tercero poniéndose en jarras y escobillando el suelo como si siguiera la música del baile tradicional.

-No le haga caso, niña, que es más falso que

cuenta de pulpero -gritaba alegremente el moreno.

-¡Ahijuna!... ¡mulengo como a vos ya no... te llevan el apunte!... -respondía el galanteador siguiendo con la mirada a la paisanita melindrosa que se alejaba simulando enojo para ocultar la dicha que le retozaba interiormente.

El contento sereno, la alegría feliz y viril asomaba en los rostros tostados de aquellos bravos muchachos. Trabajaban de sol a sol en ruidosa algazara, ágiles, felices, sin sentir cansancio jamás; y cuando llegaba la noche, concluida la abundante merienda, sentados en amplio círculo, cerca del fogón, la nota alegre en que se mezclaba la ironía encubierta o el retruécano vivaz mantenía hasta altas horas la velada.

Bromeaban refiriendo aventuras picarescas o esos cuentos maravillosos que la superstición hace brotar en torno de las taperas y de las cruces solitarias de los caminos.

Los trinos de las guitarras y la voz cadencioso del cantor surgían de improviso vibrando con uno de esos estilos del terruño, en cuyo ritmo lento y melancólico parecen sollozar las hondas congojas y que están denunciando su íntimo linaje con ese doliente *yaraví* (1). en que la civilización incásica reflejó las tristezas inconsolables de su raza, a lo largo de nuestros valles y montañas. *Unos lloran penas, ¡Vidalitay!*

Y otros el amor; Yo lloro la ausencia, ¡Vidalitay!

Que es dolor mayor,

Yo lloro la ausencia

¡Vidalitay!

Que es dolor mayor...

¡Qué lentas y angustiadas se extinguían en las soledades del monte, las notas plañideras de aquel canto que he vuelto a oír en nuestros teatros y salones, pero sin alcanzar jamás esa expresión de tristeza profunda, ese quejido punzante con que los agrestes cantores saben dar colorido a sus trovas imperfectas e ingenuas, pero saturadas de aromas silvestres y savia de la tierra!

Es que les falta su marco, el paisaje decorativo del bosque, la inmensidad desolada de los campos que parecen murmurar voces extrañas y las sombras nocturnas que avanzan sumergiéndolo todo en un velo de sugestiva melancolía...

0 bien era la explosión intensa de la pasión correspondida que la dulce prenda del payador seguía anhelosa con la mirada errando en el azul del cielo, subyugada por la armonía fugitiva que agitaba dulcemente su corazón y le hacia entreabrir los labios murmurando:

-¡Te quiero!...

Otras veces era una de esas payadas de contrapunto en que dos cantores cruzan los dardos del ingenio -de forma tosca, pero llenos de gracia e intención- buscando el lado vulnerable del adversario para herirlo sin encono, lealmente, hasta que uno de la rueda, poniéndose de pie, gritaba:

-¡Barato!

Y venía a ocupar el puesto del vencido, y la justa se prolongaba durante mucho tiempo entre los aplausos, las risas y los comentarios maliciosos de los oyentes. Y así se hubieran pasado la noche entera si el capataz, para poner término a la tertulia, no les advierte con tono amistoso:

-Muchachos, miren que mañana hay que meniar los caracuses... ¡Tuavía tenemos que pelotiar el trigo y la era está llenita! No me vayan andar pegando la sentada después.

El grupo se desbandaba entonces a buscar las pilchas para tender la cama al aire libre.

El moreno daba cabezadas; ya no habla asado que dar, pero el hombre cumplía tan a pecho la consigna, que no se movería de frente al asador hasta que no se le ordenara retirarse. Hablando solo se erguía tambaleante, se pasaba las manos por los ojos como para arrancarse la venda de sueño que los iba cubriendo, se inclinaba hasta rozar el suelo y volvía a alzarse, para rodar al fin

vencido, rígido, con ese sopor intenso de los beodos…

El fogón se extinguía lentamente; lucecitas errantes corrían a lo largo de los tizones abrasando las charamuscas, trepaban por las ramillas que se retorcían crepitando en penachos rojos, anaranjados y celestes hasta fundirse en el gris opaco de las cenizas.

Un silencio grande, angustiado llenaba la campiña.

Callaban los rumores del llano; la naturaleza entera parecía reposar en el sosiego majestuoso, de la noche en las selvas. Un crujido rápido en los ramajes, el aleteo apresurado de un pájaro que cruza en busca del nido, el chirrido metálico de los insectos en la masiega, los mugidos broncos del ganado turbaban un instante la inmensa calma, y la quietud letárgico, dominadora reinaba de nuevo.

La luna blanca rodaba en el cielo sereno alumbrando el paisaje solitario. De pronto una estrella glisaba con un reguero de luz y se hundía en los senos azules de la noche; más allá otras se esfumaban en los blancos celajes para emerger otra vez, hermosas y soberanas, con su nimbo radioso. Y allá, lejos, rozando el horizonte, sobre el plano de la llanura, la tiniebla avanzaba fundiendo en una masa lóbrega, gigantesca, los trebolares del cañadón, la laguna, las lomas y los

montes...

Los peones, entretanto, tendidos rodeando el fogón, dormían tranquilos, sin afanes, para comenzar con las primeras luces del alba la jornada cotidiana, briosos y alegres, como, si el perfume agreste de la tierra materna les infundiera la pujanza de Anteo!...

Capítulo 11
CAYO EL MATRERO (AVENTURA DE LA VIDA MILITAR)

Era en 1840, año 31 de la Libertad, 25 de la Independencia y 11 de la Confederación Argentina, según rezaba la terminología oficial implantada por Rozas. Frente al macizo edificio del histórico cabildo de Santa Fe, cuyas paredes desprovistas de chapiteles y columnata, se van hundiendo lentamente sin agrietarse sus amarillentos revoques, -un hermoso caballo pangaré lujosamente enjaezado con un apero criollo, tascaba la coscoja y escarbaba el suelo con los delgados remos.

Un mocetón de cuya cintura colgaba un sable corvo y lucía en la cinta del chambergo puntiagudo una ancha divisa roja con emblemas federales, tenía del cabresto el caballo que se revolvía inquieto como si sintiera apuro por correr libre en la campiña que desarrollaba a lo lejos su paisaje verdeante.

Clavada por el regatón en la arena de la calle se veía una larga lanza cuya moharra brillaba al sol con reflejos rápidos de bruñida lámina. El viento

hacía ondular suavemente la pequeña banderola adornada con flecos de oro, en cuyo centro se destacaban aquellas tres letras -F o M- que fueron el credo de un partido poderoso...

Dos hombres aparecieron conversando bajo la galería del cabildo.

De mediana talla el primero, de rostro trigueño, y ojos grandes, enérgicos y negros como, su cabello, vestía sencillamente a pesar de su alta jerarquía militar, era el general don Juan Pablo López, heredero en el mando, de su hermano don Estanislao, el famoso caudillo de la federación, gobernador vitalicio de Santa Fe desde 1818 a 1838 en que falleció.

El otro, joven de 25 años, de ojos verdosos e inquietos y cabellera rubia y rizada, era el teniente Vergara uno de los vencedores en *El Tala* contra Rodríguez del Fresno, en el *Arroyo de Cayastá* contra Vera, y cuya lanza se había teñido en la sangre del indio salvaje en la feroz matanza de *Loreto*.

Hablaron algunos instantes y se despidieron. El oficial-saltó sin tocar el estribo al brioso pangaré que se encogió tembloroso al sentir el acicate en los ijares, se aproximó a la lanza, la empuñó con mano vigorosa poniéndola en ristre, y, dirigiéndose al general, dijo:

-¿Y qué más ordena V. E. para Buenos Aires? ... -

Nada, teniente. Digalé al Restaurador que aquí estamos siempre firmes y listos;, ¡que viva sin cuidado de estos maulas de unitarios!

El oficial saludó con una inclinación de cabeza y picando la espuela partió a galope hacia el sud, a galope tendido.

López permaneció de pie mirando al que se alejaba hasta que lo perdió de vista tras un recodo de la calle y sólo quedó flotando una bruma ligera de polvo gris que el viento dispersaba.

Un corpulento negro se acercó a brindarle un mate que el caudillo saboreaba lentamente, mientras el moreno -en su oficio de gaceta palaciega- le iba noticiando de todas las menudencias que por aquellos tiempos informaban la chismografía en la tranquila villa de la Vera Cruz...

La tarde iba cayendo. Las primeras sombras del triste crepúsculo avanzaban en la llanura rumorosa apagando los resplandores del sol que lanzaba sus postreras llamaradas al sepultarse en la línea movible de las aguas del Paraná.

Una brisa fría, cortante, azotaba el rostro del oficial y su asistente que rumbo al sudeste se internaban a campo traviesa esquivando las poblaciones.

Pronto se extinguieron totalmente las luces del día y la noche encendió en las llanuras del cielo las primeras, blanquecinas estrellas. La cruz del sur rasgó la densa tiniebla alzando en el lejano horizonte 1os cuatro puntos luminosos de sus brazos eternamente abiertos, como un faro del desierto. Pero el cielo empezó de pronto a ponerse sombrío, obscuros nubarrones cruzaban en tropel barridos por el viento pampero, y una lluvia de gotas pesadas -que caían como chuzazos- se desencadenó dejando a los viajeros con las ropas chorreando agua y sin saber qué camino seguir.

Era sin duda bien afligente la situación del pobre oficial -portador de importantes comunicaciones para Rozas- extraviado en la pampa bajo la lluvia inclemente, sin más compañero que el fiel soldado y la lanza que oprimía con mano nerviosa mientras su mirada giraba ansiosa buscando un rayo de luz que le indicara el rumbo perdido.

¿Y si esa luz era del vivac enemigo e iba a caer indefenso en manos de los que tanto habla combatido? Cuál sería su suerte, no era difícil preverlo; las prácticas de la guerra no. eran muy humanitarias con los prisioneros en aquellos tiempos de ruda barbarie en que las represalias sangrientas parecían haber autorizado toda clase de atrocidades. El ivoe victis! del galo flotaba implacable como un rugido de fiera ávida de

sangre...

Estas tristes cavilaciones se hablan apoderado del militar que marchaba al paso de su cabalgadura, dejándose llevar inconsciente, abatido y sombrío. De pronto levantó la frente altanera y como lanzando un reto. al destino:

-Sigamos -dijo con voz resuelta y clavando las espuelas al caballo se perdió en las sombras de la noche.

Vagaron largo tiempo sin rumbo, hasta que una pequeña luz apareció centelleando en la tiniebla como el ojo de un cíclope guardián misterioso de aquellas soledades. El soldado -un valiente probado en muchas peleas a cuchillo delante del palenque en las pulperías o en la raya del andarivel en las carreras-, sintió sin embargo erizársele el pelo cuando oyó decir al teniente:

-Aquél ha de ser el fogón de algún rancho, vamos allá a secarnos la topa que me estoy tullendo de frío.

-Mire teniente, que puede ser la luz mala de un alma en pena -se atrevió, a objetar el soldado, que en gnorancia supersticiosa creía en esas consejas tan arraigadas en nuestros campos.

-Sí, como almas en pena vamos a quedar, si en lugar de un rancho es el campamento de una partida de salvajes unitarios... Pero de todo

'modos entre morirnos de frío o morir peleando, prefiero lo último, ¡qué diablos!, pues ya el brazo se me va entumeciendo de llevar la lanza ociosa.

Con esta fanfarronada de guapo, el asistente cobró ánimo y haciendo sonar el sable dentro de la vaina agregó resuelto:

-Lo que es éste tampoco tiene pereza y, si la ocasión se presenta, su filito ha de probar que no lo maneja un manco...

La alegría tornó a sus espíritus y bromeando sobre muertos y aparecidos llenaron junto al cerco de una estancia en cuya cocina chisporroteaba una alegre fogata. Un escuadrón de perros se abalanzó a darles la más hostil acogida, castañeteando los dientes enfurecidos. Un viejo paisano apareció y llamándolos por sus nombres, les distribuyó algunos rebencazos para alejarlos, e invitó a los desconocidos a que se bajaran.

Los caballos fueron atados a soga dentro del rastrojo para tenerlos a mano, y media hora más tarde encima de una tosca mesa, humeaba una fuente de suculento puchero con choclos.

La dueña de casa, una viuda joven aún, pidió al militar que la acompañara a compartir la cena. Aquél no se hizo repetir el ofrecimiento y acercó su silla con intención de devorar en vez de comer, tal era el hambre que traía; pero en ese mismo

instante apareció una hermosísima muchacha -linda y fresca como las margaritas silvestres, de ojos rasgados y rostro moreno al que hacían marco dos trenzas negras, lustrosas y pesadas que caían sobre la espalda e iban a terminar bajo la curva ondulante de las caderas.

La joven le tendió la mano y fue a tomar asiento al lado opuesto frente al oficial, que desde aquel momento apenas probó la comida por lanzarle miradas furtivas.

Terminada la cena y después de haber charlado durante un buen rato, la madre puso término a la agradable velada, despidiéndose del teniente que iba a seguir viaje en cuanto apuntara el lucero.-

La niña tomó de la fuente la más dorada- mazorca y un jarro de leche, y acercando una silla a la pared trepó al respaldar y sobre una cornisa los colocó cuidadosamente. Descendió ágil y sonriendo estrechó la mano del huésped ocultándose a sus miradas ansiosas tras la muralla de algarrobo que la madre interpuso cerrando la puerta de su dormitorio...

Todo quedó en silencio en el sosiego de la noche cuya quietud sólo interrumpía de tarde en tarde, el balido de la oveja que en el corral vecino buscaba al hijo abandonado mientras dormía entre las matas del carrizal, o el grito de alerta de los teru-teros defendiendo el nido de las comadrejas cebadas.

Entretanto el oficial se revolvía en el lecho sin conciliar el sueño soñando despierto con la imagen de aquella criatura bella, que dormía a pocos pasos, castamente protegida en su inocencia de aquel devaneo amoroso que turbaba el corazón del militar como un presagio vago de ventura.

Mas el hambre le hizo olvidar de tales deliquios y un pensamiento travieso cruzó por su imaginación:

-¡Qué diablos! -se dijo- a que me estoy enterneciendo con amoríos imposibles, dentro de pocas horas me alejaré de su lado y tal vez mañana la lanza de un salvaje me tienda panza arriba en una cuchilla. No, lo que es yo no aguanto más el hambre.

Y deslizándose del lecho, buscó a tientas en la obscuridad la silla que la joven dejó arrimada a la pared, y una vez encontrada trepó resueltamente, su mano se agitó en el vacío rastreando el objeto deseado, -el plato con el choclo cocido y el jarro de leche.

Tropezó por fin con la cornisa donde descansaron aquellas verdaderas manzanas de oro de1 jardín de [las] Hespérides que ningún dragón custodiaba; la mano corrió confiada sobre la tabla, cuando de pronto: ¡Zás! un ruido seco como el de un tronco añoso que se raja hirió sus oídos y un dolor agudo se extendió por todo su

brazo. Pretendió retirar la mano y no pudo, estaba cazado por una garra invisible que lo oprimía en sus músculos acerados, y cuyos dientes penetraban en la carne a cada tentativa de escape. Al mismo tiempo percibió netamente la voz jubilosa de la niña que desde la pieza vecina gritaba:

-¡Máma, cayó el *matrero* !

Entonces comprendió su espantosa situación, había sido sentido, no tardarían en venir y lo encontrarían colgado como un racimo, en un traje que no distaba mucho del adánico. Se debatió con valor por arrancarse de la garra maldita, sus uñas se clavaban en la pared Pag 126 desesperadamente, los pies buscaban en vano un punto de apoyo pues la silla que lo sostenía había rodado por el suelo, y encima de ella los calzoncillos, mudos acusadores del delito vergonzante, estaban allí, caídos como un baldón sobre el pavimento...

La viuda y la hija aparecieron trayendo luz, y, conteniendo apenas la risa arrimaron la mesa a la pared; ¡y fué esa pequeña mano que hacía un instante soñaba cubrir de besos largos y apasionados, la que lo libertó de la trampa donde se había cazado en vez de la rata dañina para quien se armaba todas las noches!

El teniente, rojo de vergüenza explicó tartamudeando su aventura. - Creía que en el

jarro habían colocado agua y como sintiera mucha sed se levantó para beberla. Las dos mujeres se dieron al parecer por satisfechas y lamentando la desgraciada equivocación lo dejaron solo volviendo al lecho abandonado. Pero no bien se hubo cerrado la puerta, sintió la risa comprimida de la muchacha, que estallaba en una carcajada estrepitosa, sonora, de esas que hacen saltar las lágrimas de placer...

A esa misma hora el oficial ordenaba al soldado que ensillara y montando apresuradamente se alejó maldicíendo de aquella luz -mala que lo, condujo al hogar, donde tuvo tan venturoso ensueño y qué la más brutal de las realidades acababa de disipar.

La lluvia había cesado, la luna blanca, serena, rodaba silenciosa en el fondo del cielo. Miró por última vez la tranquila casita rodeada de álamos enhiestos y sombrías higueras, y se perdió en la pampa solitaria, guiado por la trémula lumbre de las estrellas...

Muchos años después, un noble anciano -cuyo nombre ha resonado más de una vez en la historia de Entre Ríos, desde la memorable jornada de Caseros en que combatió bajo las órdenes del general Urquiza-, nos refería esta aventura rigurosamente histórica de su juventud, y agregaba riendo alegremente:

-Siempre que veo la mazorca de un choclo cocido

o una trampa abierta esperando a una rata dañina, de entre el montón informe de mis recuerdos, se levanta la dulce imagen de aquella hermosa muchacha de ojos y trenzas negras, que gritó una noche con voz jubilosa: -*¡Máma, cayó el matrero!*

Capítulo 12
MÁMA JUANA
(CREENCIAS POPULARES)

Viene a mi memoria el recuerdo de uno de los tipos más curiosos, cuya imágen indeleble se yergue, no se con qué prestigio intenso entre las evocaciones del pasado.

De esto hace mucho tiempo, pero la huella profunda no se borra de mi espíritu, iluminándose de tarde en tarde con el fulgor de las emociones juveniles. Es que las impresiones pasan, se renuevan como el oleaje de un mar agitado sobre el peñasco de la ribera y lo sepultan bajo las aguas, pero la roca inmoble asoma de nuevo la cresta dentellada desafiando al eterno enemigo... Así surgen y perduran las viejas sensaciones en su lucha con el tiempo y el olvido.

En la ladera de un médano -cerca de una lagunita redonda cuyas aguas sombrías parecían incrustadas como un espejo deslustrado en un marco de verdosos gramillales- se alzaba un pobre rancho de totoras. Dábanle sombra las enredaderas silvestres que se adelantaban como un rústico pórtico trepando y tejiendo por entre los árboles sus mallas ondulantes; al fondo, en un

ribazo el jagüel y el charco para las aves caseras circundado de cañaverales y de sauces en flor; al lado la pequeña huerta; más allá el corral y el tambo de las lecheras.

Allí vivía una buena viejita a quien hacía compañía una hermosa muchacha. Morena, esbelta, de perfil puro, al que daban realce unos ojos grandes, verdosos y las trenzas de color castaño que retorcía en alto dejando descubierto el cuello redondo y recto como una columnata.

Afable, obsequiosa con cuantos llegaban a su casa, sabía sin embargo contenerlos sin agravio en los dinteles de la simple amistad. Era un espíritu delicado y viril -una flor extraña y fascinadora- por cuya anhelada posesión se enceraban inútilmente los paisanos más presumidos del pago.

-¡La moza se va quedando pa vestir santos!...![3] murmuraba con despecho al mirarla pasar como una ráfaga provocativa, más de uno de los cortejadores de la inaccesible criatura. Parecía inexplicable en verdad que aquella mujer que tantas simpatías despertaba, prefiriera la compañía de la anciana y las soledades del rancho, a los halagos y ternuras de un nido feliz. ¿Era simple piedad filial o existía alguna pena oculta?... Nadie conocía el arcano de ese corazón que latía solitario y entristecido.

Por curiosidad o seducido tal vez por el prestigio

avasallador de su belleza, solía llegar hasta la morada de *Máma Juana*, como llamaban en la comarca a la buena viejita.

A la sombra de unos algarrobos en cuyas copas se entrelazaban formando cortinas sombrías las plantas de tasis y mburucuyás se veía la *ahuana* -el telar primitivo de los antiguos quíchuas con su *phuska* -, el huso de madera lustrosa trasmitido religiosamente de generación en generación entre las ,familias, y en el cual la anciana con los dedos temblorosos y la mirada apagada por la senectud tejía aún los vistosos ponchos de hilos de lana teñida para ganarse el sustento.

A su lado, silenciosa, la frente inclinada sobre el cribo del bastidor se sentaba su nieta Cornelia. Un ambiente sereno de paz y de sana quietud envolvía el humilde hogar...

Pasaba largas horas en compañía de aquellos seres sencillos, encantado con los relatos supersticiosos, con las leyendas melancólicas que la anciana me refería en las noches estivales remontando el raudal de sus recuerdos que se perdía allá, muy lejos, entre las breñas de su tierra natal.

Eran esas narraciones ingenuas -absurdas a veces pero que ocultan a menudo escenas conmovedoras, misteriosas apariciones, poéticos simbolismos que el habitante de nuestras montañas viene perpetuando entre sus tradiciones

como un legado sacro de sus antecesores indígenas.

Escuchados de los labios de la viejita que parecía hablar con la voz de una raza extinguida, en el reposo imponente de los bosques, entre las sombras y los susurros nocturnos que aumentaban el prestigio sugestivo de la escena, aquellos episodios que la superstición engendra y hace reverdecer como una flor exótica- se grabaron hondamente en mi espíritu juvenil: tal era la emoción sincera y el colorido con que los narraba la pobre mujer.

Nativa de Santiago del Estero, se vió obligada después del combate de las *Palmas-Redondas* a refugiarse en Tucumán con los suyos, huyendo de las persecuciones del feroz Ibarra para reconstruir el hogar que algunos años más tarde caería en ruinas en aquella espantosa noche del 20 de marzo de 1861, que cubrió de escombros y duelo la bella ciudad andina.

-Allá quedaron sepultados entre los cascotes por el terremoto mi marido y mis hijos -me decía- y como si no hubiera penado bastante el destino quiso que sólo nos salváramos yo y esta chiquilina *huák-cha* [(1)] que no tiene más amparo que yo. Por eso me quiere tanto y se aflige al pensar que muy pronto le voy a faltar. Yo le aconsejo que se case para que no quede abandonada después de mis días... pero es tan

presumida -agregaba riendo- que todavía no encuentra rama donde ahorcarse.

-No diga eso, mamita; quién se va a fijar en mí -respondía con acento apagado, resignada a su suerte, inclinando la hermosa cabeza en la expresión de aquella sublime angustia -lamentable y callada- que el arte griego hizo resplandecer en la frente serena de Niobe...

Fué en una de esas noches de calma profunda del verano cuando *Máma Juana* me refirió las narraciones supersticiosas que han desfilado en mi memoria al evocar estos recuerdos de la primera edad. Procuraré reconstruirlos fielmente, darles el colorido, la ingenuidad prístina y conmovedora con que brotaron de esos labios rugosos que la muerte heló hace muchos años.

A una cuadra de la casa, a un lado del camino, se destacaba sobre una cuchilla un montecito ralo de talas, añosos y desgajados por las tormentas. Era un paraje solitario, tétrico, del cual los viajeros se apartaban involuntariamente al contemplarlo, semejante a un calvario que una alta cruz dominaba, indicando. al transeúnte que allí había sucumbido un ser humano.

Al pie de los árboles, por entre las oquedades de los troncos que envolvían las plantas parasitarias, blanqueaba la tierra yerma, manchada a trechos con las matas venenosas del mio-mio o las hojas

obscuras del abrojal, mientras en los claros de la greda donde la luz jugaba combinando los colores de su paleta inimitable se arrastraban perezosamente las iguanas de piel overa.

Conversábamos bajo la ramada alumbrados por la luna que bañaba el paisaje de diáfana y serena claridad, cuando Cornelia mirando en dirección al montecito exclamó con voz velada dominando el espanto:

-¡Mamita se está incendiando el talar! La viejita volvió los ojos al punto indicado y permaneció callada breves instantes. -Es cierto, hay comienzan a subir las lucecitas por los troncos... ¿no las vé? -me preguntó temblando.

Al principio sólo percibía una mancha confusa de sombras que los rayos de la luna iluminaban; después, no sé si fué efecto de la obsesión que conturbó mi espíritu, me pareció en efecto que luces pálidas, fosforescentes titilaban y se encendían en otras más vivaces, amarillentas, rojizas, cine corrían por el suelo y ascendían en amplia espiral envolviendo la arboleda en llamaradas crepitantes…

Con el corazón agitado escuché entonces la extraña leyenda de aquel monte que se incendiaba por la noche sin que al día siguiente se notara el más leve rastro del fuego.

-¡Es el alma del domador que fue muerto allí y

por eso se incendia el talar porque el pobrecito anda penando! -exclamó *Máma Juana* con acento de sincera tristeza.

-¿Y quién era ese domador? - insinué interesado por la absoluta certidumbre con que la anciana hizo la afirmación.

-Matías, un huérfano que se crió con ésta a mi lado, se ganaba la vida entablando tropillas con los baguales que le entregaban en las estancias; todos lo querían y le daban trabajo porque era el mozo más jinete y habilidoso para arrocinar caballos que se conocía en estos pagos. No tenla enemigos, pues a nadie hacía sombra, sin embargo, un a noche fué asesinado al cruzar ese monte.

-¿Y no se descubrió al matador?

-Nunca, hijito, yo tapé la pisada, pero la justicia no se ocupa mucho de los pobres; si hubieran querido buscar no se borra tan fácilmente el rastro...

Dejó de hablar mientras sus lágrimas pesadas rodaban en las mejillas que hondas arrugas surcaban.

Las lucecitas entretanto, se arrastraban moviéndose como espíritus errantes, y se apagaban cuando la luna rasgando los velos de la sombra inundaba de plateada lumbre el tétrico

monte.

Cornelia permanecía inmóvil, muda, con los grandes ojos clavados en la cruz que parecía alzarse en la lomada como blancos fantasma bajo la claridad estelar.

¿No tenía ese tosco símbolo de la piedad cristiana alguna, relación con la tristeza de su vida?... ¿Él fué su compañero de la infancia, juntos crecieron bajo el mismo techo, sus corazones se fundieron quizás con la lozanía del primer amor; y allá entre las sombras de los cañaverales gemidores, en el misterio de las noches calladas brotó la chispa del eterno idilio que sólo apagó la muerte?

Más tarde se confirmaron mis sospechas; se decía en efecto que era la novia del domador a quien un rival despachado asesinó traidoramente. Pero su pena intensa y silenciosa no descubrió jamás el secreto que laceraba su corazón...

Después me he explicado el curioso fenómeno que produce la luz. Es un gusano que hace sus celdillas taladrando la cáscara de los talas y que al arrastrarse en las noches calurosas del estío, despide por entre los anillos del cuerpo una pequeña luz rojiza, la cual unida a las colonias de gusanillos que habitan en los troncos, forman esa vislumbre misteriosa sobre la cual la credulidad ha bordado esta supersticiosa conseja que recuerda esas maravillosas apariciones del hechizamiento.

El trágico relato pareció despertar el espíritu creyente de la anciana; las antiguas leyendas se erguían en su memoria y acudían presurosas como si la voz de un conjuro las convocara. La estela de un astro que se perdía en los blancos nublados, los susurros del viento al cruzar agitando los ramajes del monte, el canto áspero de un pájaro en las espesuras, todos esos ruidos que estallan y se apagan en el sosiego inmenso de las sombras nocturnas se diría que cruzaban excitando en el cerebro de *Máma Juana* las extrañas alucinaciones.

Un grito lánguido, quejumbroso, semejante al gemido de un niño que solloza abandonado vibró un momento y se extinguió lentamente.

En el silencio de la noche en los campos no se escucha sin secreto temor esa voz angustiada que se lamenta a la distancia; el eco se refugia en el oído y aún después de haber cesado parece escucharse su nota plañidera.

A la hora del crepúsculo, en los montes de mi tierra, lo he oído más de una vez e involuntariamente apuraba el caballo para llegar a la población más cercana. Los peones de la estancia -hombres avezados a la vida del campo- que me señalaron el ave solitaria que produce el grito, experimentaban al escucharlo la misma sensación. Uno de ellos -valiente como las armas, según decían sus admiradores- me observaba con

profunda convicción una vez que íbamos atravesando un renovar de chañares, a esa hora sin luz de la oración cuando las primeras estrellas asoman como chispas indecisas en el toldo tenebroso del cielo.

-Vea patroncito, cuando oía llorar al ñacorutu en una tapera, al caraú entre los pajonales o lo chifle una viutidita desde algún cardal, aflojelé no más la rienda y peguelé un chirlo al pingo porque es mal agüero si uno se para y los ve!...

Es un buho que vive en las vizcacheras, en los huecos de los árboles y en los ranchos derruídos. Echeverría ha recogido en La Cautiva la interpretación supersticiosa que las gentes del campo dan al grito de esta ave que en la noche agita sus lentas alas sin ruido mirando fijamente con los ojos redondos de color amarillento vivísimo y la cabeza coronada por dos penachos de plumas rígidas semejando cuernos. Así describiendo el festín de la indiada en la Pampa dice en sus hermosos octosílabos: *"Al espantoso ronquido de los que durmiendo suenan, los gemidos infantiles del ñacurutú* [(2)] *se mezclan…";*

Máma Juana que habla oído el grito lamentoso se reconcentró por breves instantes como si evocara memorias lejanas y luego nos dijo:

-Como esa ave que llora, es el *Kakuy* de mi tierra, una india que está condenada a llamar a su hermano. Fué allá, en el tiempo de los soles

largos, entre las quebradas de una sierra del Tucumán donde vivían dos hermanos. El varón se internaba todos los días a los bosques para buscar *allpa-misqui* -la miel de la tierra- y a juntar, algarroba; mientras la hermana cuidaba la choza, hacía la comida con frutas y pescado y fermentaba la chicha.

Una tarde volvió el hermano cansado de recorrer el monte sin encontrar miel y la hermana en venganza le ocultó la comida. Entonces él ofendido, pero disimulando el enojo le dijo:

-Hay un árbol que tiene en la copa una gran lechiguana (4) pero como es muy alto y delgado yo no puedo bajarla, tú que eres más liviana podías subir...

Contenta lo siguió y ambos treparon a un mistól, y cuando estuvieron arriba, él descendió quebrando los gajos para que no pudiera bajar y se alejó corriendo. Ella le imploraba piedad en vano; pero el hermano no volvió. Allí le sorprendió el sueño frío; y desde entonces está condenada a llorar en la noche llamando al ausente:

-*¡Turay! ¡Turay!* ¡mi hermano! ¡mi hermano!... Tal es el triste simbolismo de esta conmovedora leyenda indígena, que relatan los arrieros para matar las lentas horas de la travesía siguiendo la huella del camino que se estira culebreando, y en torno del fuego los ancianos en el misterio de los

bosques, cuando el .koiuio lanza sus chirridos metálicos convocando a la alegre *tako-pallana* -la cosecha de la algarroba madura- mientras las luciérnagas cruzan salpicando de puntos azulados las sombras de la noche...

¡Pobre Máma Juana! hace ya largos años que su espíritu sencillo, creyente, imbuído de extrañas y curiosas tradiciones se apagó allá, en el pedacito de terruño que fertilizó con su trabajo. El sueño frío -como llamaba a la muerte- heló su cuerpo aniquilado por las rudas fatigas, pero el alma candoroso vaga tal vez entre los verdes cañaverales del jaguel, asciende en las lucecitas lívidas de los talares o gime sus hondas desdichas, en el canto plañidero del ave que llora!...

Capítulo 13 - ¿CAPTURAR?... (CUENTO DEL PAGO)

Fue allá, por el año 50 y pico, en Entre Ríos, después de terminado el período de la guerra civil, cuando el vencedor de Caseros descansaba de las largas y penosas campañas en su palacio de San José, que asoma aún sus altas techumbres dominando los montes ribereños del Gualeguaychú.

En el grupo de soldados de la guardia, permanente, se contaba un lindo chino guapo

como las armas, según el pintoresco simil de la lengua vernácula- el cual gozaba de esa estimación singular que Urquiza consagró siempre a todos sus subordinados que se habían distinguido con algún rasgo saliente de coraje; en una especie de culto al valor que se enorgullecía en exaltar entre sus altivos veteranos.

Se llamaba José Flores y era hombre de toda la confianza de su antiguo jefe, quien, en prenda de especial distinción le había confiado el cuidado de los caballos de su silla.

Aquello era una granjería, una prebenda extraordinaria, una especie de varita mágica que abría todas las puertas, que vencía todos los obstáculos, despertando enconadas ojerizas en las filas de sus antiguos camaradas.

Flores lo sabía; sentía hervir a su alrededor las murmuraciones que atizaba la envidia, y para encerar más a sus émulos, usaba y abusaba de las preferencias cariñosas del superior, armando frecuentes camorras en las pulperías o apagando las velas en los bailecitos del campamento en cuanto se le subía la caña a la cabeza.

Pero de ahí no pasaba: disipados los vapores alcohólicos, volvía a ser el soldado alegre, travieso y resignado de todos los tiempos.

Sin embargo, aconteció que una noche, bajo la locura que le producía la bebida, se le antojó ir a

visitar a su prenda allá en el rancho solitario, oculto como un nido entre los algarrobales de Montiel. Y como no era hombre de andar trepidando cuando se le metía entre ceja y ceja una idea, ensilló el mejor flete de la tropilla -un rosillo de sobrepaso, el crédito del general- y lo enderezó con rumbo al pago lejano. Sabedor Urquiza al día siguiente, de la desaparición misteriosa del soldado y la falta de su caballo, comprendió de lo que se trataba y sin dar mayor importancia al suceso, dijo a uno de los ayudantes de servicio: -Flores se ha ido a ver a la china.

Escríbale al jefe político de X... ¡para que lo prendan, y que me remitan con todo cuidado a mi rosillo, no!

El oficial apremiado por otro deber, encargó la redacción de la nota a un escribiente, y una vez lista, la firmó, remitiéndola a su destino con un chasque, a raja cincha.

Recibida la comunicación, el jefe se la pasó volando al comisario del distrito donde Flores tenía su rancho, recomendándole: -"que se procediera

inmediatamente a capturar al desertor por orden de S. E."

El comisario -un veterano. lleno de méritos y servicios, pero rudo e ignorante- se hizo leer

varias veces la orden y como no la entendiera, aunque barruntando que se trataba de algo muy grave, por la urgencia con que se le mandaba proceder: montó a caballo y se fué en procura del estanciero vecino, un italiano viejo que según contaba, en sus mocedades había cursado estudios como seminarista y si no cantó misa fué a causa de los ojos tentadores de una primita napolitana que le hizo experimentar en *anima vilis* la profunda sentencia de San Marcos, lanzándolo por esos alegres trigales de la vida.

Por las precisadas razones era el tal estanciero no solo el más *léido y escribido* de los alrededores, sino una especie de Don Preciso en todos los atolladeros de aquellas sencillas gentes; ¡pues sin más investidlira que la del consenso popular resumía en su persona esta curiosísima trinidad, ejerciendo a la vez las funciones de bautizante, de juez y de médico regional!

Así administraba el bautismo de primera intención y en los casos de muerte para que el anímula del angelito pudiera disfrutar de las venturas paradisíacas, no empleando por de contado sino agua templada para conjurar el *mal de los siete dias* según una cauta disposición de la Asamblea del año 13; fallaba sin apelación como único árbitro las rencillas vecinales, - pero sobre todo, donde imperaba como señor absoluto, con home- naje pleno de su admirada grey, era en el ejercicio de la medicación empírica.

-¿Quién como él era capaz de curar una picadura de víbora con solo aplicarle unas hojitas de *cola de zorro*, o hacer dormir a alguna vieja que -andaba estorbando con el sahumerio del *chamico* y de la *aluzema*, ni curaba las consecuencias de los lances amorosos con *gramilla* blanca, o limpiaba las nubes de los ojos bañándolas en agua de *cardo-santo*, y las lepras con *carqueja*, las llagas con *palan-palan*, los empachos con *sáuco*, ni daba leche a las madres aunque hiciera muchos años que habían dejado de criar haciéndoles mascar raices de *tasi*, ni hacía nacer pelo en las calvas más peladas que corral, untándolas con saliva y jugo de *penca*, ni curaba el mal de corazón con tisanas de *flores del aire*, ni remozaba a las muchachas presumidas con polvos de *achira* conservándoles su ramito de azahares con el amuleto de la *vira-vira*?

En eso -empleando una locución de la tierra - ¡naides le pisaba el poncho! - y enfermo que tocaba su mano era hombre resucitado, pues sólo se iban al hoyo los ya muy dejados de la mano de Dios... Y no paraban allí los panegiristas, proclamando por el contrario a todos los vientos los prodigios maravillosos del curandero-brujo, con esa exaltación fanática y obscura que encontrará eterno pábulo en la credulidad de las masas.

Los éxtasis reveladores del destino, esa necesidad premiosa de la divina ilusión para las almas

sedientas de ensueño y de esperanza, tan magistralmente pintada por Zola en el caso reciente de la encantadora mademoiselle Couëdon que agolpa a las puertas de su mo- desta casita, en pleno París, multitudes inacabables ¿no son el mejor justificativo del crédito romancesco con que la superstición de aquellos pobres campesinos había encumbrado la fama del extraño personaje?

Era natural, pues, que a él acudiera el afligido comisario a fin de que lo endilgara con sus luces en tan apurado trance.

El hombre recorrió gravemente el pliego y se quedó silencioso, meditando breve rato; -después como si revolviera en la memoria cosas muy lejanas, exclamó dialogando consigo mismo:

-¿Capturar?...

-Sí... eso es, no hay duda alguna... *caput*, ... y *tollo, tollere* ! Luego con el aire de perfecta certidumbre con que Champollión descifrarla el obscuro simbolismo de un petroglifo y Bopp o Grimm el contenido de un papiro en sánscrito, confió al oído de su interpelante lo que significaba aquella misteriosa palabra.

El militar frunció el ceño en muda protesta ante la misión que se [le] confiaba; titubeó algunos instantes con gesto de rebelión, interior, pero, al fin concluyó por encogerse de hombros

argumentando por toda disculpa:

-El que es mandao, no es culpao... ¡Y que cargue con el guacho el que está arriba!...

Esa madrugada con todo sigilo, cayó al rancho de Flores prendiéndole, sin resistencia alguna; y apurado por despachar la desagradable comisión, le dijo:

-Traigo orden del general pa caturarlo por resertor, por lo tanto, amigo despidasé de su compañera, pues, contra toda mi voluntá, no puedo dejar de cumplir lo que me mandan.

Flores contando confiadamente en el cariño de Urquiza, exclamó sonriendo:

-¡No ponga cara de dijunto, capitán! ¡Bah! Don justo me meterá preso, después de pegarme unos cuantos gritos, pero eso no aujerea el cuero; y en cuanto se le pase el enojo me dará unos rialitos pa los vicios. El viejo es ansina, con nosotros... ¡truena al ñudo, pero no llueve!

Y consolando a su afligida mujercita, terció el poncho sobre los hombros y adelantándose dijo con voz resuelta:

-Vamos, cuando guste, mi capitán. Se pusieron en marcha llevándolo atado codo con codo, y al vadear un arroyito que corría lento y callado, en un bajo, a pocas cuadras del rancho, el oficial se

detuvo, y dirigiéndose al sargento:

-Aquí -nomás - le ordenó.

Lo bajaron entonces, lo pusieron boca abajo, y diciéndole: -¡Que Dios lo perdone, hermano',- el sargento -sacó el cuchillo ¡y lo degolló!...

A la noche, una carretilla cubierta con un cuero y custodiada por dos milicianos, se detenía frente a la puerta del edificio de la policía; el sargento se adelantó e hizo entrega al jefe político de la nota donde el comisario rendía cuenta de la manera como habla cumplido la orden de S. E.

Ni un trabucazo en medio del pecho le hubiera causado mayor impresión que una lectura semejante.

El infeliz se mesaba los cabellos, tembloroso, pálido de terror: -¿qué iba a decir el general cuando se impusiera de aquella barbaridad?... y el cuadro del calabozo sombrío con una morruda barra de grillos -de esos que en el lenguaje de las prisiones, dicen de las *ánimas*- se alzó ante su vista aterrador.

Pero como el mal ya no tenía remedio, mandó dar sepultura a los restos del infortunado Flores, y, haciendo de tripas corazón, redactó un extenso. memorial explicativo -cargándole por supuesto la romana al comisario- y acompañando como pieza justificativa del lamentable suceso, la carta

autógrafa donde se le ordenaba "que inmediatamente- procediera a capturar al desertor".

Urquiza rompió el voluminoso sobre, imponiéndose con sorpresa colérica de su contenido; gritó, vociferó, y llamando a un joven español autor del malhadado documento, descargó la tempestad de ira que lo dominaba, diciéndole con voces entrecortadas que restallaban como latigazos:

-¡Zonzo ... ¡ñato... galleguillo! ... ¿quién lo mete a emplear términos cultos con esos bárbaros?... Escríbales que se presenten inmediatamente, - y murmurando:

-¡Matarme uno del Estrella! ... ¡Pobre chino... tan bravo y buen soldado! (1) - se alejó lentamente con los puños apretados, iracundo, hasta ocultarse en los senderos enarenados del huerto, bajo las verdes arboledas que se arqueaban con el peso de los duraznos de dorada pelusa y de las granadas que abrían al sol de estío sus entrañas de color rubí.

Cuando a los pocos días se le avisó que el jefe político, el comisarlo y el curandero habían llegado y deseaban hablarle, no, quiso recibirlos, ordenando que les pusieran una barra de grillos y los mandó procesar.

Comprobada su inocencia tras largos meses de

prisión, salieron en libertad, y calculando que ya se le habría pasado el enojo, solicitaron verlo.

Los recibió de pie, con el gesto adusto, chispeando en sus hermosos ojos leonados aquella mirada inquietante que pocos resistían, y cuando terminaron de balbucir sus excusas, les entregó diez onzas para lutos de la infeliz viuda, y echándoles una dura reprimenda los despidió.

-Son ignorantes... ¡hum! ... No hay que andarles con muchos latines... pero guapos y leales... y ¿quién le pone cascabel al gato? - decía riendo una noche el general en su tertulia de mus ante un grupo de amigos, a quienes refería el salvaje y estupendo lapsus etimológico del latinista montielero.

Capítulo 14
LA COJITA

Por la ladera de una cuchilla, en el abra de un algarrobal, avanzaba como a curiosear el paisaje del llano, el blanco caserío de la estancia; los corrales y potreros se ocultaban en las arboledas del fondo, y, al frente desde el pie del cerco se desarrollaba el tapiz esmeraltado de la llanura hasta confundirse a lo lejos con la ceja azulada de los montes. Era un paraje solitario de Montiel donde vivían unos parientes, dos ancianos sencillos, venerados en toda la comarca por sus actos caritativos. Un día me llevaron allí cuando un acontecimiento luctuoso inundó de tristeza y desolación nuestra vieja heredad. Comenzó entonces para mi una nueva vida más libre y feliz que la de la ciudad, sobre todo, por no existir en varias leguas a la redonda ese edificio que tan poco amamos en la infancia: una. escuela.

Pero aquella ventura no debía durar mucho tiempo, y mis correrías dando guerra a los nidos a través de las frescas arboledas fueron un día interrumpidas por la aparición de un hombre con quién jamás llegué a ser amigo: el preceptor, un dómine gruñón, iracundo, de ásperas maneras en cuyo labio vagaba eternamente el reproche implacable.

Vive aún; alguna vez le encuentro por la calle y me apresuro a cederle la vereda con respeto; no me conoce ya, sus ojos cansados se inclinan temblorosos buscando la senda por donde ha de llegar muy pronto al término de la eterna jornada.

¡Pobre maestro!, aunque jamás su máscara rígida se contrajo para dar paso a una sonrisa, a una sola palabra de aliento cuando me veía balbucir penosamente las primeras lecciones luchando con los escollos desconocidos, él al fin me enseñó mecánicamente a encontrar el rumbo que otros después se encargaron de hacerme proseguir...

La casa no era grande, lo suficiente para las necesidades de la familia; sin embargo, mi santa tía se ingeniaba de manera que siempre tenía sitio para alojar bajo el techo hospitalario a cuanto pequeño infeliz recogía en sus visitas a los caseríos vecinos.

Un día trajo una huérfana verdaderamente desdichada. Tendría doce años; por más que no lo denunciara su cuerpo raquítico con una pierna encogida que imprimía a sus movimientos un bamboleo grotesco. Pero habla tan infinita dulzura en aquel rostro de perfiles agudos, una luz tan mansa y acariciadora brotaba de sus grandes ojos aterciopelados, que bien pronto todos la quisimos.

Se llamaba Marcela, mas al entrar en la estancia

cambió el nombre de pila por el cruel apodo con que la bautizamos; así, sin protestas, sonriendo angelical- mente se dejaba decir *Cojita* y era tal nuestra insistencia para nombrarla que, al fin a todos pareció natural el sobrenombre, pues no era una burla a su triste condición sino más bien un mote de cariño.

Su historia era breve y desolada. Nacida en la miseria bajo el alero de un rancho lamentable, creció como una planta en un erial, en medio de las mayores privaciones. El padre era trapero y andaba siempre ausente conduciendo ganado a los mataderos de la ciudad; la madre lavaba en las estancias vecinas asegurándose así el zoquete de carne para el alimento; el viento glacial en las noches de invierno batía las totoras del rancho filtrándose a través de las rendijas del quincho e iba a entumecería en su lecho desabrigado.

En verano no lo pasaba mejor, encerrada en aquel horno estrecho que caldeaban los rayos del sol cayendo a plomo, vivía tendida en la cama sufriendo los dolores y el aniquilamiento de una fiebre tenaz que iba consuniiendo su cuerpecito lentamente.

La curandera -una negra vieja de gran fama en el pago- la había examinado asegurando después de zahumarla con no sé qué yerbas silvestres, que a la chica le habían hecho *daño de ojo* y para sacarle el extraño mal la sometió a las

medicaciones más extravagantes llegando hasta mandarla enterrar con sólo la cabeza fuera en un chiquero de ovejas.

Se deslizaron así los tristes días de la infancia. El padre cayó muerto en su ley, atravesado por la cornada de un novillo mañero que no quería abandonar el rodeo, y, poco tiempo después una chispa arrastrada por el viento de las brasas del fogón incendiaba el techo del cuarto en momentos en que la madre y la hija dormía. Cuando despertaron, el fuego, las rodeaba; la madre huyó despavorida, mas un grito desgarrador la hizo recordar de la criatura abandonada; penetró al círculo de llamas y arrancándola del lecho se lanzó en medio de las tinieblas de la noche y corrió sin rumbo hasta caer desvanecida oprimiendo la niña entre sus brazos.

Al día siguiente, un paisano que cruzaba arreando una tropilla recogió a las infelices que acababan de quedar en el mayor desamparo, pues del rancho, que era su única fortuna, sólo se velan cuatro horcones ennegrecidos sobre un montón de cenizas. El fuego dejó en las carnes de la enfermita la huella indeleble de sus caricias, lesionando los tendones de la pierna derecha que quedó torpe y rígida para siempre. La madre no pudo sobrellevar el nuevo y rudo golpe, y una mañana la encontraron muerta al pie de la cama con los brazos extendidos, como queriendo

proteger de un enemigo implacable, con los últimos alientos de la vida, aquel pedazo de sus entrañas...

Una tarde se ausentó nuestro maestro, y mientras llegaba el sucesor se me designó para reemplazarlo. Tenía casi la misma edad de algunos de los discípulos, pero no sólo era el más adelantado por la educación recibida en la villa, sino también sobrino, del dueño de casa, y esta circunstancia aumentaba mi prestigio sobre los escasos alumnos de la escuela, muchachos huérfanos criados en la estancia o hijos del capataz y de los puesteros.

La escuelita era infantil, rudimentaria; se aprendía a leer y escribir malamente a sacar algunas cuentas y se recitaba la tabla de memoria; pero aquel pobre cuarto cuyas toscas paredes de paja y terrón adornaba un San Luis Gonzaga frente a un grabado de los constituyentes del 53 y un mapamundi moteado de tinta-, se convertía en un templo augusto cuando funcionaba la clase, porque la disciplina era inflexible y tras la palmeta de quebracho esgrimida sin parsimonia por el maestro, flotaban como un fantasma para los desaplicados los coscorrones y hasta la lonja del rebenque de mi tío a título de fundador de la escuela.

En honor de la verdad confesaré que el buen viejo no abusaba de estas últimas y contundentes

razones, por más partidario que fuera del añejo y expeditivo sistema educativo de que, *la letra con sangre entra*.

En el rincón más apartado se sentaba *La Cojita*, allí a solas, sin hacer ruido balbucía medrosa las letras de la cartilla o trazaba burdos palotes inclinándose afanada sobre la pizarra. Me esforzaba para hacerla adelantar al verla con tantos anhelos, pero su inteligencia no obedecía a la voluntad y la infeliz se debatía en una lucha sorda, íntima, para fijar las cosas más sencillas ,en la memoria; algunas veces después de haberle repetido pacientemente la misma idea a fin de hacérsela más comprensible, movía la cabeza con aire dolorido, y me miraba con sus grandes pupilas melancólicas, hinchadas de lágrimas próximas a estallar, corno diciéndome: ¡no puedo!

La dejaba entonces para recomenzar la tarea al día siguiente sin lograr jamás el éxito perseguido.

Aquella niña enfermiza, encanijado sentía en sus venas la onda atávica, la herencia mórbida de otro cuerpo aplastado en la horrenda batalla con la miseria y la muerte. Amamantada entre fiebres y privaciones, soportando los rigores de la intemperie, su cuerpo se desarrolló penosamente en aquel medio y su inteligencia pareció lesionada desde la cuna por un mal invisible y lento que iba consumiendo todo su ser.

Pero era buena, humilde y agradecida. En la casa cuidaba el pequeño jardín contra los malones insaciables de las hormigas; tenía ternezas para los corderitos abandonados por las madres en el pajonal, y así se la veía siempre alimentando algún guacho que la seguía dando balidos y lamiéndole el ruedo de su pollerita azulada, mientras los más grandes corrían delante corveteando en retozos alegres o ensayaban el naciente cuerno los borregos arremetiendo contra la bandada de gansos que huía dando aletazos desesperados.

Cuando llegaba la época de cosechar las sementeras, en esos días sofocantes del verano, a la hora de la siesta, cuando todo parece adormecerse en una laxitud enervadora, solía verse vagar por los sembrados el gran sombrero de "la cojita" y perderse en los trigales amarillentos dando guerra a las cotorras dañinas. Y en la estación de la esquila, bajo: la amplia ramada en que hablan tenido una larga fila de ovejas maniatadas hipeando fatigosas y sobre ellas los esquiladores encorvados sacándoles el vellón con las tijeras que abrían a menudo profundos tajos en el cuero de las bestias, era también ella la encargada voluntaria de restañar la sangre.

-¡Médico, remedio, dotor, la medecina! -gritaban los peones cuando alzaban un pedazo de cuero con la lana, y *La Cojita* se deslizaba afanosa por

entre los trabajadores balanceando el cuerpo para llevar el tarro con polvos de sauce que cubría los bordes de la herida hasta que la sangre dejaba de manar. Inclinada sobre el animal le curaba dirigiendo amargos reproches a los esquiladores que lastimaban sin piedad -los pobres animalitos de Dios- como decía con su vocecita acariciadora.

En las rudas faenas, en las alegrías, en las tristezas era siempre la primera, dulce, sonriente, sin quejarse jamás. Y sin embargo, ¡cuánta desventura, cuánta sombra dolorosa informaban el drama trágico de aquella vida condenada a trepar el áspero sendero que le marcaba su estrella!...

El año nuevo se acercaba y era necesario demostrar el fruto cosechado por los alumnos. Un domingo a mediodía el recinto de la escuela fué invadido por los padres de mis discípulos que venían a presenciar la prueba donde sus vástagos lucirían los conocimientos adquiridos durante la tarea escolar. Aquellos paisanos de rostro bronceado, bondadosos, de mirada franca y humildes maneras llegaban en sus pingos predilectos primorosamente tusados -luciendo las más vistosas pilchas del apero- y después de mandarlos en el palenque iban a formar corro en el umbral de la escuela.

Mi tío los había convocado prometiéndoles una fiesta completa como se estilaba en la estancia en

los días de yerra; primero la ceremonia del examen y distribución de premios, en seguida una linda polla para los mejores fletes, corrida de sortija, carne con cuero y pasteles y como remate ineludible en estos casos, un bailecito al aire libre, bajo la lumbre estelar en el gran patio que él iniciaría bailando el primer pericón.

La mesa se constituyó presidida por las autoridades del distrito: el alcalde, un veterano del ejército de Caseros, de espesa e hirsuta cabellera, muy tieso y grave en su casaca galoneada, mirando al auditorio sin pestañear como una figura de cera; a su derecha el comisario y un vecino de los más instruídos, a la izquierda el maestro, nervioso, lleno de zozobra y de orgullo a la vez.

Sonó la campanilla para apagar el cuchicheo de los concurrentes, el - alcalde hundió las gafas entre el matorral de las cejas, y cogiendo la lista deletreó con dificultad el nombre del primer alumno.

Con la cabeza gacha, lanzando miradas hurañas de soslayo, el nombrado se levantó buscando la puerta instintivamente para huir a la campiña que se extendía allí cerca chispeando al sol primaveral con sus glaucos trebolares. Como el animal acorralado el muchacho tuvo un momento de lucha interior, alzó la frente con aire rebelde, buscó un portillo en la rueda que lo oprimía para

escapar del suplicio, se retorció las manos con rabia desesperada, y su pie se clavó resueltamente sobre el pavimento, terco, empacado, mudo.

La catástrofe era inminente, la clase entera iba a rebelarse, mi autoridad estaba quebrada, perdida para siempre, los espectadores creerían que aquella era una recua de borricos chúcaros en vez de niños educados. Me levanté rápido y cogiéndolo por el brazo se lo sacudí diciéndole con rabia:

-Pero Santiago, ¿no has oído que te llaman…? ¿Eres tan maula que ya no te animas a darme la lección delante de la gente...?

Había herido la fibra oculta, la fibra de la altivez nativa; una oleada de vergüenza coloreó el rostro del gauchito que alzó los ojos sombríos mirándome intensamente como si quisiera decirme ofendido: "¡Usted sabe que yo no soy eso!", y se dejó conducir al banquillo.

Le alcancé la anagnosia abierta en la página que mejor sabía y le dije: "Lea fuerte, sin atropellarse, como si no estuvieran presentes más que sus compañeros Tartamudeó al principio, silabeando en voz baja, avergonzado aún, mas al fin se serenó y recordando todo el párrafo lo leyó rápidamente con cierta tonadilla nasal hasta que le dijeron: ¡basta!

Habíamos cruzado el Rubicón. El más arisco hizo

punta, los otros no trepidaron en seguirlo; así uno a uno fueron salvando de la prueba como pudieron; recitaban fábulas, exhibían en la pizarra el modelo de sus garabatos caligráficos, canturriaban la tabla, frangollaban los tiempos del verbo amar -que algunos ya conjugaban activamente- o señalaban con el puntero en el mapa, los ríos, los valles y las montañas.

Cuando llegó, el turno a *La Cojita* y oí pronunciar su nombre sentí que algo doloroso me estrujaba el corazón. La desventurada criatura avanzó por entre sus compañeros tambaleante, llorosa, reflejando en el rostro una honda congoja. Comprendí su tortura y la miré sonriendo para darle coraje. Después, dirigiéndome a los asistentes le hablé conmovido con palabras que se anudaban en mi garganta: "Tengo el placer, les dije, de presentarles a la alumna modelo, la más aplicada a la más juiciosa, para quien no he tenido jamás un a amonestación".

Todos la miraron y más de una sonrisa acariciadora flotó como un nimbo de esperanza en torno de su frente entristecida. Le pedí que recitara una fábula de Samaniego que ella solía decir cuando sentada por la noche a la lumbre del hogar, con los otros huérfanos, desgranaba mazorcas de maíz apostando a quien llegaba primero a la docena del fraile.

El comienzo fué un suplicio, las sílabas del verso

acudían en tropel a su garganta, atropellándose por salir, peto allí retrocedían, se enmarañaban y sólo un sonido gutural, áspero como un grito de pájaro asustado, brotaba de los labios pálidos, resecos y temblorosos. ¡Pesadas lágrimas pendían de sus pestañas y corrían silenciosas en las mejillas empapando el pecho que se hinchaba con latidos violentos! Se le alcanzó agua y dominada un tanto la emoción, pero aun con el acento entrecortado por los sollozos, empezó el recitado cuyo final se extinguió en un largo aplauso.

El examen quedaba terminado; se procedió entonces a la distribución de premios consistentes en ropas y útiles de labor.

El alcalde sin perder su gravedad marcial entregaba. los objetos a los vencedores; de cuando en cuando asomaba una rápida sonrisa en sus labios para decir una broma a los muchachos que lo atisbaban cuchicheando con sus ojillos desfachatados y gozosos.

Faltaba discernir el premio de honor, una banda-celeste con una pequeña medalla en cuyo exergo se leía: "Honor al mérito". Aquél fué el testimonio de mi primera prueba escolar y yo quería premiar con él al mejor alumno de la clase.

El alcalde por sus funciones de presidente debía adjudicarlo. Paseó un instante la mirada en el alegre grupo, y, pausado, solemne, pronunció un nombre. ¡Fué el de *La Cojita* !

¡Oh! era demasiado: ¿ella, la guacha infortunada a quien por caridad le cedían un rincón en aquella casa, la infeliz coja que hasta su nombre había perdido, recibir tan gran distinción? ... ¡No, no podía ser verdad! ¡Era un sueño, sin duda, uno de aquellos extraños sueños de fortuna que la asaltaban en sus lentas noches de fiebre, mientras el viento mugía agitando las paredes quinchadas del rancho en que naciera!...

Nos contemplaba azorada, muda, con los grandes ojos inmóviles, velados por el llanto. Quiso dar un paso y no pudo, las rodillas se doblaron, agitó los brazos como si quisiera asirse de un punto en el vacío y rodó gimiendo sobre el pavimento. Se la transportó al lecho, pálida e inmóvil, para que el sueño amortiguara las violentas emociones que habían conturbado su corazón.

Capítulo 15
LA PARTIDA

La escuela se abrió de nuevo con los alumnos del año anterior y algunos novicios que llegaban medrosos y huraños a ocupar su banca; mas bien pronto el hielo se rompía, un apodo sustituya al nombre de bautismo y el muchacho entraba a formar parte del bullicioso grupo como un antiguo camarada. Pero la tarea fué de pronto interrumpida por la llegada de un desconocido -un pueblero paquete- según decían los peones en su lenguaje pintoresco, al contemplar su traje y las prendas de la montura.

-Dejuro es de tierra adentro, -observaba uno, examinando los estribos de madera claveteada y el rendaje trenzado que enjaezaba el caballo.

-Cómo no, arribeño, -agregaba otro-. Fijáte en el sombrero pajizo y en el ponchillo de vicuña con flecos; ése no es de estos pagos, cuñáo.

Era cordobés en efecto; moreno, de rostro varonil, sus facciones regulares acusaban un verdadero tipo criollo. Alumno del Colegio de San Carlos, abandonó los estudios para empuñar las armas; derrotado su partido en el comicio por el fraude oficial se lanzó a la revuelta y en el primer

encuentro el entusiasta revolucionario rodaba al frente de su compañía con la cabeza cruzada por un sablazo. Perseguido tenazmente tuvo que huir para rastrear la fortuna lejos de su provincia; así, rodando tierras, como él decía, llegó hasta la estancia .a regentear la escuelita de campaña.

La separación me llenó de congoja; cada día que pasaba me veía más alejado de mis discípulos. Los muchachos a su vez se iban retrayendo; a veces sentía llegar hasta el umbral del cuarto donde estudiaba a alguno de ellos y quedarse parado junto al muro sin atreverse a interrumpirme; me daba vuelta para saludarle; respondía con medias palabras sin aquella familiaridad de otro tiempo y se marchaba dejándome más sombrío.

¡Ah! en el relámpago fugitivo de esa mirada cuánto caro recuerdo hablaba al corazón; era el derrumbamiento del pasado, ya ido para siempre, el adiós al compañero de las alegrías juveniles...

Solía mezclarme a sus juegos para hacer revivir las antiguas horas, pero mi presencia parecía turbar su jubilosa algazara y tenía que apartarme invadido de invencible amargura. Ganaba el encierro y con el rostro pegado a los fierros de la ventana los miraba retozar en la playa, sudorosos, desgreñados, felices hasta que la campana los llamaba a la tarea.

En aquel cuartito separado del resto del edificio,

el nuevo maestro me preparaba para el examen de ingreso al Colegio. Éramos ya buenos amigos, el rencor de los primeros días estaba disipado; lo admiraba al contrario con cariñoso respeto y me entretenía escuchando el relato de su vida borrascosa, pero llena de fortaleza en la adversidad. Hablábame del estudio con acento in sinuante; sus palabras, cálidas, contagiosas, me estremecían, me infundían alientos extraídos, me hacían entrever los serenos goces intelectuales y contemplar a la distancia la cumbre excelsa que levanta al hombre sobre el haz de las bestias.

Nuevas sensaciones, ansias de luz, deseos de abandonar el bosque, como un ave que agita el ala al borde del nido materno ensayando el primer vuelo en busca de otros horizontes, empezaron a turbar la calma de mis noches, y un algo vago, indefinido, punzante, parecía llamarme desde lejos.

La vida de la estancia era siempre la misma: nada había cambiado, los días se deslizaban tranquilos, las tareas seguían el curso invariable de la rutina, ante el mismo paisaje, limitado por el mismo horizonte; comenzaba a sentirme extraño, a mirar todo aquello con despego, a encontrarlo monótono en su perenne uniformidad. No era culpable; obedecía a un impulso secreto, era arrastrado por la evolución que los nuevos conocimientos imprimían en mi espíritu. Sí, debía alearme de esas placideces candorosas para

experimentar las ásperas sensaciones del drama de la vida que me atraía con sus misterios inquietantes...

Todas las mañanas sentía llegar a *La Cojita* trayéndome el desayuno, un vaso de leche recién ordenada y un pedazo de torta frita o algún choclo asado con tal arte, que los granos estaban apenas dorados. Como en ocasiones me quedaba mirándola en silencio, ella indicándome la mesa donde lo colocaba, decía:

-Mire que se enfría y luego no le va a gustar.

-Déjala, hoy no tengo ganas. -Pruébela, es apoyo de su picaza vieja -y sonriendo angelicalmente agregaba: -Ya sabe que el comer y el rascar...

Era necesario obedecerla, de tal manera sabia insinuarse con su voz dulce y humilde a la vez.

-Ahora váyase a tomar el fresco; voy a arreglar el cuarto.

Pero no le obedecía, entablando, por el contrario, una charla interminable sobre los quehaceres confiados a su cuidado. El rostro enflaquecido parecía iluminársele con luz interior y comenzaba a informarme del estado de los sembrados, de la majadita de guachos que iba aumentando cada día, si las hormigas -sus enemigas irreconciliables- habían dado algún malón al jardincito de mi tía, y de todos esos incidentes de

la vida campestre, que para ella compendiaban los halagos de la existencia.

Si la conversación rozaba incidentalmente la escuela, su semblante mostraba signos visibles de desagrado. Curioso por sondear su pensamiento alguna vez le pregunté:

-¿Y, se acuerdan todavía de su antiguo maestro?...

-¡Cómo lo vamos a olvidar!...

-Pero yo no sabía lo bastante para enseñarles como el preceptor de ahora.

-Así será... pero la clase era más alegre.

-¡Como que se lo pasaban jugando conmigo! Bueno a ver, ¿cómo anda la tabla? -y así por breves instantes me gozaba en remover las cenizas de nuestro pasado. Concluida la lección la miraba alejarse, soñando quizás en que retornaban las horas ¡ay! desvanecidas, nada haría resucitar ya, y durante el día la sentía cruzar entregada a sus tareas, gorjeando alegre, como las calandrias en los cañaverales del manantial...

La mensajería había cruzado por la posta vecina; un postillón llegó a la tarde con la correspondencia; rasgué la faja de un paquete de diarios y al desdoblar el primero una carta cayó al suelo; la letra no me era desconocida, la di

vuelta, tenla un sello con el escudo patrio y rodeando el simbólico trofeo en letras azules esta leyenda: Colegio Nacional del Uruguay.

Una sensación extraña, dolorosa, conturbó mi espíritu y quedé inmóvil con la carta entre las manos, sin atreverse a romper el sobre. Para qué leerla si presentía su contenido: era el anuncio de que la hora de la partida sonaba para mí.

¡Todos los proyectos, las impaciencias por salvar los dinteles de aquel templo, de ir a beber en sus fuentes las verdades eternas, aquellas puras emociones que el joven maestro me pintara desarrollándose bajo el claustro severo, todo se desvanecía como un sueño fugaz! Tuve miedo, retroceda anonadado, como si gravitara sobre mi cabeza una mole gigantesca.

No, no quería abandonar el hogar tranquilo, el bosque secular cuyos senderos conocía de memoria, sentía ya la nostalgia de la campiña donde discurrieron las horas más dichosas de mi existencia. ¡Oh!, ¡no me arrancarían de aquella heredad bendita, deseaba vivir en su terruño, a la sombra de los viejos árboles bañados de sol, respirando a pulmón pleno sus brisas perfumadas, bajo la fulgente claridad de su cielo!...

Era ya de noche cuando llegó mi tío; venia de buen humor, lo sentí reír en el patio, atravesar el corredor y, llevar hasta el escritorio.

-¿Qué tienes, hijo? -exclamó al notarme acostado-, ¿estas enfermo?

-No, de aburrido, me recosté y me he dormido. Trajeron la luz y al ver la correspondencia esparcida sobre la mesa:

-¿Qué hay de nuevo por la ciudad?...

-Nada... sólo una carta del rector... No me dejó concluir.

-Bueno, la leeremos después, no hay apuro, vamos a comer, pues traigo un hambre de mil diablos -agregó sonriendo para dominar el efecto que la noticia le había producido; el noble vicio estaba ya habituado a mi compañía y ninguno más que él iba a sufrir con nuestra separación.

La comida, contra la costumbre, fué aquella tarde silenciosa y triste; las miradas de mi tía vagaban inquietas del rostro de su esposo al mío, afligida sin atreverse a indagarnos la causa de tan brusco cambio; pero a la hora del café ya no pudo resistir más y se atrevió a insinuar:

-¿Pero qué tienen hoy, por Dios?...

-Nada, hija.

-No, algo me ocultan -contestó con acento, de dulce reproche.

-Nada, te digo, son cavilaciones tuyas -

argumentaba mi tío nervioso, con las manos cruzadas en la espalda, mirando por la ventana la noche negra tachonada de trémulas estrellas.

Fué necesario confesarle la verdad al fin, para no prolongar su incertidumbre. Con palabras entrecortadas, debatiéndose por aparentar serenidad, le contó entonces, que el rector como se lo tenía prometido, le daba aviso que existía una beca para mí.

Un gemido sordo, angustioso, dilató el pecho de la santa mujer, pesadas gotas de llanto empaparon sus pupilas azules, la vi levantarse pálida, desfalleciente, y tenderme los brazos mientras sus labios oprimían mis cabellos largamente... Después, apartándose, con voz quebrada por los sollozos:

-Como ha de ser, hijo -balbuceaba- es necesario, no debemos condenarte a vivir en este destierro; y encaminándose al dormitorio: -Ven a implorar a la buena Virgen para que guíe tus pasos, velando por ti en la ausencia.

Frente al lecho, en un altarcito de cedro tallado, bañada en la suave claridad de una lámpara votiva se veía la imagen de la Dolorosa; doblamos la rodilla y nuestras voces se confundieron en una sola plegaria...

La mensajería regresaba el lunes; no me quedaban sino dos días para decir adiós a tanta

cosa querida.

Mi tío para evitarme un desfallecimiento mandaba ensillar cuando clareaba el día y me llevaba consigo. Nos internábamos en el monte,, sin rumbo; recorríamos el curso sinuoso del arroyo, inspeccionábamos los potreros, las chacras y los tajamares, llegábamos hasta el aserradero de los montaraces, cruzando el campo en todas direcciones, explicándome él sus proyectos, escuchándolo yo distraído, absorto en la contemplación de aquel panorama que tal vez recorría por última vez.

Los caballos marchaban al tranco, con las riendas flojas, despuntando al pasar las matas de los gramillales. Al pronto se alzaba una martineta con las alas silbantes abandonando en su fuga la nidada de huevos color azul turquí, lucientes como una mayólica; más allá por entre los espesos cardales surgía la esbelta cornamenta del arisco venado que huía haciendo crujir las ramas y las hojas muertas. Y allá, en el estero del bañado las bandadas de garzas, de espátulas, de cisnes y bandurrias revelaban sobre nuestras cabezas como neblinas vagabundas reflejando la tonalidad de sus plumajes multicolores en el amplio espejo de las lagunas dormidas; mientras los zorzales y boyeros ocultos en los ramajes saludaban aquella alegría llena de sol con silbos armoniosos.

Así visité todos aquellos sitios que me hablaban con la voz interior de los recuerdos. ¡Oh!, ¡podía partir ya seguro de que nunca los olvidaría; la visión quedaba grabada honda y perdurable en mi memoria!... No era todavía día claro cuando el capataz vino a prevenirnos que los caballos nos aguardaban.

Salimos procurando no hacer ruido para no despertar a mi tía, pero fué inútil, al atravesar el comedor oí su voz que me llamaba. La encontré de pie haciendo un esfuerzo supremo para parecer serena; a su lado, rodeándola, estaban sus huérfanos, mis discípulos, los alegres camaradas de las horas de felicidad. Reinaba un silencio penoso. Sentí dos brazos anudarse a mi cuello, quise hablar, mas algo doloroso, inmenso, me estrujaba la garganta; estreché rudamente las manos que se tendían a mi encuentro y salí entre un clamoreo de sollozos.

Monté de un salto y partí a galope costeando el potrero, pero al doblar un recodo del camino me detuve un instante para echar una última mirada al hogar bendito. Allí estaba en la ladera de la verde cañada blanqueando entre los viejos árboles; al pie de la empalizada se agitaban brazos y pañuelos, y arriba, sobre las toscas techumbres un largo penacho de humo negro flotaba desflecado por la brisa y se hundía en los cielos...

Pronto alcanzamos las cuchillas dejando el monte a la espalda; atravesamos un cañadón y fuimos, a detenernos en la posta donde ya nos aguardaba la mensajería, una de esas enormes galeras descoloridas por los soles y las lluvias.

Un latigazo del mayoral puso en movimiento las yuntas que partieron a escape agitando los cascabeles de las colleras por el camino que serpeaba entre los pastos hasta perderse en las lomadas lejanas.

En el carruaje iba otro pasajero, uno de esos pulperos de campaña, tosco, de ropas burdas y desaseadas. Me abordó, quiso entablar conversación, pero como notara mi resistencia al contestar de mala gana a sus preguntas banales, se dió vuelta tendiéndose a lo, largo en el asiento y al poco rato escuché el resoplido estridente de sus ronquidos que estremecían los cristales de las ventanillas. Era feliz en su sueño de bestia repleta, sin penas, ni zozobras: ¡lo miré con envidia!

El mayoral aletargado por la infinita calma de aquella tarde ardiente, evocando tal vez la memoria de la dulce prenda que entre sonrojos anudó a su cuello la roja golilla con que la brisa iba jugando y le acariciaba el rostro como sí fueran besos de su dueña, -lanzó a los vientos del camino el eco quejumbroso de uno de esos estilos del terruño de lenta cadencia, que escuchados por

la noche en los campos, bajo la trémula claridad estelar tienen no sé qué extraña mezcla de ternura y congoja inenarrable.

Esta guitarra en que canto

Tiene boca y sabe hablar,

Sólo los ojos le faltan

Para ayudarme a llorar,

Sólo los ojos le faltan Para llorar mi pesar!...

Era esa, si, la tosca trova que más de una vez escuché emocionado siguiendo la inspiración del payador que parecía empapar sus acentos en todas las tristezas de su raza soñadora, en todas las amarguras de su vida errante, pero nunca me pareció más expresiva, más hermosa en su simbolismo desolado. ¿Será que el alma humana, como una cuerda tensa, resuena más dócil y vibrante cuando la pulsa el dolor?...

La galera rodaba por la carretera polvorienta, bordeada de cardos borriqueños y de blancas cortaderas; a la izquierda se extendía la llanura, manchada a trechos con la nota alegre de los rebaños, y, a lo lejos en la púrpura inflamada del horizonte se acusaba vagamente una franja azulada: eran los bosques de Montiel.

Allá quedaba oculta como un nido entre las

espesuras rumorosas, junto al arroyo terso y callado, bajo el diáfano cielo, rodeada de sosiego y de silvestres aromas, la casa de los míos, donde seres queridos buscarían en vano la sombra del ausente...

Capítulo 16
TRISTEZAS

El tañido áspero de la campana puso en movimiento a los estudiantes que dormían plácidamente 'en sus camas tendidas en dos filas simétricas. El celador desde una esquina batía las manos apurando a los remolones, que se ocultaban con pereza, friolentos entre las sábanas tibias.

Después desfilaron con las toallas en el pescuezo, soñolientos, desgreñados, encogiendo los brazos hasta el fondo del dormitorio para lavarse. Terminada la operación y a un nuevo toque de campana penetraron a la sala de estudio, grande, fría, desmantelada, silenciosa, con aspecto claustral.

Seguía aquellos movimientos sin darme cuenta, aturdido, medroso; maquinalmente entré al salón y fuí a colocarme en los últimos asientos, al lado de una ventana por entre cuyos gruesos barrotes se alzaba cortando el horizonte el domo gris de una iglesia.

A mi izquierda se sentaba un alumno con quien pronto trabé relación y fuimos grandes camaradas. Era un riojano feo, de boca grande,

que reía siempre enseñando la sanidad, y la alegría de su alma; famoso en los partidos de narias por la ligereza y elasticidad en las gambetas, era además un gran bailarín de cuecas, y en las noches de primavera sentados en amplia rueda bajo el corredor -como si despertaran los recuerdos del suelo nativo- le oíamos cantar esas vidalitas montañesas mezcladas de quejidos y sollozos que se refugian en el oído como un eco suave y melancólico de tristezas lejanas.

Fué mi primer compañero, el que me inició en los secretos de la vida estudiantil, para hacerme llevaderos los largos días que tenían las punzantes amarguras de una prisión. En la clase, en el recreo, hasta en las horas de encierro era él quien confortaba mi espíritu abatido. ¡pobre amigo! Un cambio repentino de fortuna lo obligó a cortar los estudios bruscamente.

-¡Me voy a sostener a mi santa madre -me decía con voz quebrada- trabajaré, cavaré la tierra si es necesario para ahorrarle una lágrima! ... Lleno de voluntad me dió el adiós de despedida, que debía ser el último. Luchó con serenidad y fortaleza soportando los rigores de la suerte adversa, hasta que un día muerto el ser objeto de su culto, no pudo sobreponerse a la violencia del nuevo golpe, -y aquella alma valiente e hidalga se quitó la vida voluntariamente en un rincón solitario de la montaña andina, repitiendo como única disculpa el desolado dístico de Musset: *Quand on a tout*

perdu, quand on n'a plus d'espoir, La vie est un opprobre et la mort un devoir!...

Las tareas del colegio fueron una mañana interrumpidas por un acontecimiento inesperado.

Uno de los externos trajo un boletín donde se daba cuenta que la provincia había sido, invadida por el norte y en el interior algunos caudillos prestigiosos en combinación con los invasores amenazaban derrocar el gobierno.

Una hora más tarde una banda de clarines y tambores recorría las calles tocando generala; a la noche la guardia nacional estaba acuartelada, y la ciudad en pie de guerra aprestándose a la defensa.

Se levantaron trincheras en las bocacalles mis centrales, se formaron cantones en las azoteas, el mismo mirador del colegio fué ocupado por un destacamento.

Las clases funcionaban con irregularidad, los alumnos mayores estaban en los cuarteles o habían escapado para ir a alistarse en las filas revolucionarias.

Vivíamos en una alarma constante. El enemigo aparecía por las cuchillas, merodeaba en los alrededores de la población; de pronto se oían tiroteos de las guerrillas entre las quintas y algún infeliz iba a ocupar un lecho en el improvisado

hospital, o a dormir olvidado en la fosa común sin una cruz siquiera que indicara su último asilo.

Reinaba un invierno inclemente, los días nublados, lluviosos, de fríos intensos se sucedían; las calles eran profundos barrizales que chapoteaban los soldados marchando en silencio a ocupar sus puestos, empapados por la llovizna que entumecía sus carnes y por las heladas cuya escarcha veíamos blanquear de mañana sobre los tejados como si hubiera llovido ceniza.

El sitio se prolongó así durante algún tiempo, hasta que una noche, las avanzadas de la plaza sostuvieron un reñido tiroteo con los sitiadores y los rechazaron; al día siguiente se vieron los fogones apagados en el campamento donde vivaqueaban; las tropas habían desaparecido.

Pudimos al fin tener noticias; la comunicación con el interior se restableció. Cuando llegaba el correo era una verdadera fiesta para nosotros; algunos compañeros rebosaban de alegría al recorrer con el corazón palpitante la carta tan largo tiempo esperada; otros debatían la frente entristecidos sobre la página, sin valor para terminar su lectura.

Era que el padre, el hermano, algún ser querido había caído para no alzarse más y sus restos confundidos entre los despojos de la batalla, reclamaban un rinconcito de la tierra sagrada junto a las tumbas de los suyos, allá en el

cementerio de la aldea, a la sombra de los sauces y los cipreses sombríos...

Una tarde el postillón de la mensajería vino a traerme una carta; era de mi tía, pero no estaba fechada en la estancia. ¿Abandonar ella su vieja heredad? Algo grave debe ocurrir, me decía, mirándola sin valor para leerla.

Reflejaban aquellas cuartillas la mansedumbre y la resignación cristiana de la buena madre; narraba sencillamente todo lo ocurrido, sin odios, sin un reproche siquiera para sus injustos perseguidores.

Estallada la revolución, su esposo fué de los primeros en ocupar un puesto en las tropas fieles al gobierno para organizar la resistencia; poco tiempo después, desempeñando una comisión, caía prisionero en una emboscada, tras una noche de heroica resistencia, y era conducido al ejército revolucionario. La casa quedó abandonada a las mujeres y los niños, pues todo el que podía sostener un fusil o una lanza marchó a campaña; los caballos fueron secuestrados como indispensable elemento de guerra, de manera que era necesario cuidar a pie los rebaños ¡Una noche las puertas se abrían con estrépito empujadas por una horda de forajidos que se abalanzaron a las habitaciones, destrozando los muebles sin apiadarse de aquellos seres indefensos que imploraban clemencia! ... Al día siguiente la

familia se refugió en la casa de un vecino.

-Si vieras cómo está la estancia -me decía- te daría mucha pena; es una tapera, invadida por la cicuta; los animales entran y salen, pues no hay puertas, ni nadie se lo impide. ¡Tendría aún tanto que contarte, pero no quiero entristecerse más con el relato de estas cosas sin remedio ya!...

Así terminaba aquella carta que leí muchas veces, empujado por esa atracción extraña que nos hace encontrar no sé qué placer cruel en ahondar las heridas renovando el sufrimiento.

Algún tiempo después me llamaron de la rectoría; al penetrar a la sala encontré a mi tío con los brazos abiertos. Vestía el traje militar de la última campaña, traía el rostro tostado y abundantes canas plateaban su cabellera rizada, pero el espíritu viril, ágil, alegre era el mismo. ¡Ni los años, ni las fatigas labraban huella en su naturaleza, rozaban apenas la corteza, mas el tronco permanecía enhiesto, la savia vigorosa corría por la albura!

-Vamos, amigo, que alguien más quiere abrazarlo -dijo poniéndose en marcha.

En el hotel encontramos a su esposa. Había enflaquecido, un círculo violáceo sombreaba sus ojos azules de brillo apagado, tenía los cabellos completamente blancos y las mejillas pálidas mostraban el rastro indeleble del profundo

sufrimiento.

Me senté a su lado reteniendo entre las mías sus manos heladas, huesosas, cuyas arterias gruesas, hinchadas, se entrecruzaban bajo la epidermis y empecé a narrarle la vida del colegio; -sonreía con su mansa sonrisa cuando le refería alguna travesura de los días de reclusión, los asaltos a la fruta pintona mientras los quintetos dormían confiados en su siesta cotidiana, las penurias, las hombrunas que nos hacía sufrir el ecónomo -un viejito rata y avaro- que engordaba su bolsa especulando sórdidamente con nuestros estómagos, y las tremendas revanchas asaltando en el misterio de la noche la despensa repleta de provisiones por encima de las que cruzábamos como un malón de indios invasores.

Y el zambullón repentino de un compañero en la olla de almíbar, los cachos de bananas sorteados a tanteo, los puñados de garbanzos prehistóricos cayendo como una granizada en las losas del claustro dormido, y luego la fuga entre risas de la alegre banda para ocultar el soberbio botín...

Como la notará más reanimada le pregunté el motivo de aquel viaje.

-Lo hago para complacer a tu tio; se le ha puesto que estoy enferma, pero no tengo nada, me siento muy bien al contrario.

Sin embargo, aunque tratara de ocultarlo era

evidente que un mal invisible, una afección moral tal vez iba inundándole de profunda melancolía. Al regresar de la guerra su esposo se alarmó al encontrarla en tal estado y resolvió cambiar de vida arrancándola a los paisajes del campo que parecían aumentar su mal.

-Ha sufrido mucho la pobre -decía mi tío- es necesario que descanse; la vida allá no puede tener halagos para ella; nuestra casa en ruinas, los ganados robados o dispersos, ya no hay casi nada que cuidar, y sobre todo, ¡para qué afanarse en recuperar lo perdido, si mañana ha de venir otra revuelta a dejarnos más pobres! Es preciso aprovechar la vida en algo agradable. Pasaremos una temporada en Buenos Aires y cuando ella quiera nos vendremos a esta ciudad, donde pienso adquirir una casita que tenga mucho sol y un pedazo de tierra para jardín y huerta; ¡luego tú vendrás a hacernos compañía, pues, supongo no les rehusarás este placer a los pobres viejos que se van quedado tan solos!...

Dejó de hablar, con los ojos humedecidos; su mirada casi siempre severa se posó en nosotros con indecible ternura.

Caminaba despacio contemplando los grabados que adornaban las paredes, uno de ellos representaba una escena de la guerra: era un valle yermo sembrado con los despojos de un combate, iluminado de través por el ascua roja del sol

próximo a ocultarse en el horizonte brumoso. Le miró un instante en silencio; quizás aquel triste cuadro le traía el recuerdo de algún episodio de su vida militar. De pronto inclinó la cabeza y sin decir una palabra se alejó lentamente.

Esperaba ansioso ese momento. Ella pareció leerlo en mis ojos y sin esperar la pregunta empezó a referirme todo lo ocurrido en los largos meses de separación.

Supe entonces los días que pasaron en el mayor desamparo, las lentas noches de vigilia escuchando anhelantes los ruidos misteriosos de los montes, los gritos del chajá anunciando la presencia del hombre, el tropel de la hacienda perseguida, el balido quejumbroso de la res que caía y cuya osamenta descubrían al día siguiente por las bandadas de caranchos que revoloteaban graznando...

Los días sin sol, de garúas constantes, se sucedían, el trueno retumbaba en el bosque y los vendavales cruzaban desgajando los árboles. En una de esas tardes la majada no vino al corral, azotada por la fría pamperada, con las cabezas gachas, dando el anca al viento las ovejas se alejaron balando del aprisco; era necesario irlas a buscar, pues acobardadas con la violencia del temporal no se atrevían a caminar contra las ráfagas heladas y se hubieran extraviado.

La mujer del capataz y dos de las huérfanas

fueron en su busca, pero la noche cayó de improviso y las infelices, aturdidas por los latigazos de la lluvia perdieron el camino bajo el cielo tenebroso que rasgaba a trechos el zig-zag del rayo.

Era muy tarde cuando la borrasca calmó. Entonces, -a la luz de la luna se vieron cruzar como sombras -,errantes por entre la arboleda a dos de las mujeres, con las ropas empapadas, locas de pavor. Una había desaparecido durante la tempestad y por más que la llamaron no contestó a sus gritos: ¡era *La Cojita*!

En cuanto amaneció salieron a buscarla en medio de la mayor ansiedad; los perros iban delante olfateando los pastos, registraban los cardales, las malezas, las espesuras del monte, cruzaban el campo en todas direcciones dando tristes aullidos que se mezclaban a las voces angustiadas que la llamaban.

¡La encontraron al fin, tendida sobre la húmeda yerba, con la mirada vuelta al cielo, los labios entreabiertos, blanca, inmóvil, muerta!

El rayo que había partido a uno de los más frondosos quebrachos del bosque, alcanzó a la desventurada criatura y la derribó para siempre junto a las ramas tronchadas que se entrelazaban en torno del cadáver...

Un silencio angustioso siguió al fúnebre relato

que los sollozos entrecortaban.

El lento crepúsculo avanzaba inundando de obscuridad la habitación; ¡bien pronto las sombras del cielo se confundieron con las tinieblas que enlutaban nuestros corazones!

Incliné la frente anonadado ante el trágico fin de aquel ser tan infeliz, tan dulce y abnegado, cuyo breve pasaje en la tierra no fué más que un áspero calvario, -¡y con el pensamiento busqué el sendero de la pequeña tumba en donde la afortunada "cojita", la que fué mi discípula, mi compañera de la infancia, duerme allá, bajo flores salvajes, en ese pedazo de tierra que tanto amamos, el sueño quieto de la eternidad! ...

Capítulo 17
EL HOGAR EN RUINAS

Habían transcurrido largos años de ausencia cuando un día los azares de la vida me llevaron a buscar la serena quietud del hogar campestre, cerca de la tierra materna, entre la calma umbría de sus montes y el aire perfumado con el aroma de sus silvestres flores.

Penetré emocionado al monte que verdeguea y avanza festoneando la ladera de las cuchillas hasta fundirse a lo lejos en el horizonte azulado, con los senos misteriosos de Montiel -la selva dantesca de mi tierra- cuyos secretos guardan las ingenuas leyendas que lentamente van borrando el filo del hacha y el surco del arado.

El silbato de la locomotora ha resonado ya en sus montuosas soledades y en vez del gaucho montaraz que se hundía en las sombras del crepúsculo huyendo en su parejero de la partida, se ve cruzar hoy al colono que abate la maraña y el árbol secular para construir su rancho en el linde del campo cultivado.

Los antiguos cuadros de aquella vida primitiva con sus dinastías de caudillos medioevales, con sus heroicidades legendarias y sus crímenes

obscuros que desarrollaron en tan amplio estadio el drama de sus pasiones impetuosas y bravías, - se han tornado en el paisaje rien- te formado por la actividad del hombre que aprovecha los dones que le está ofreciendo el suelo ubérrimo en inacabable prodigalidad.

Atravesé de nuevo bajo las viejas arboledas del intrincado monte de *Calá* por entre cuyas espesuras la creencia popular ha visto vagar en las noches de luna, junto a las ruinas del tosco *pirí-óg* las sombras fieras y vengadoras de los mbohanes con el rostro teñido para el combate horrendo, alzando en la diestra el arco roto después de haber lanzado la última, aguda y silbadora *heú.* (1)

Recorrí las agrestes praderas, los senderos del monte, el cardal de las lomas que llameaban con reflejos de polvo irisado, y el bajo que dibuja a lo lejos las curvas del arroyo por las franjas verdosas de las achiras y sauzales.

Me detuve a contemplar las grandes lagunas enclavadas entre lucientes marcos de totoras, donde la luz iba reflejando ya los encajes transparentes de una nube, ya un pedazo de cielo con colores de líquida turquesa, ya contornos violetas y bermejos de copas de molles y seibos, ya los círculos lentos de una cigüeña que vagaba perezosa bañando su plumaje en el aire límpido y oloroso, saturado con ese aliento de aromas de la

selva que aún me parece sentir, en el rostro.

Aquella llanura, aquel monte, aquellas cañadas con invisibles crujidos en las yerbas, ecos apagados, de risas, de cantos distantes, confusas imágenes apenas esbozadas y desaparecidas entre la sombra impenetrable…

Allá sobre la lomada junto a la tapera que circundan chamicos y sáucos verdosos cruza el grupo gentil de dos amantes y se pierde bajo el monte de talas. Más lejos, al borde de la laguna solitaria se alza una triste sombra avivando en mi corazón la memoria del noble hermano, arrebatado en plena alborada por el remanso traidor que sólo nos devolvió un pálido cadáver.

Ese molle que inclina su rama e a la corriente tardía conserva en el tronco carcomido como la estrofa trunca de un idilio, cifras enlazadas que grabó un amante venturoso. Al lado, un viejo sauce hendido, por el rayo, con los gajos petrificados se yergue en la barranca y abajo entre los camarotes sus raíces retorcidas semejantes a un remero de víboras se estiran como pidiendo al agua que las haría el jugo nutricio que ya no. trepará por el tronco muerto.

Y más lejos -en el triunfo de la selva virgen- los seibos envueltos en guirnaldas de enredaderas lujuriantes alzan orgullosos sus racimos de flores manchados de sangre, como si una bandada de cardenales asomara de pronto sus copetes

purpurinos por entre las hojas.

Tras un recodo el raudal se expande en mansa cancha; el agua tersa, sin una arruga, no refleja más que negras siluetas de árboles ribereños; el sarandisal ha invadido la senda de la playa, ni una huella de nuestras correrías guarda ya el arenal, ni los ecos del monte repiten como en otro tiempo las risas y los cantos de mis alegres camaradas.

Aves hurañas vuelan por entre los ramajes; las pintadas calandrias ya no se aduermen con gorjeos desmayados en las copas de los talares; a la distancia sólo se escucha en las espesuras el áspero *un-but-un-but* del caburé -ese verdugo de las selvas-, convocando a los pajaritos para satisfacer sus instintos carniceros.

Más allá, al vadear la picada que señala una cruz descolorida, un martínpescador vuela asustado; de pronto se detiene y se hunde en la corriente para reaparecer con las alas tornasoladas de azulado acero, chispeando de menudas gotas y una mojarrita en el pico que huye a ocultar en los espesos carrizales donde el enlutado caráu gime solitario la eterna tristeza de su vida...

La era abandonada blanquea entre abrojales como llamando las doradas parvas y la ruidosa algarabía de los trabajadores que aceleraban con gritos alegres la carrera vertiginosa de la manada en los días de trilla.

En otro lado la playa del corral-rodeo que invade el espartillo, no siente resonar las pisadas del potro debatiéndose en corcovos desesperados por arrojar al domador que le ensangrentaba los ijares y le rayaba las paletas con las rodajas de las nazarenas -entre risas y burlas- hasta que el animal humillando la cabeza, las orejas gachas, los flancos húmedos y temblorosos se entregaba vencido.

¡Ni se ven cruzar los esbeltos pialadores que abatían al ternero arisco con un soberbio pial de codo vuelto; ni al enlazador que entraba a caballo al montón de la hacienda revolcando la armada para enlazar al toro bravío que pisaba la playa bufando, el ojo centelleante, la cabeza enhiesta, soberbio de fiereza, - hasta que un lazo le pialaba las manos y lo tendía de lomos con un tirón seco y vibrante!

Fue por esos senderos del jardincito, cubiertos de yerba salvaje, donde la buena anciana dió sus últimos paseos; a la sombra de ese coronilla de copa redonda y luciente se sentó en las tardes de estío con la mirada perdida en las azules lejanías, aspirando las emanaciones frescas de los campos que oreaban su frente coronada de blanca aureola...

El viento agita los altos cañaverales del jagüel, las hojas flexibles, lustrosas, se doblan, se retuercen como una cinta de seda, se frotan y estiran de

nuevo con un mugido suave y rumoroso. Un largo rayo de sol atraviesa el follaje dibujando sobre el agua verdosa anchos ojos de luz.

¡Aquél era el mismo sol que tostó la frente del *matrero* cuando buscaba refugio en esas espesuras huyendo de la implacable policía; esos rectos varales le proveyeron de armas y caballos, esa laguna perdida en el *gran monte* refrescó su rostro sudoroso después del combate inaudito del que siempre resultó vencedor Esa mancha del manantial rodeado de verdura y de misterio copió en otro tiempo el perfil gracioso de una adorada cabecita de ojos pensativos, que parecen mirarme desde la sombra, mientras el viento balanceando las copas de las cañas canta suavemente susurros del pasado. . .

¡Por todas partes brotan memorias, imágenes y escenas conocidas; de cada rincón estalla un estremecimiento, un eco apagado, lejano, que murmura muy quedo a mi oído los primeros cuentos y los primeros sueños, los purísimos goces de la infancia y aquel primer dolor ante el cadáver del pobre hermano cuya brusca partida hirió con inmenso infortunio las alegrías del solar que habían labrado sus manos!

Un grande, indecible desconsuelo embargó todo mi ser y me vi huérfano, abandonado en medio de la inmensa soledad, bajo el sosiego infinito de la campiña aletargada, semejante al ave que

después de una larga travesía encuentra derruido el nido de sus amores.

Sunt lacrymoe rerum, et mentem mortalia tangunt.

¡Sí, como en el verso de Virgilio,- las cosas tienen lágrimas cuyo encanto mortal penetra el alma!

Permanecí solamente breves días sin hallar la paz anhelada. ¡Ah!, las serenas horas de otro tiempo, los goces, las sensaciones, los afanes de esa vida sana, feliz, de lucha dura y vigorosa en la tarea cuotidiana de los campos ya no volverían para mí: todo era nuevo y extraño en torno de los pobres muros pululantes de melancólicos recuerdos.

La muerte inexorable había cruzado blandiendo su segur sobre los más antiguos moradores, como el rayo que elige al árbol más erguido del bosque para herirlo primero; después la ola de la vida dispersó a los otros por todos los rumbos del horizonte.

Sentía a mi alrededor un vacío, algo como un desgarramiento punzante de memorias y cariños que resurgían de todos aquellos parajes en inacabable ronda de fantasmas.

En la vaga melancolía de las tardes, en el ascua ensangrentada del sol poniente, en el tardo paso de la carreta que rueda crujiendo, en el canto del gaucho que cruza al galope tirando a la campiña

sus penas ignoradas y se pierde en el horizonte; en esas horas sin luz, cuando el viento gime notas largas y tristes rozando los pajonales, y el pájaro-vieja remeda la tos cascada de un anciano, y el buho nos llama al borde de su cueva y los zorros vagabundos se congregan con su áspero juac, juac; entre los vahos de las charcas donde brotan fuegos fatuos, en las maciegas que vibran con las estridulaciones de millares de élitros en frotación; cuando enjambres de tucus errabundos pasean por los montes sus antorchas fosforescentes y turba el silencio nocturno, el cencerreo de las madrinas cuya vibración sigue relinchando el caballo extraviado; en los mugidos lentos de los rebaños de la llanura, en esos rumores extraños que surgen y mueren entre las negruras lejanas: -era siempre la misma imagen, el mismo estremecimiento, el mismo eco -angustiado y doliente- que parecía sollozar la ruina del pasado...

Comprendí entonces la realidad desolada, toda la amargura en que el poeta colombiano (2) empapó las estrofas de esa tristísima despedida -"que no se recuerda sin que tiemble con lágrimas la voz"-. Como él, yo también podía repetir su elegía de desterrado:

¡Infancia, juventud, tiempos tranquilos,

Visiones de placer, sueños de amor, Heredad de mis padres, hondo río, Casita blanca ... y esperanza,

adiós!

Una mañana partí bruscamente. ¡Y, allá quedó en la ladera del monte glauco que guarda el recuerdo de la felicidad pasada, de los sueños de mi infancia lejana-, a la sombra de los árboles seculares que velan perennes junto a los toscos muros, la heredad bendita que al fin se derrumbará como los nobles ancianos que la levantaron!

¡Pobre mi viejo hogar! Al terminar estas páginas que condensan memorias de lejanos tiempos, el último recuerdo ha sido para ti; y al mirar bosquejarse lentamente tus contornos como a través de una niebla luminosa de reminiscencias adormecidas, un desconsuelo indefinible me penetra estrujándome el corazón.

Era lo inevitable: en el transcurso indiferente del tiempo todo cambia, se transforma y se renueva. Ya vendrán otros a reconstruir la ruina; alegres ecos de íntimos regocijos poblarán el mutismo de tu recinto; nuevos dolores y nuevas lágrimas, lamentarán a los que partieron... *Sufficit diei malitia sua* -a cada día le basta su pena-: lo enseña el salmo bíblico. ¿A qué renovar las tristezas del pasado, cuando el presente está erizado de afanes?...

Pero ahí queda en estas humildes páginas la ofrenda de amor al rinconcito de la tierra argentina en donde discurrieron los inefables días

de mi primera edad. ¡Han sido escritas al calor de los recuerdos más amados, con las pupilas nubladas por lágrimas dulces, con esa*alegría dolorosa* del alma que en las horas de desaliento se refugia buscando consuelos en la soledad montuosa de los campos nativos que guardan los escombros de la casa paterna y envuelven en reposo infinito, las cruces, de mis tumbas veneradas!